

VIRGINIA
SAINZ-RASINES

La

RAZON
DE SU
SECRETO



LA RAZÓN DE SU SECRETO

VIRGINIA SAINZRASINES

www.facebook.com/virginiasainzrasines

Diseño de cubierta: Gustavo Klüver.

© 2017, Virginia SainzRasines

La presente es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que se describen son producto de la imaginación de la autora o han sido utilizados de forma ficticia. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora.

All rights reserved. Without limiting the rights under copyright reserved above, no part of this publication may be reproduced, stored in or introduced into a retrieval system, or transmitted, in any form, or by any means (electronic, mechanical, photocopying, recording, or otherwise) without the prior written permission of both the copyright owner and the above publisher of this book.

This is a work of fiction. Names, characters, places, brands, media, and incidents are either the product of the author's imagination or are used fictitiously. The author acknowledges the trademarked status and trademark owners of various products referenced in this work of fiction, which have been used without permission. The publication / use of these trademarks is not authorized, associated with, or sponsored by the trademark owners.

A mi madre querida con amor

Prólogo

Bar Harbor, Maine 2012

(Muchos años más tarde)

El sonido de los árboles se percibe tras la ventana; susurran secretos ocultos que deseaban ser escuchados. Aunque el tiempo pasó, el misterio permaneció a la espera de ver la luz, aguardando en el jardín. Adeline y su hermana quieren saber qué es lo que esconden las paredes de la mansión que han heredado en Bar Harbor, necesitan descubrir toda la verdad. ¿Qué fue lo que sucedió? Adeline jamás imaginó que iba a ser dueña de algo. Trabajó muy duro durante toda su vida para el matrimonio que la adoptó en una granja en Vermont, haciendo dulces caseros. Tiene sesenta y ocho años y hasta ahora no poseía bienes materiales. Es una mujer muy trabajadora y amante de la naturaleza. Su pasión es ilustrar libros infantiles, algo que en los últimos años le ha permitido subsistir ya que la venta de mermeladas caseras ha mermado con el auge de la tecnología y de los productos ofrecidos por las grandes marcas.

Entró a la casa abandonada con timidez tras los firmes pasos de su hermana. Minutos antes se detuvo a observar el jardín, era notorio el deterioro que presentaba por los años de abandono; la vegetación era abundante y le dificultó el ingreso a la casa, pero de todos modos lucía maravilloso. Como cuando abrimos un libro y nos encontramos con un escenario desconocido, expectantes de lo que sucederá solo imaginando, el misterio que guardaba el frondoso jardín causó tal impacto en las hermanas que lo único que desearon fue saber la verdad. Por las blancas y despintadas paredes de la antigua mansión escondida al final del camino, trepaba abundante vegetación. Adeline pudo notar que en algunos sectores de la fachada aún se asomaban detalles en

piedra. Un escalofrío perturbador la hizo estremecer; en el silencio de la tarde otoñal sintió que al igual que los mustios árboles que la rodeaban, su placentera vida se desintegraba. Por su rostro cayeron lágrimas, no conocía su pasado, ni recordaba nada de aquel lugar.

El día que fueron en su búsqueda a la granja, acababa de preparar mermelada de higos y seleccionaba los tomates que utilizaría para hacer otro dulce. Los perros habían comenzado a ladrar y ella interrumpió de inmediato lo que estaba haciendo. Un par de oficiales de la policía esperaban tras la verja, temerosos de ser atacados por los perros enfurecidos. Al verla, a pesar de sentirse más tranquilos, les llamó la atención su aspecto. Si no hubieran sabido que corría el año 2012, habrían pensado que aún estaban en la época victoriana. Lucía un pañuelo en el pelo y vestía con prendas características de ese período histórico. Luego de invitarlos a pasar, escuchó con atención lo que tenían para decirle. Le explicaron que era la heredera de una mansión en Bar Harbor, Maine. Lo primero que hizo fue negarlo rotundamente diciéndoles que se trataba de un error. De ninguna manera podía ser ella la dueña de ese lugar. Pero luego, cuando le mostraron los documentos del orfanato del que provenía, cayó en la cuenta de que no conocía nada de su historia, ni las sorpresas que descubriría al comenzar a investigar sobre su pasado. Sus padres adoptivos tampoco podían ayudarla. Cuando Randie y June Moore decidieron adoptar un niño, en vista de que naturalmente no llegaba, fueron al orfanato La casa de los niños de Maine, en Portland, pero allí no les dijeron nada sobre la identidad de la dulce niña que llevaban consigo. Luego, la curiosidad de Adeline no fue más allá de las tímidas preguntas que hacía a sus padres, nunca indagó en profundidad por temor a lastimarlos.

Ahora Adeline miraba detenidamente las amplias, antiguas e iluminadas habitaciones de la mansión que había heredado; pensaba en cómo se podría haber sentido de pequeña al ser arrancada de su hogar, un lugar en el que supuso debió de ser una niña amada. Se sintió confundida al no recordar nada.

Hasta entonces había tenido una vida feliz ignorando su verdadera historia, pero ahora era distinto, necesitaba descubrir su pasado, sus raíces. El aroma a humedad del lugar le causaba escalofríos, esa casa había estado cerrada desde hacía muchos años. Había polvo por todas partes. Entró a un amplio living y abrió las ventanas, pudo ver el mar, quedó conmovida con el paisaje. Se esforzó por recordar pero fue imposible. Sus primeras memorias se relacionaban al único pasado que conocía hasta este momento. A pesar de

haber tenido el cariño de sus padres adoptivos sintió una profunda angustia. Comenzaron a correr lágrimas por sus mejillas, añorando una vida que no pudo vivir como debió de ser. Una cascada de imágenes de momentos vividos en la infancia que sí reconocía, aparecieron en su mente. Sus padres adoptivos le habían dicho que tenía cuatro años cuando fue adoptada, y al poco tiempo ya se habían ganado su amor incondicional. Siempre supo su realidad, que venía de un orfanato, jamás preguntó por sus padres biológicos excepto en un momento específico que aún recuerda y que dejó sin palabras a su madre adoptiva. Estaba sentada en su cálido regazo, sintiéndose protegida y amada. Escuchaba el latido relajado de su corazón; la miró y le preguntó:

— ¿Mami, me cuentas cómo fue el día en que me fueron a buscar al orfanato?

Pese a su corta edad percibió algo singular. Escuchó en el pecho de su madre un ritmo diferente... No sabía qué había sucedido pero algo se había alterado. June permaneció unos segundos en silencio.

—Oh, mi pequeña, ya sé que mi corazón late con fuerza ahora, ese día fue muy importante para mí. ¿Quieres que te cuente la razón? —besó la frente de Adeline y luego, sin prisa y acariciando su rostro, continuó el relato.

Sus palabras tuvieron tal impacto en Adeline, que el recuerdo dormido durante tantos años salió a la luz en aquel momento. Estando en esa antigua casa, respirando su pasado, en algún rincón de su memoria la remembranza tomó forma y resurgió de las tinieblas del olvido.

CAPÍTULO 1

Bar Harbor, 4 de octubre de 2012

Una vez más cierro los ojos intentando evitar que ese recuerdo se repita, pero es en vano. Me veo desesperada apagando el fuego, me acecha la misma imagen: al pequeño lo consumen las llamas, me desespero, no puedo perder tiempo, cada segundo cuenta, es el instante que separa la vida de la muerte. Al abrirlos veo a Hans que me mira disgustado, sabe que no puedo escapar a mis pensamientos, no me concentro en el caso que estamos siguiendo. Estoy por tener una recaída, tengo miedo. Trabajar en esta comisaría no es lo que

imaginé. Toda mi adolescencia la pasé leyendo novelas policíacas y viendo seriales del mismo tipo. Cuando logré mi objetivo que era trabajar con la policía y hacer el bien, quise hacerlo además en alguna ciudad grande como Washington, Nueva York o al menos Portland, y lo logré. Fui parte del departamento de investigación de Portland. Pero luego sucedió algo terrible y mi carrera se vio afectada. Vinieron las internaciones y las licencias médicas en el trabajo. Desde que mejoré estoy trabajando en esta comisaría en Bar Harbor, Maine. Vivir aquí me permite hacer una vida más relajada. Mis sueños quedaron durante un tiempo en el olvido, junto con el deseo de ser la Miss Marple del siglo xxi . Pero ahora siento que la vida me da una nueva oportunidad, aunque reconozco que he perdido la pasión que me caracterizaba. Mi devoción por rastrear todo lo que me causa curiosidad proviene de ella. Siempre he indagado hasta llegar a la verdad, incluso sabiendo que las situaciones no lo ameritaban. No me conformo con lo que me dicen, ni con lo que parece que podría haber sucedido. Sé que puedo llegar a la verdad absoluta si me lo propongo. La mayoría de las veces las personas omiten o incluso ocultan información por intereses personales, sin intencionalidad, pero las cosas no siempre salen como se querría. Mi propensión a desconfiar de todo y de todos me induce a investigar. Creí que ese instinto que poseía se había desvanecido, pero lo siento renacer.

Hans quiere que vayamos a hablar con Bruno, el joven estudiante de intercambio, para que nos diga si hubo tráfico de drogas en la fiesta que hicieron ayer en la casa en que se hospeda. El pobre chico es tímido y no sabe en las que se ha metido. Me encantaría poner al tanto a todos los padres del mundo que envían a sus hijos a hogares de personas desconocidas, del riesgo que corren sus hijos. Los Gibbs no son malas personas, el problema es que uno de sus dos hijos no es de fiar. Son ellos quienes tienen en su casa al pobre joven uruguayo, les sirve para reducir impuestos. Ayer cuando hablé con él, iba camino a su casa; le dije que necesitábamos hablar y que le pedía la mayor confidencialidad posible sobre lo que le tenía que decir. Le expliqué que yo lo iba a proteger durante su estadía aquí. Le pregunté si Stewart vendía drogas, o si lo había visto fumando hierba; me dijo que no sabía nada y que si yo creía que su vida estaba en riesgo quería comunicarse lo antes posible con su familia en Uruguay y regresar de inmediato. Lo que no podía suceder era que Bruno entrara en pánico y quisiera huir. Lo necesito, es la única persona que puede darme información. Así que armándome de la paciencia que me caracteriza lo invité a tomar un café. Hans me ha dicho hace un momento, cuando le conté lo que hablamos con el muchacho, que se me había ido la

mano. Bruno es menor de edad y puedo estar metiéndome en un gran lío, pero no tenía otra opción. Me enfurece que mi jefe pretenda que solucione las cosas para luego quejarse. Él quería que viera el modo de hablar con Bruno, lo hice, y ahora «se me ha ido la mano». ¡Por Dios, qué difícil es trabajar con él!

Me molesta que dude de la forma en que estoy actuando. Al ver su reacción no le conté que a las tres de la tarde nos veríamos otra vez con Bruno. Cree que yo estoy de más en esta comisaría. Espero que no note que he sentido miedo de forma súbita y sin motivo alguno. Si supiera que he estado sintiendo la falta de aire y los mareos, no podría seguir trabajando ni aquí ni en ningún lado más.

CAPÍTULO 2

Bar Harbor, 22 y 23 de septiembre de 1942

La brisa era agradable, las últimas horas de la tarde luego de un caluroso día hacían que Frederick se sintiera con ganas de jugar. Corría por el césped una y otra vez hasta llegar al mar. Luego regresaba entre risas, y girando dos vueltas alrededor de su madre volvía hacia el bullicioso océano. Los árboles en esta época del año teñían sus hojas en un arcoíris de colores cálidos, amarillos y anaranjados centellantes. Su tonalidad era en su gran mayoría rojiza, pero el maple que estaba junto a la casa era el árbol por el que Petronila sentía predilección. En ese momento al mirarlos, pensó que pasarían los años, sus hijos crecerían y esos árboles continuarían con su proceso de fotosíntesis estacional. Con el transcurso del tiempo ellos sí cobijarían secretos, pero tal vez sus testigos no desearan callar.

La joven madre estaba en su jardín, con vista a la bahía Frenchman, pintando un cuadro. Había descubierto la fascinación por este arte dos años atrás cuando su pequeño niño recién había nacido. Fue gracias a su partera, a quien visitó una tarde en su casa. Wilma notó aquel día el interés de la futura mamá por sus cuadros. La joven partera le comentó que un hombre del pueblo había sido quien la había ayudado en sus comienzos. Desde entonces, y sin que su esposo se enterara, comenzó a ir a la misteriosa casa de este hombre, un sitio prohibido para ella. Allí no solo recibía clases de técnica en pintura sino que

encontraba un escape a su monótona vida.

Terrence Dunne, su esposo, era dueño de una empresa de barcos. Junto a él debía mantener una postura social que no era de su agrado. Ir a fiestas y cenas con un grupo de amigos con los que no coincidía y no poder llevar la vida sencilla que tanto añoraba. Aquella era una tarde especial, Terrence había estado de viaje durante más de un mes en Inglaterra, ultimaba detalles para la entrega de un buque y, como eran épocas de guerra, se sentía como cazador en África. En pocas horas se reencontrarían, estaba feliz, no habían sido días fáciles en su vida.

Sus pinturas reflejaban su inocencia, eran delicadas y frágiles como ella; pintaba con acuarelas en un estilo que dejaba ver su atracción por el siglo diecinueve. Las imágenes en su mayoría eran de niños jugando y de animales domésticos, en un entorno cálido y familiar.

La pequeña Hazel dormía a su lado. Cuando llegó la noche le dio de cenar a Frederick con la ayuda de Allie, su niñera, y amamantó a Hazel. Las damas de la alta sociedad que la conocían no comprendían cómo Petronila no delegaba las tareas de los niños. Le ofrecían jóvenes nodrizas y escuchaban la negativa una y otra vez. Para la joven de Carolina del Norte, todo lo que tuviera que ver con sus hijos era sinónimo de felicidad, lo disfrutaba.

Esa noche no leyó, quería aprovechar la ausencia de su esposo para poder ir a casa de Ray temprano a la mañana siguiente; necesitaba ayuda con el cuadro que estaba creando. Intentaba por primera vez registrar rostros y lo estaba logrando, ella era la primera sorprendida del talento que tenía. Sobre el lienzo se podía observar a sus dos hijos en una granja junto a un lago, rodeados de patos, pájaros, cabras y muchos gatitos recién nacidos. Más atrás se veía a Petronila y a Terrence que venían caminando hacia ellos. Ray la ayudaría en la etapa que proseguía; ella insistía en que los rostros de su familia reflejaran con naturalidad lo felices que eran. La pequeña Hazel, en el lienzo, parecía un poco mayor de lo que era, lucía como una beba de unos nueve meses y estaba sentada jugando con un perrito blanco.

Cuando el sol salió por la mañana, Petronila despidió a los niños con un beso en la frente mientras dormían. Muy temprano había enviado a Allie en busca de Diane al pueblo cercano. Acudía a esta nodriza en los pocos casos en que debía ausentarse. Más tarde, al marcharse, no imaginó que desde aquel día su

placentera vida jamás volvería a ser la misma.

CAPÍTULO 3

Bar Harbor, 4 de octubre de 2012

Mi abuelo Milo se levanta cada día con la sensación de estar cumpliendo la condena de un crimen que no cometió; añora la libertad que solía tener. Hasta hace dos meses vivía en su casa solo, pero comenzó a desmayarse con frecuencia debido a una falla cardíaca. El médico busca retrasar su operación, pero si los medicamentos que le recetó no terminan con su problema, no nos quedará otra opción. En vista de esta situación y como no tengo a nadie que pueda hacerse cargo de él, no me ha quedado otra opción que enviarlo a un geriátrico. Mi padre falleció hace años, padeció una enfermedad psicológica que deterioró su salud. Es mi única familia, mi madre también falleció cuando yo era niña.

Son muchas las llamadas que recibo de mi abuelo durante el día. Cuando lo llevé a vivir a aquel sitio me ofrecieron quitarle su móvil para que esto no sucediera y en el caso de que él se quisiera comunicar conmigo me llamaría la operadora. Por supuesto, me negué, yo soy la única familia que tiene y su único contacto con el exterior. Hace un momento no contesté su llamado, sé que se enfadará, pero necesito reunirme con Bruno. Lo veo acercarse, lo estoy esperando en su cafetería preferida. Me ha dicho preocupado que desde que llegó hace cuatro meses ha ganado cinco kilos y le parece que las *donuts* que venden aquí son las primeras responsables. Es muy tímido, viene con sus manos en los bolsillos y mira hacia el piso cuando camina. Espero que no se dé de bruces contra la puerta de entrada. Lo primero que hace es darme un beso, algo común en su cultura. Ayer le dije que no saludamos de ese modo aquí, y claro que lo sabía, pero por lo que me dijo es la fuerza incontrolable de sus costumbres. Luego me arrepentí, solo logré que se pusiera aún más nervioso. Detesto ser tan directa, la gente me cree descortés y antipática por mi falta de delicadeza, pero solo quise evitarle momentos embarazosos.

Sé que el joven no tiene mucho tiempo libre; Alison Gibbs, su madre de hospedaje, se pondrá nerviosa si el chico demora más de lo debido.

— ¿Necesito saber si has visto algo que te llamara la atención? —le dije sin rodeos.

—No señora, ya le he dicho lo único que sé: durante la ausencia de mis padres de hospedaje hubo una fiesta que realizó Stewart. No sé más que eso, yo no encajo con sus amigos, además de que no me gustan las fiestas, de modo que me quedé leyendo en mi cuarto.

— ¿No saliste siquiera a comer algo, en ningún momento viste a nadie haciendo algo raro que recuerdes? —le pregunto mientras le ofrezco algunas rosquillas que le he comprado. Sin dudar lo acepta una, la que tiene relleno de crema pastelera, y mientras piensa saborea el primer bocado. Lo observo e intento que la boca no se me haga agua, estoy haciendo un esfuerzo sobrehumano por no comerme una. Bebo otro café esperando saciar mi ansiedad, pero no lo logro. Me rindo ante la tentación y estoy por comerme uno de estos manjares culinarios, cuando Bruno dice:

—Ahora que usted me hace esta pregunta, puede ser que algo llamara mi atención. Recuerdo que había dejado mis auriculares en la sala, bajaba las escaleras y escuché algo que podría ser de ayuda.

— ¿De qué se trata, qué escuchaste? —le pregunto dejando la rosquilla en su sitio y tomando mi café sin quitar mi mirada inquisidora sobre él.

—Yo se lo diré, pero como le dije ayer no quiero meterme en ningún lío mientras esté aquí. Si hubiera sabido lo que me esperaba, le puedo asegurar que no hubiera venido. Mi vida en Uruguay era muy aburrida, mis padres están separados y trabajan todo el día. Paso mucho tiempo solo...

Noté que el joven necesitaba desahogarse, iba más allá de una simple explicación, quería que yo supiera por qué había venido aquí, a Estados Unidos. Así que decidí ganarme su confianza y escucharlo.

—Decidiste hacer un viaje de intercambio para escapar de tu vida en Uruguay, ¿eso es lo que tratas de decirme?

—Así es. Pero tampoco quiero correr riesgos aquí. De haber sabido hubiera continuado con otros planes que tenía.

Sus palabras lograron ponerme aún más nerviosa. No podía permitirme que

abandonara su ilusión de encontrar aquí una vida mejor. Pero de momento no tenía otra opción que involucrarlo en esta investigación.

— ¿Otros planes?

—Sufrí maltrato escolar desde que pisé por primera vez el colegio bilingüe donde estudio. Mis padres parecen no notarlo, ambos tienen sus prioridades puestas en sus trabajos y yo para ellos soy invisible. Durante las ocho horas que pasaba entre los muros de las aulas me sucedieron cosas terribles, y todas las personas de quienes esperaba ayuda parecían tener un velo en sus ojos y no verlo.

— ¿Cómo qué?

En ese momento sonó el móvil de Bruno, él se paralizó, era la señora Gibbs. Atendió, me miró confundido y se excusó explicándole que se había retrasado en la biblioteca, pero que estaba de camino a su casa. Tenía que apurarse, me dijo luego de colgar. Irían con su padre de hospedaje, el señor Mouthy, a ver un barco. Le hacía mucha ilusión aquel paseo, al parecer la embarcación pertenecía a un actor conocido y estaría en la bahía durante algunos días, luego irían de pesca. Yo me alegré de que al menos se sintiera querido por las personas con las que se hospedaba; con simples gestos hacían que él sintiera que su viaje valía la pena.

—Solo dime antes de irte, ¿qué fue lo que te llamó la atención la noche de la fiesta?

—No tiene que ver con lo que usted me ha estado preguntando. Esto es distinto. He notado que algunas personas le piden medicamentos a Stewart.

— ¿Medicamentos? —le pregunté dudosa, temiendo haber entendido mal. Lo que Bruno me confesaba era realmente serio.

—Sí, tal vez solo sea una casualidad, pero lo vi la noche de la fiesta y también en algunas otras oportunidades.

—¿Puedes decirme con exactitud a quién le entrega Stewart los medicamentos? Necesito estar segura, como tú decías antes, que no haya sido una casualidad.

—Sí, a tres de las personas a las que les entregó las pastillas las conozco. Dos

chicas y un chico. Pero a la persona que estaba el día de la fiesta no la había visto antes. Era bastante mayor que nosotros, vestía con ropas caras, eso fue lo que me llamó la atención. Pero como solo pasaba junto a ellos y no quería que Stewart se molestara conmigo, no puedo decirle mucho más.

—Está bien así, anda, ve a tu casa que Alison se preocupará. Si recuerdas o ves algo más, no dudes en llamarme a este número.

CAPÍTULO 4

Bar Harbor, 23 de septiembre de 1942

La brisa matinal era fresca; Petronila iba por las calles de Bar Harbor acurrucada, con frío, se negaba a perder la libertad de ir caminando a sus clases. Habían sido días cálidos pero como aún el sol no tenía intensidad, la temperatura continuaba siendo baja luego del amanecer. Su andar era rápido, poco a poco había perdido la felicidad que solía sentir haciendo el mismo recorrido. Las ocasiones en que Terrence estaba ausente, hacían que se sintiera libre y se dedicara a hacer lo que más le agradaba.

Para llegar a la casa de Ray debía atravesar un jardín que lucía como si fuera un bosque frondoso; imposible imaginar que hubiera una casa detrás de tanta vegetación. Era un sitio abandonado, repleto de árboles que Petronila debía ir esquivando. Tanto su casa como él desprendían un aroma que resultaba contradictorio, entre desagradable y cálido, mezcla de tabaco con humedad. La joven Dunne se sentía cómoda allí, la sencillez de su amigo era el refugio que necesitaba. Algunas veces Ray estaba solo y pasaban largas horas pintando, entre risas y anécdotas de sus viajes en barco por el mundo. A Petronila le encantaba escucharlo, se le hacía difícil creer que una persona sin un centavo había pasado gran parte de su vida viajando por distintas partes del planeta, viviendo de la pesca y de la venta de sus cuadros, en un pequeño barco solo con lo indispensable. Claro que tenía un don especial para el arte, la gente se lo reconocía y le compraba sus pinturas, aunque muchas veces eran poco valoradas y las personas que las adquirían sacaban ventajas de la bondad del joven pintor.

En algunas oportunidades también compartían las tertulias con la joven partera. En esta ocasión, Wilma también estaba allí. Al llegar tomaron todos juntos el desayuno, como de costumbre, con repostería casera que Wilma había preparado.

Luego las jóvenes se sentaron cada una frente a sus pinturas en proceso y comenzaron a trabajar con las indicaciones que Ray les daba. Petronila tenía dificultad con la suya. Había intentado varias veces crear los rostros en los que venía trabajando pero no lograba que la satisficieran. Para ella sus pequeños eran más bonitos que el resultado que veía en sus trazos.

— ¿No te parece que deberías comentarle a Terrence de las clases de pintura que te estoy dando?

—Sabes muy bien, Ray, que jamás me permitiría venir a tu casa. Lo que sucedió entre ustedes para él fue un punto de quiebre en vuestra amistad, y es algo que no te perdonará jamás. Aunque nos cueste creerlo. —No le dijo que su esposo ya lo sabía y le prohibió seguir yendo.

—Es un necio. Fue su hermana quien quiso venir conmigo y era ella la dueña del barco.

—Pero a Terrence lo que más le molestó, según me dijo la única vez que lo hablamos, fue que tú lo traicionaras.

—Bueno, en eso tiene razón. Pero ya han pasado muchos años, ya podría olvidarlo.

—Yo no me atrevería a decírselo aún —dijo la partera, mirando de reojo a su amiga pero sin quitarle atención a su obra.

—Yo pienso igual que tú, Wilma, sobretodo porque su hermana nunca más regresó al país. Lo conozco y solo lograríamos que yo no pudiera venir más.

—Bueno, si es así... —le dijo Ray sonriente— deberías seguir manteniendo estas visitas en secreto. No quiero ni imaginar lo que pasaría si en algún momento se entera de que vienes aquí. Lo primero que pensaría es que le estás siendo infiel y sería nuestro final.

—Eso no va a suceder, Terrence solo tiene en mente su empresa, todo ha sido

peor desde el día que cerró el negocio con el jefe del Estado Mayor del ejército de nuestro país.

— ¡Finalmente lo logró! ¿Con Phillip Harris? —exclamó Ray, sorprendido de lo que su ex amigo podría lograr en pos de su ambición—. ¿Dónde lo conoció? —le preguntó mientras corregía el rostro de Terrence, suavizando sus facciones, en la pintura de Petronila. Terrence tenía nariz pequeña y grandes ojos azules.

—Hace unos meses que tiene reuniones con políticos de jerarquía y por intereses en común estas personas lo contactaron. —Petronila no tenía ninguna atracción por el tema del momento, todo lo que se refiriera a la guerra y la violencia que ésta conllevaba a su alrededor le causaba escalofríos. El astillero perteneciente a la familia de su esposo, y transmitido de generación en generación, se había dedicado a la fabricación de yates y barcos para uso personal y comercial. Pero desde que Terrence lo dirigía y se había involucrado en la política, todo había cambiado.

—Por el momento entonces lo dejaremos así, él no sabrá de tus visitas a mi casa. —Alzó una ceja, un gesto común en Ray cuando no estaba de acuerdo con algo—. Yo tampoco quiero que dejes de venir. Sabes, Petronila, la vida tiene esas cosas; me hizo sufrir la pérdida de un amigo pero años más tarde llega su esposa y se convierte en una de mis personas favoritas.

Al llegar el mediodía Petronila les dijo que se tenía que ir; Terrence regresaría del extranjero en un par de horas y le había avisado en su última comunicación que esa misma noche recibirían invitados a cenar. Hasta cuatro días después no volvería en busca de su cuadro, ese día no podía llevárselo ya que aún la pintura estaba fresca.

Cuando entró a su casa, deseosa de amamantar a la pequeña, con sus pechos doloridos e inflamados, encontró que en el living había varios policías. Junto a ellos vio a su nodriza, pero su niñera no estaba. El comisario Mc Kenzie, a quien conocía por intermedio de su esposo, se levantó de inmediato cuando la vio entrar. Tras él lo hizo apesadumbrado el detective Rob Gibbs, amigo reciente de los Dunne. Sus ojos estaban desbordados de lágrimas. Petronila sintió un escalofrío por todo su cuerpo, sabía que algo grave había sucedido. Lo primero que pensó fue que tenía que ver con su esposo. Es una milésima de segundo, cuando se siente que el destino está cambiando y que nada volverá a

ser lo mismo.

CAPÍTULO 5

Bar Harbor y costas del sureste de Canadá, 4 de octubre de 2012

Piper está teniendo unos días un tanto complicados. Su vida ha dado giros que jamás hubiera imaginado. Hace algunos meses atrás conoció al hombre por el que dejó todo, incluso el trabajo con el que siempre había soñado. Oliver Mac Carthaigh hizo que su vida se revolucionara; tuvo que tomar decisiones que cambiarían el curso de su historia. Sin pensarlo demasiado y siguiendo el instinto de su corazón lo eligió a él. Le prometió que vivirían juntos en su tierra, en un pueblito de pesqueros en Irlanda. En un primer momento su decisión parecía no complicarla. Dejaría de trabajar para la revista femenina *Gorgeous Woman* de Nueva York, lugar en el que no se sentía a gusto como periodista pese a ocupar un puesto de jerarquía. Pero en el momento en que Oliver le pidió matrimonio, algo sucedió. Un periódico reconocido le ofreció trabajo. Ser periodista y trabajar para ese periódico era una buena oportunidad en su carrera profesional. La vida suele ponernos a prueba, parece que las decisiones más importantes que determinarán nuestro futuro se nos presentan todas a la vez. Fue lo que le sucedió a Piper. Ella aceptó casarse con Oliver y él, viendo la posibilidad de que su prometida trabajara para el periódico que tanto deseaba, le explicó que no había necesidad de precipitar su regreso a Irlanda.

—Acepta tu trabajo en ese lugar —le sugirió—, si no lo haces nunca sabrás si habrás cometido un error al rechazarlo.

Así fue como Piper aceptó trabajar en el *News Now* un par de meses atrás. Meditó las distintas opciones, no se decidía, pero luego de algunos días tomó la decisión final. Su mayor temor era que si ella aceptaba el puesto, Oliver luego quisiera regresar a Irlanda, o no se sintiera cómodo viviendo en una ciudad tan grande como Nueva York. No era nada de lo que habían hablado en un primer momento, pero al parecer todo venía viento en popa. Suspendieron la boda, ella debía trabajar con intensidad en ese momento, concentrarse en sus

nuevas obligaciones, y Oliver, a su vez, estaba intentando cobrar lo antes posible su herencia: había vendido la torre Cosmopolitan a una cadena hotelera, casi de inmediato. Vivían juntos en un apartamento en el mismo edificio de su amiga Sophie, en el barrio Upper East Side. Piper temía que su novio no se sintiera a gusto en un edificio, sabía cuánto amaba el océano. Pero Oliver solo deseaba estar con ella, no interesaba en qué rincón del mundo fuera. Estaba feliz desde que no tenía que cumplir un horario de trabajo, y decidió sin más ir tras su sueño. Mientras Piper trabajaba, él también lo hacía. Escribía la novela utilizando los bosquejos que había imaginado durante años. Los poemas de su abuela Kate le vinieron de maravillas. Uno de los personajes principales de su historia era, al igual que su abuela, una joven poetisa neoyorkina, y decidió utilizar sus escritos a modo de homenaje. Algunos fines de semana acudían a Ogunquit a visitar a los padres de Piper y a conectarse como tanto les gustaba a ambos con la naturaleza, dando largas caminatas junto al mar.

Al llegar Piper al *News Now* le concedieron un puesto con el que se sentía realizada: la habían adjudicado al departamento de asuntos policiales del periódico. Su nuevo trabajo implicaba también que tuviera que trasladarse a otras ciudades para involucrarse más de cerca en algunos casos. En la víspera habían encontrado un barco hundido en Canadá, al parecer procedía de una empresa que fabricaba barcos en Maine. En principio no le habían brindado mucha información. Su jefe le dijo que quería la exclusividad de la noticia; se había enterado por contactos personales que el barco sumergido en el mar estaba cerca de una isla, y al parecer le pertenecía a los Estados Unidos. Le exigió que publicara la noticia y que a primera hora de la mañana una vez más su periódico, aunque con poca información, brindara la primicia en exclusiva.

Un par de horas más tarde Piper viajaba en helicóptero a la zona donde se encontró el barco, un lugar en las costas del sureste de Canadá. Nunca había escuchado su nombre: División n.º1, subdivisión v, Newfoundland y Labrador. El dato que tenían con el piloto era que el sitio estaba en las cercanías del faro Cape Race situado en Cappahayden. En el lugar solo había científicos canadienses enviados por el gobierno para determinar los pasos a seguir. Mientras sobrevolaban la zona, Piper se sentía cautivada, era inhóspito pero paradisíaco. Lo primero que se preguntó fue cómo era posible que nadie hubiera visto antes ese barco, durante cuántos años habría permanecido oculto en las profundidades del océano. ¿Lo habrían estado buscando? ¿Quiénes viajarían en él? Y los pasajeros ¿habrían sobrevivido o murieron ahogados

durante la tragedia?

Perdida en sus pensamientos, tomando notas en la libreta que siempre llevaba en su bolso, se percató de que el piloto le hablaba.

—Discúlpeme, no escuché lo que me dijo.

—Le decía que es increíble, pero que si no me equivoco estamos próximos al sitio del hundimiento del *Titanic*. Tal vez este barco que encontraron corrió con la misma mala suerte....

—Tiene razón —le dijo Piper sin poder quitar la vista de la orilla del mar—. ¿Es allí verdad? —preguntó, al ver movimiento de personas en tierra.

— ¡Sí, allí es!

Luego de descender, arregló un poco su cabello alborotado por el viento que generaba la hélice. Le pidió al piloto del helicóptero, su único acompañante, que la esperara.

—Trataré de no demorarme. Tengo que conseguir información, sacar algunas fotos y regreso.

Sintiéndose realizada, y presa de la curiosidad —sentimiento que generaba en ella adrenalina y era el vehículo que la conducía a descubrir con pasión la verdad— se acercó decidida al campamento provisorio que se había armado mientras duraba la investigación.

— ¡Buenas tardes! Mi nombre es Piper Cook, trabajo para el *News Now*. Disculpen que los interrumpa, luego de que terminen de almorzar, ¿podría hacerles unas preguntas?

Piper se dirigió a un grupo de tres hombres y una mujer, quienes al verla interrumpieron su almuerzo. Deseó haber llegado en otro momento. Seguro que desde que les habían dado la noticia del barco no habían podido probar bocado. Con amabilidad se presentaron uno a uno, eran todos científicos enviados por el gobierno de Canadá. En vista de su simpatía, se sentó junto a ellos en la mesa, y mientras almorzaban aprovechó a hacerles el cuestionario que había preparado durante el viaje.

—Por lo que tengo entendido es un barco de procedencia americana, ¿no es así?

—Lo que menos queremos es ser descorteses con usted —dijo uno de ellos—, no sé cómo les ha llegado la noticia, pero como estamos aún investigando, no podemos dar ningún tipo de información.

Piper supo que de ellos no iba a obtener ningún dato, era evidente que no la querían allí. Fingió una sonrisa aunque no le cayó en gracia la negativa rotunda que obtuvo; se despidió y de inmediato se retiró del lugar. Tendría que explicarles a sus superiores que había fracasado en la entrevista.

Sin embargo, de camino al campamento había podido observar que unos cinco metros a la derecha de donde se encontraban almorzando, estaban depositados los objetos rescatados del fondo del océano. Sin dudarle, le hizo un gesto al piloto para que encendiera el helicóptero. De ese modo los científicos pensarían que ya estaban por despegar. Con su cámara tomó varias fotos. Concentrada y nerviosa guardó su cámara justo a tiempo, ya que dos de los científicos se le acercaron y uno de ellos le preguntó:

— ¿Qué crees que haces?

—Nada, ya me iba. Solo me detuve a observar estos objetos. Algunos de ellos se mantienen en perfectas condiciones a pesar del tiempo que han permanecido en el agua.

—Sí, a nosotros también nos llamó la atención, mira tan solo estos escritos, algunos de ellos continúan siendo legibles. Brad los encontró dentro de un cofre hermético. Sus hojas lograron soportar años en el mar, quién sabe cuántos. Tal vez, luego de que pierdan humedad, los técnicos logren que todo sea legible. —El simpático joven que estaba a su lado sonrió, orgulloso de que reconocieran la eficiencia de su accionar.

—Sí, el haber encontrado este documento tal vez nos guíe al propietario del barco o a sus familiares.

—Basta, Brad —le dijo con evidente enfado quien lo acompañaba—, sabes que tenemos prohibido hablar sobre este tema.

—Tranquilos, ya me voy. ¡Gracias por permitirme llegar hasta aquí!

Cuando el helicóptero despegó, comenzó a mirar las fotos una por una. Había logrado capturar, inclusive, las imágenes de varias de las páginas del cuaderno que le había mostrado el joven investigador. El viaje se le hizo corto. En menos de lo esperado se sorprendió aterrizando en Nueva York. Al guardar su cámara de fotos encontró una llave en su bolso que no le pertenecía. Era antigua y de dimensiones poco comunes. Sin duda, había sido el joven Brad quien la colocó en su bolso cuando se acercó a ella antes de partir.

CAPÍTULO 6

Bar Harbor, 23 de septiembre de 1942

Cuando por fin Petronila volvió a abrir sus ojos luego de la noticia recibida, quería encontrar a sus pequeños lo antes posible.

—Frederick ha estado muy celoso desde el nacimiento de Hazel, tal vez la ha tomado en brazos y la llevó a dar un paseo —escuchó decir a Diane, que hablaba con los dos hombres. Ella, aún confusa, intentó enfocar su visión borrosa y concentrarse en busca de respuestas. Estaba aturullada, ¿qué le sucedía? Experimentaba un dolor profundo en todo su ser, insoportable.

—Petronila, te hemos estado buscando desde las siete de la mañana. ¿Dónde diablos estabas? —le dijo Rob, preocupado, y temiendo que ella les estuviera ocultando información.

—Estaba en casa de Ray Weston; me enseña técnicas para perfeccionar mis pinturas.

Rob pensó que Petronila aún seguía en shock. Cuando le dijeron que sus hijos estaban desaparecidos se desmayó, y ahora explicaba con total frialdad que iba a clases de pintura. ¿No había entendido lo ocurrido, o era ella la única culpable de lo que sucedía? El detective creía que las personas que menos imaginamos pueden llegar a darnos las sorpresas más devastadoras, y que el entorno más cercano siempre está bajo sospecha. Lo primero era dilucidar si en efecto los niños habían desaparecido o si todo se trataba de una gran confusión.

— ¿Recuerdas lo que te dije antes de tu desmayo? —le preguntó Rob con cautela. El rostro de la joven se transformó; cuando le dieron la noticia la primera vez, su cerebro se volvió en su contra y le impidió reaccionar, pero minutos más tarde entendió lo que había pasado—. ¿Tú dijiste hace un momento que tal vez Frederick podría haber tomado a Hazel? ¿Ya lo ha hecho antes?

Petronila bebió un poco de agua. Tras un suspiro, y con mucha dificultad para hablar, relató:

—A los pocos días del nacimiento de nuestra pequeña, cuando ambos niños descansaban en la segunda planta, Terrence y yo disfrutábamos de un inusual momento de tranquilidad. Estábamos cenando en la planta baja y en determinado momento escuchamos la vocecita de Frederick. —Petronila quería ayudar, dar la mayor información posible, su voz se entrecortaba y debía de tomar aire para continuar—. Quise ir a ver qué le ocurría, pero Terrence me pidió que me quedara junto a él, con la ilusión de que no lo abandonara por los niños una vez más. «Con seguridad está soñando», me explicó. De todos modos me levanté, y cuando iba llegando a la escalera me quedé paralizada al ver a Frederick... tenía en sus brazos a la pequeña. Le pedí con cautela que se quedara donde estaba, él sonrió con picardía y me dijo «¿Quieres que te la tire desde aquí?», haciendo un ademán con sus brazos. No, Frederick, espera a mami, yo ya voy». Cuando llegué al final de la escalera, tomé a Hazel y percibí el horror de lo que hubiera sucedido si yo no llegaba a tiempo.

Rob anotó en una libreta el relato de Petronila.

— ¿Crees que esta vez podría haber hecho lo mismo? ¿Que la haya llevado a dar un paseo?

—No, él no haría eso. —En ese instante cayó en la cuenta de que su niñera no estaba allí.

— ¿Dónde está Allie? ¡Tal vez salió a dar un paseo con los niños! —exclamó con la esperanza de que todo fuera un terrible malentendido.

—Eso ya lo pensamos, pero lamento decirte que una de las hipótesis que manejamos es que ella los haya secuestrado.

Petronila lo negó una y otra vez, les explicó con absoluta certeza que descartaran esa idea.

—Allie jamás haría nada que dañara a mis hijos; alejarlos de su familia nunca pasaría por su mente. Los adora.

—Petronila, escucha con mucha atención lo que te diré: en este momento todos son sospechosos... incluso tú y Terrence.

— ¡Pero qué disparate estás diciendo, Rob! Hablas como si algo grave hubiera sucedido a mis niños—. Su voz se entrecortó y se desbordó en un llanto desgarrador. Cayó de rodillas sobre el suelo y Rob le pidió disculpas. Para él tampoco era fácil la situación. Era el comisario con el mayor cargo del pueblo y la responsabilidad de este delicado caso caía sobre sus hombros, además de que conocía a los pequeños. Se arrodilló junto a la joven madre y la rodeó con sus fornidos brazos.

—Prometo traerte de regreso a tus niños. Puedes estar segura de que estarán contigo antes de lo que lo imagines. —Fueron palabras que el comisario esbozó, antes de pensar que la desaparición de los niños sería un enigma que tal vez nunca podría resolver.

CAPÍTULO 7

Bar Harbor, 5 de octubre de 2012

Estoy desayunando con mi abuelo Milo. Venir a este sitio, a diferencia de lo que le sucede a las personas que conozco, me hace feliz. Los ancianos son seres con una riqueza espiritual poco valorada y sé que no me equivoco al decir que deberían ser más escuchados. Son sumisos respecto a su entorno y me disgusta que a veces teman dar su opinión. Cuando paso por el hogar de ancianos y hablo con ellos mi día continúa de forma relajada. Por lo general no aparecen las imágenes que me perturban y valoro aún más nuestra corta existencia en la tierra. Ellos me demuestran que la vida es breve y que a pesar de las piedras en el camino, debemos continuar adelante.

Esta mañana he venido más temprano que de costumbre, sé que a él le encanta ya que cada día duerme menos y se aburre en su habitación hasta el horario en que le permiten salir al jardín. Estamos desayunando juntos en su amplia habitación; como el hogar es muy flexible le han permitido traer muchas de sus pertenencias personales, e incluso empapelar las paredes como las de su casa. Allí tiene su cama de toda la vida, una mesa de cocina y una biblioteca que ocupa toda una pared. Frente a la puerta de entrada hay un amplio ventanal a través del cual ve el jardín y las flores que lo decoran. Le he traído el *café latte* que a él tanto le gusta y un café americano con canela para mí. Estamos disfrutando de este encuentro y leyendo los periódicos del día, cuando me encuentro con un artículo del *News Now* de Nueva York que me intriga y me provoca esa sensación de éxtasis que tanto me agrada.

Encuentran barco misterioso

Por Piper Cook

Un grupo de exploradores canadienses detectó, para su sorpresa, un barco hundido a unos 1000 metros de profundidad. Hasta el momento su origen es desconocido. El hallazgo se produjo en las cercanías de las costas canadienses, en la tarde de ayer.

De momento no podemos informarles mucho más ya que por lo que hemos podido averiguar se trataría de un barco que pertenece a nuestro país, lo que complicaría la situación en el caso de que en él se hallaran objetos de valor.

Una vez más el *News Now* les trae la primicia, cuando incluso nuestro Estado no está al tanto de dicha situación.

—Philippa ¿quieres salir a dar un paseo antes de irte? —me preguntó mi abuelo, pero yo no podía contestarle, antes quería chequear si los otros periódicos que había tomado de la recepción decían algo más al respecto.

—Sí, abuelo, ahora vamos, pero déjame ver de qué trata todo esto.

— ¿De qué hablas? —me interroga con cordialidad pero con ganas de salir de una vez; sabe que le queda poco tiempo antes de que me vaya y no quiere perder la oportunidad de lucirse conmigo frente a sus amigos, sobre todo ante Frank quien siempre está desconforme y el verme hace que su día se torne un poco más agradable. Sé que se está poniendo impaciente, me mira serio junto a la puerta, pero yo no puedo dejar de buscar entre páginas.

—Solo déjame ver si en alguno de estos otros diarios dice algo sobre un barco que encontraron hundido cerca de Canadá y que podría ser de los Estados Unidos.

—Pero Philippa, ¿qué te llama la atención en eso? Me parece una noticia sin importancia, como para llenar la hoja. Imagina la cantidad de barcos y aviones que habrá por ahí que se han hundido y han quedado olvidados con el tiempo. Vamos, mi niña, anda. Yo les comenté a mis amigos que vendrías y ya han de estar todos deseosos de verte en el jardín.

—No es una noticia más, de eso estoy segura. Por dos motivos.

— ¿Cuáles? —me preguntó mi abuelo que ya había cerrado la puerta del dormitorio y se había sentado frente a mí en vista de que yo tenía para un rato más.

—La noticia es del *News Now* de Nueva York. Y quien la escribe es una joven periodista que no da puntada sin hilo. Si solo nos da poca información es porque no le han permitido hablar más —le digo sin quitar la mirada a las noticias.

— ¿Un barco hundido en Canadá y que puede ser nuestro? ¿Qué le encuentras de interesante?

—Que si lo dice ella y además menciona de manera sutil que podrían haberse hallado objetos de valor, es porque ya lo saben. ¿Quieres apostar?

Mi abuelo comenzó a reír y luego dijo:

—Tú siempre igual, tratando de descubrir misterios donde los demás no los ven. ¡Anda, vamos! Ya has mirado todos los periódicos y comprobaste que no hay ninguna información al respecto. Tienes una gran imaginación, Philippa, mi niña.

Para el abuelo, el paso de los años y que su nieta ya fuera toda una mujer no implicaban que debiera cambiar la forma en que se dirigía a ella. Para él seguía siendo su pequeña y dulce Philippa.

Cuando llegamos al jardín tres buenos mozos, de entre ochenta y noventa y cinco años, esperaban ansiosos por nosotros.

—Te lo dije, mira, allí están —me regañó mi abuelo, intentando apurar su paso con dificultad. Verlo feliz y regocijarse conmigo frente a sus amigos hacía que todos mis fantasmas desaparecieran. Frank, Rob y Connor estaban sentados bajo un colorido maple; al vernos se pararon y caminaron hacia nosotros.

Le entregué a cada uno sus caramelos; saben que en mis visitas reciben cosas ricas que en el hogar no les dan. Por lo general les llevo golosinas, rosquillas, magdalenas, y otras veces juegos de mesa para que se mantengan entretenidos.

Están preocupados porque desde hace algún tiempo han notado que Frank se

olvida de las cosas con facilidad, el Alzheimer ha comenzado a notarse y los angustia a todos. Comprendo cómo deben sentirse, ver el deterioro de los amigos ha de ser muy duro. Sería diferente si todos estuvieran en las mismas condiciones.

Nos hemos sentado bajo un árbol rojizo, el otoño es un espectáculo particular en el jardín del hogar. Rob quiere saber cuáles son las noticias policiales; como buen ex comisario es muy cordial y le interesa la actualidad de Bar Harbor y de todo el país. Pasamos una hora distendida entre risas y anécdotas. Cuando llega el momento de decirles que debo retirarme, sus rostros reflejan la angustia que sienten; me los llevaría a todos a mi casa, pero es imposible. Con mi trabajo viajo seguido o estoy la mayoría del día en la comisaría, y si es necesario salgo a cualquier hora en la madrugada.

Al llegar a la comisaría me preparo un café y le doy mi toque personal: junto a la cafetera hay un frasquito que contiene mi especie preferida. Sin dar muchas vueltas entre mis compañeros me voy a mi oficina. Al instante aparece Hans y me dice sin saludarme que una periodista del *News Now* desea hablar conmigo lo antes posible.

— ¿De qué se tratará? —me pregunta curioso.

—No lo sé, averiguo y te cuento —le digo, tomando el papel que me da con los datos de Piper Cook.

Cerré la puerta de mi oficina, que como de costumbre Hans había dejado entornada no por curiosear sino por despistado, y llamé al número que tenía anotado en el minúsculo trozo de papel. Me atendió una amable contestadora del *News Now*, y digité el número de interno indicado. Respondió una voz juvenil, como de locutora de radio. Pensé que se trataría de Piper, así que me presenté.

— ¡Hola! Mi nombre es Philippa Lowell, quisiera hablar con Piper Cook. ¿Eres tú?

—No, soy su secretaria. Ella se encuentra en una reunión pero me dijo que si usted la llamaba le avisara de inmediato.

Una sonrisa se dibujó en mi rostro. Solía comprar la revista *Gorgeous woman magazine* tan solo para divertirme con sus irónicos artículos. Cada uno de

ellos denotaba picardía, me divertía mucho leerlos. Mostraban, de manera subliminar, el repudio que la periodista sentía hacia la pérdida de valores y la superficialidad del mundo en el que vivimos. A mí me sucedía lo mismo. Luego pude leer en su muro de Facebook, visible para todos quienes la seguíamos, su versión sobre el abandono del puesto que ocupaba en la revista. Dejaba ver su postura como periodista y aclaraba que no había sido despedida como lo decía su ex jefa Amanda Horton. Su popularidad máxima la encontró cuando todos los ciudadanos de este país nos enteramos del horror que había vivido la joven poetisa Kate Hemstitch y su aristocrática familia —un secreto que había salido a la luz luego de muchos años gracias a su meticulosa investigación—, así como supimos también el destino del emblemático edificio Cosmopolitan. En ese punto nos parecemos; a pesar de no conocerla en persona y de que es obvio que tiene otra profesión, creo que sería una gran detective.

— ¡Hola! ¿Hablo con la investigadora Philippa Lowell?

—Así es —le dije, dejando la taza de café sobre mi escritorio y alzando mis ojos hacia arriba como hago siempre que quiero agradecer a Dios por permitirme la excepción, aunque momentánea, de sentirme feliz—. Te hablo de la comisaría de Bar Harbor. ¿Me ha dicho mi jefe que me has llamado? — Sentía el calor en mis mejillas, una vez más no encontraba las palabras justas para mantener un diálogo fluido. Me enfadaba parecer tan poco cortés.

—Sí, te he llamado porque me urge hablar contigo. Estoy a unas horas de allí. ¿Podríamos reunirnos lo antes posible?

—Pero... ¿tú no estás en Nueva York?

—Sí, pero estoy segura de que lo que tengo para decirte nos interesa a ambas. Llegaría a media tarde. ¿Estás de acuerdo?

—Claro que sí. ¿Quieres pasar por aquí, mi oficina en la comisaría de Bar Harbor, o prefieres que nos veamos en otra parte? —le dije intentando imaginar para qué querría hablar conmigo.

— ¿Qué me dices de un lugar más tranquilo? ¿Tal vez alguna cafetería?

—Bueno, entonces nos podríamos encontrar en Lompoc Café, en la calle 33, en Roddick.

— ¡Genial, Philippa!, ahí estaré a las cuatro de la tarde. Te aseguro que te sorprenderás de la información que tengo para ti.

Tomé la decisión de mantener este encuentro en privado ya que por algún motivo Piper no había querido que nos viéramos en mi oficina. Cuando corté con ella, tenía un mensaje de texto de Bruno en mi móvil. Me pedía que lo fuera a buscar al colegio. Había ido de pesca con el Sr. Mouthy y encontrado algo que quería enseñarme. Le dije que lo pasaría a buscar en diez minutos.

Sin perder el poco tiempo que me quedaba hasta el encuentro con la periodista, me puse en contacto con él. Pensé que lo mejor sería llevarlo a un lugar alejado del pueblo, donde pudiera mostrarme tranquilo eso tan importante que había encontrado. Fuimos al lago Echo; en el camino se mantuvo escondido en el auto. Cuando llegamos me enseñó un portarretratos que en un primer momento no me llamó mucho la atención, era una foto antigua, sin más, y el vidrio estaba roto. Mientras me contaba dónde lo había encontrado yo examinaba la foto con detenimiento, en busca de algún significado especial; en ella posaban dos señoras muy sonrientes con una gran cantidad de niños pequeños a su alrededor, todos sentados sobre el césped. Al parecer, el edificio que se veía detrás era el orfanato La casa de los niños de Maine. Por la vestimenta deduje que había sido sacada unos cincuenta años atrás. No tenía idea de quiénes podían ser las personas que aparecían en la imagen descolorida y añejada por el tiempo y la humedad del barco.

—Estaba mirando las fotos que colgaban en el barco cuando se me cayó una; estiré mi brazo tratando de agarrarla y encontré este otro portarretratos caído en un rincón. Tal vez se rompió al caer de la pared del barco, no sé cuándo. ¡A quién se le ocurre colgar portarretratos en un barco!

— ¿Bruno, hemos venido hasta aquí para que me muestres una foto antigua que te llamó la atención? ¿Tú tienes idea de la exposición que tengo en este momento y el riesgo que estoy tomando al estar aquí contigo?

—Sé que parece extraño y que no la estoy ayudando con el tema de Stewart, pero por favor, tengo algo más para mostrarle. No se enfade. Cuando levanté el portarretrato para colocarlo en su sitio, cedió la parte de atrás; quise colocarla otra vez y vi que este papel estaba tras la foto. Alguien lo había escondido con mucho cuidado. Estoy incómodo por el tema de Stewart y ahora encuentro esto. ¿Sabe qué? Lo único que deseo es irme de la casa de los

Mouthy.

Tomé con cuidado el papel amarillento, era muy frágil. Intenté no romperlo al abrirlo pero fue imposible. La humedad y el paso del tiempo habían deteriorado la añeja nota. Se rompió en varias partes. De a poco fui formando la hoja otra vez, y lo que leí me dejó atónita:

Si algún día alguien encuentra esta nota quiero hacerle saber que maté a una persona. Su cuerpo se encuentra enterrado en el parque Acadia. Allie Watters no me dejó otra opción. El sitio exacto es en el Sieur de Monts Spring, en la conocida Spring House, detrás del Centro Natural (15m) hacia el bosque, y en dirección hacia donde cruza la calle Park Loop con la Ruta 3. Sé que lo encontrarán, he dejado una estaca clavada.

Espero que ahora su familia encuentre tranquilidad al saber dónde yace el cuerpo de Allie, se han dicho muchas cosas.

— ¿De qué se trata, Philippa? Estoy asustado.

—No lo sé —le dije disimulando, no quise preocuparlo más, ya tenía suficiente con Stewart y ahora aparecía esto. Si Stewart andaba en lo que yo pensaba, no me quedaría otra opción que mandarlo preso por venta ilegal de medicamentos. Intenté evadirme de la situación aunque sabía que más tarde tendría que explicarle algo más sobre la nota, y le pregunté si tenía alguna novedad sobre lo que veníamos averiguando.

—No, sobre ese tema preferiría no hablar más, siento pánico solo de pensar en lo que me podría suceder si se enteran de que he estado hablando con usted de las cosas que veo.

—Bruno, si escondes información a la justicia, infringes las leyes de los Estados Unidos y podrías ir a prisión por bastante tiempo. No olvides que en este país castigamos severamente a todos los que vayan en contra de la seguridad de sus ciudadanos.

Bruno no pudo más que mirar al piso y luego de un largo suspiro dijo:

—Ya lo he pensado, es por eso que la llamé cuando encontré este portarretratos. Siento que me estoy obsesionando con todo esto. Creo que hay algo más que debe saber.

—Haces bien —le dije. Para ese entonces ya tenía en mis manos mi lapicera y la libreta roja, no quería perder ningún detalle de su relato. Antes de cerrarla, guardé cuidadosamente la nota.

CAPÍTULO 8

Bar Harbor, 5 de octubre de 2012

El pequeño pueblo transitaba los primeros días tranquilos luego del fin de la temporada. Cuando llegué a unos de mis lugares preferidos, The Lompoc, sus dueños me dijeron que en un par de días cerrarían el local hasta la nueva temporada. Es lo que acostumbran hacer cada año, algunas veces lo abren solo para que los clientes podamos disfrutar de la buena música, pero la cocina permanece fuera de servicio.

Es una cálida tarde, decido sentarme afuera en las sillas de hierro forjado. He llegado mucho antes de la hora acordada, presa de los nervios que me ocasiona el encuentro con Piper y en busca de un momento de relax. El lugar está cercado por una verja cubierta de plantas que impiden que se pueda ver hacia afuera; lo agradezco, necesito que el encuentro sea lo más tranquilo posible. Estoy leyendo desde hace algunos días el último libro de J. K. Rowling, en el que utiliza un seudónimo. Me pregunto para qué escribir un libro con un seudónimo si lo que la editorial al fin y al cabo desea es que el mundo entero sepa quién es su verdadero autor, y de una u otra forma se encargarán de hacérselo saber. Al abrir sus páginas me llega un aroma conocido, delicioso, podría incluso decir que es de los que más me agradan; cuando estoy entre las páginas de un libro mi alma está en paz y logra olvidar. Me deleito en ellas, en compañía de un rico batido de frutas, mientras espero que el reloj se acerque a la hora acordada.

De forma inesperada todo cambia. Levanto la vista y veo que Brendan entra al local, siento el corazón en la garganta. Me pongo muy nerviosa, mi psicólogo dice que lo mejor para mí sería mudarme de este pueblo. Me niego a huir de mi vida, de las personas que quiero y del único lugar en el mundo al que siento que pertenezco, pese que en algún momento creí que me hubiera gustado trabajar en una gran ciudad. Si yo no viviera aquí todo sería más fácil, incluso para él, lo sé, pero aún no estoy preparada para dejar mi querido Bar Harbor. Quise disimular y hacer como que no lo veía. Tal vez solo venía por un café de paso y ni siquiera me veía; imploré a mis ángeles protectores. Pero noté de reojo que se acercaba. «No podré soportarlo» pensé. Un escalofrío recorrió

mi cuerpo. Sentí terror, vergüenza, culpa. Caí en la cuenta del gran error que estaba cometiendo al continuar viviendo en la misma ciudad que él.

— ¡Hola, Philippa! ¿Cómo estás? Disculpa que te moleste, veo que estás muy concentrada en la lectura.

— ¡Hola, Brendan! No te había visto, ¿recién llegas?

—Sí, dos de mis pacientes han cancelado la cita y me ha quedado una hora libre. Decidí venir hasta aquí para pasar el rato.

—Haces bien —le digo sin mirarlo, me he quedado sin palabras, en blanco. Estoy pagando la peor condena, la autoincriminación, la culpa. Debería invitarlo a sentarse aquí, pero por supuesto que no puedo. Tal vez preguntarle por su hijo, a quien quiero más que a mi propia vida, pero tampoco puedo, solo deseo que se vaya. Lo que menos necesito es que esté aquí cuando llegue Piper, si no, no podré parecer una persona normal.

— ¿Esperas a alguien? Porque si no es así, me encantaría sentarme un momento contigo. Hace tiempo que no sé nada de ti.

—Sí, claro. —De mi boca no sale nada más. ¡Por qué no le dije que está por venir alguien! Si al menos hubiera actuado con naturalidad... Es obvio que se dio cuenta de que me incomoda su compañía. Miro hacia todas partes, incómoda, perpleja, siento que mis manos se humedecen y que mi corazón late como si me estuviera por dar un ataque de pánico otra vez. Siento que me asfixio, que voy a morir.

—Philippa, ¿te encuentras bien? Estás pálida...

La voz de Brendan es lo último que escucho estando aún consciente. El miedo me ha llevado una y otra vez a este lugar que me aterra, el que amenaza con ser la locura. Pero esta vez me aferro y por primera vez los recuerdos felices me transportan a la plenitud de la vida que alguna vez tuve. Ahora, estoy en el paraíso.

Cumplimos tres años de casados, lo miro mientras se afeita. Desde mi cama puedo ver cómo ha cambiado en este tiempo. Se afeita con cautela, teme lastimarse. Ya está terminando, es en este preciso instante que se detiene, como cada día, a observarse. Me pregunto qué estará pensando. Con suavidad pasa la

mano por su barbilla, se acerca al espejo. Duda, vuelve a tomar la afeitadora y la pasa por el hoyuelo de su pera, con seguridad aún falta un retoque allí, se acerca, el color rubio de su vello no lo ayuda ni su alta miopía tampoco. No imagina que lo observe. Al parecer ahora sí está conforme; abre la colonia para después de afeitarse y se la pasa por la barbilla y el cuello. Se vuelve y es allí cuando nuestras miradas se cruzan, me sonrío. Siento una punzada de amor, con solo eso me basta.

Se acerca, «¿me quito la toalla y festejamos nuestro día?». Su sonrisa torcida me termina de convencer. Nos besamos, huele delicioso. Suena su móvil, «no contestes» le sugiero al oído, pero nuestra tercer compañía, su maldito móvil, siempre es más importante que nosotros. Mientras se aleja a buscar su teléfono pienso lo felices que éramos antes cuando estábamos más desconectados.

—Estoy de guardia —me dice—, debo responder. Luego se retira de nuestra alcoba y las posibilidades de comenzar festejando se nos terminan en ese instante.

Thomas se despierta al escuchar el sonido que tanto detesto, viene corriendo hacia mí, feliz de comenzar un nuevo día y yo de tenerlo. Se sube de un salto a la cama, me abraza y siento su dulce aroma matinal. Lo beso y comienzo a hacerle las cosquillas que a él tanto le gustan. Jugamos un rato solos y luego se nos une su padre.

De golpe, mi guarida, la ausencia repentina que logra que me escape de la realidad, desaparece; vuelvo en mí. Escucho una conversación, estoy confundida. Ahora lo recuerdo, estoy en la cafetería... ¡con Brendan! También parece que hay alguien más. Alguien se dirige a esa persona llamándolo «doctor». Le está explicando a Brendan que no tengo la presión baja ni alta, que los valores de azúcar están estables al igual que mis signos vitales. En ese momento el doctor ve que abro los ojos, me mira y me pregunta si me encuentro bien. Asiento, solo tengo un leve dolor de cabeza y la sensación de que es imposible ser sincera, jamás estaré bien, no con lo que le ocurrió a Thomas por mi culpa.

— ¿Philippa, quieres que te lleve a tu casa? Te desmayaste, llamé a la ambulancia.

—No, Brendan, estoy bien, además debo quedarme aquí, estoy esperando a

alguien.

Su rostro cambia, si no supiera que ya no le importo pensaría que le preocupa que tenga una cita.

—Oh, disculpa, y yo que quería sentarme contigo... —dice preocupado—. ¿No será mejor que lo dejes para otro día? Has estado inconsciente un buen rato.

—Ven, sentémonos hasta que llegue Piper, la periodista con quien debo encontrarme.

Su rostro se ilumina, me ilusiona pensar que tal vez se alegra de que continúe soltera. Él fue el único hombre con quien mantuve una relación estable, quien me hizo sentir que mi compañía lo hacía feliz. Maldigo por enésima vez haberlo echado todo a perder. Me ayuda a levantarme del suelo, sé que no es fácil, cuando estábamos juntos me encontraba más delgada pero ahora le cuesta levantarme, e intentarlo hacerlo a mí. No hago ejercicios y estoy pasada de peso. Mi único placer lo encuentro en la comida, mis dos gatos y mis queridos libros. Ni siquiera hay secretos que descubrir en este pueblo, muy poco para investigar y que logre distraerme.

— ¿Qué fue lo que te sucedió?, ¿te ha pasado antes? —me pregunta preocupado.

—Brendan, yo no he estado bien. Ya sabes, jamás podré superarlo.

—Philippa, Thomas ha salido adelante. Ya pasó mucho tiempo, es casi un adolescente.

—Puedes darme uno y mil motivos, pero todo fue mi culpa. —Siento un nudo en la garganta, estoy por ponerme a llorar—. Brendan, por favor, no puedo hablar de esto. Solo dile que pienso mucho en él y que lo quiero más que a mi propia vida.

Sabía que sucedería, las lágrimas brotan por mis mejillas, me duele la garganta, el órgano que en este momento percibe y evidencia el sentir de mi alma. Claudico y le pido que me abrace. Necesito estar entre sus brazos, apoyo mi cabeza en su pecho, en mi interior le imploro que me disculpe, si me dice algo ahora sé que no podré decirle adiós nunca más. Pero no lo hace, ya es

tarde. He escuchado que alguien más está en su vida, no sé de quién se trata, lo eché todo a perder. Desví mi mente para controlarme. Han sido muchas emociones por hoy, me reconforto al pensar, con humor, que a ambos nos sobran varios kilos. Acaricia mi rostro con dulzura (usa la misma colonia para luego de afeitarse), me dice que se alegra de verme. Estoy por decirle que lo sigo amando, que no puedo vivir sin él, cuando aparece a sus espaldas Piper Cook. Está radiante. Su rostro cambia y se sorprende al verme sollozando abrazada a un hombre. Mi cara está hinchada de tanto llorar y él, que no ha podido evitarlo, también se ha emocionado. ¿Será esto una reconciliación? pienso ilusionada...

— ¡Hola! ¿Cómo están?—nos dice sin entender qué es lo que nos sucede.

Ambos reímos y lloramos al mismo tiempo. Me siento avergonzada. Me acerco unos pasos para saludarla y le hago un guiño. Hay personas que desde el primer encuentro se perciben como conocidos de toda la vida. Con ella tengo ese sentimiento de complicidad y empatía.

CAPÍTULO 9

Bar Harbor, 23 de setiembre de 1942

Petronila no podía dejar de llorar; salió a buscar a sus hijos, caminó por la playa a pocos metros de su casa, su mayor temor se hacía real. Lo que al principio le parecía imposible, no lo era luego de varias horas de búsqueda desesperada. La mansión de los Dunne se ubicaba a pocos metros de la bahía Frenchmann. Ahora temía lo peor: que Frederick hubiera tomado en brazos a su hermanita y ambos hubieran terminado en el mar.

— ¿Y si se ahogaron? —le preguntó entre lágrimas al inspector, quien hacía un par de minutos había regresado.

—No pienses en eso, ya los encontraremos. Todo el pueblo está en la búsqueda de tus hijos. Incluso si alguien se los ha llevado, no podrá escapar con ellos, tenemos todo el pueblo y los alrededores vigilados. —Rob también manejaba dentro de sus hipótesis que estuvieran ahogados, pero intentaba transmitir

calma.

—Pero si fue hoy en la mañana y aún no han aparecido... ya han pasado muchas horas. ¿Quién se los llevó? Podrían estar muy lejos de aquí. No solo por tierra podrían escapar, podrían haberlos raptado por el mar.

En ese momento apareció Allie, excusándose ante el comisario y Petronila de que había intentado hablar con ésta antes pero le había sido imposible. Les dijo que desde que notó su ausencia había buscado los niños de forma frenética, no podía soportar estar quieta sin hacer nada.

— ¡Oh, Allie! ¿Cómo nos ha podido ocurrir esto? ¿Cómo has dejado a los niños solos?

— ¡Nunca imaginé que algo así podría suceder! Frederick dormía y Hazel estaba siendo amamantada cuando le pedí a Diane que los cuidara por un momento mientras yo hacía unas compras que nos faltaban para la cena con sus amigos.

— ¡Cómo puedes mentirme de ese modo! Dime la verdad ¿Qué has hecho con mis hijos? Pídeme lo que quieras, puedo darte todo el dinero que desees.

— ¡Pero señora Petronila! ¿De qué está usted hablando? Yo no les hice nada a sus hijos, sabe cuánto los quiero. Estoy tan desesperada e indignada como usted con todo esto.

—Hemos hablado con Diane, ella dice algo muy diferente: Que tú sacaste a los niños a dar un paseo y que jamás supo nada más de ellos. Dice que luego de amamantar a Hazel, le pediste que fuera a comprar algunas cosas para la cena de hoy a la noche y que luego cuando regresó ya no estabas. Ella pensó que habías salido a dar un paseo con ellos ya que era una hermosa mañana...

Mientras ambas mujeres discutían entre gritos, llantos desgarradores y reproches, el detective del caso, Rob Gibbs, escribía en su libreta y entrecruzaba miradas con el comisario Tom Mc Kenzie. Era evidente que una de las dos empleadas de la familia Dunne estaba implicada en la desaparición, de lo contrario no habría necesidad alguna de tener versiones diferentes de los acontecimientos.

—Allie, sabes bien que yo no le dejaría mis hijos a nadie que no fueras tú o

Terrence. Confío en ti por más que hayas cometido un error, por favor, podemos arreglar las cosas. Solo dime dónde están Frederick y Hazel.

—No lo sé, debe creerme. Yo no hice nada, ya le dije lo que sucedió hoy luego de que usted se fuera.

Tom Mc Kenzie le dijo algo a Rob Gibbs y luego habló con los policías que permanecían fuera de la casa de los Dunne, quienes entraron y en dos grupos se llevaron como sospechosas del caso a Allie Watters y a Diane Cliston. Minutos más tarde, cuando un silencio inusual y desgarrador visitaba la morada de los Dunne, Terrence regresaba de su viaje de negocios. No creía lo que le habían dicho al llegar al puerto, necesitaba cerciorarse él mismo de lo que sucedía. Algo tan terrible no podía estar ocurriéndole. Junto a él llegaban sus amigos, quienes aún sin haber visitado a Petronila, fueron a esperarlo para darle la noticia. La joven madre siempre había creído que de los matrimonios más allegados a ellos, solo Milo Lowell y Rob Gibbs eran sus verdaderos amigos. Si Milo aún no había llegado era por algo en particular, él siempre estaba cuando ella lo necesitaba. Sus esposas eran poco queridas por Petronila; de Edda Gibbs sospechaba que estaba enamorada de Terrence, lo presentía, y por este motivo le incomodaba su presencia. Por supuesto que Edda había ido a esperarlo al puerto para contenerlo, llegaban juntos. Y Constance Lowell era una mujer demasiado frívola para estar preocupándose por existencialismos. Creía que no le hacía bien a su salud preocuparse por los problemas ajenos ya que la mala energía que generaban perjudicaba su bienestar.

— ¡Petronila, qué demonios has hecho con los niños! —Una vez más Terrence demostraba intolerancia con su mujer. Cualquier hombre en un momento así abrazaría a su esposa y buscaría consuelo en ella.

Edda Gibbs sintió una oleada de placer, Terrence abandonaría a Petronila de una buena vez. Por supuesto que demostraba que lo de los niños le parecía un espanto, pero se regodeaba pensando que sacaría ventajas con lo que acontecía.

— ¡Oh, Terrence, ¿qué es lo que está pasando? Quiero a mis bebés, por favor encuéntralos.

— ¿Que los encuentre? Tú tenías que cuidarlos, es lo único que tienes que hacer en todo el día. ¿Dónde demonios estabas cuando todo esto sucedió?

Por temor a decir la verdad Petronila cometió un gran error que luego la

implicaría como posible culpable en la desaparición de sus hijos: —Salí en busca de telas para el vestido de la maldita fiesta.

Terrence entró en razón, no podía culpar a su esposa por haber dejado un momento a los niños, incluso sintió pena por ella, sabía lo buena madre que era.

— ¡Perdona, Petronila, esto no nos puede estar sucediendo! —Terrence estaba preocupado y dolorido por la situación pero sus ojos no derramaron una sola lágrima.

—Aún no he estado con Rob. ¿Qué es lo que él cree que pasa? —preguntó Edda a Petronila.

—Tu esposo piensa que nuestra niñera o la nodriza están mintiendo.

Terrence pasaba su mano por la espalda de su esposa en un intento de calmar el desasosiego que la invadía, y al escuchar esto quedó petrificado.

— ¿Por qué sospechan de ellas? —preguntó furioso.

—Las interrogó y sus relatos fueron contradictorios. Ambas dicen que estaban fuera de la casa cuando los niños desaparecieron y que nuestros pequeños se encontraban al cuidado de la otra.

Para ese entonces, Terrence había tomado las llaves de su auto y cerró de un portazo la puerta.

— ¿Adónde se ha ido? —preguntó Petronila a Edda, en busca de una respuesta inexistente.

La joven visitadora social alzó los hombros demostrando su desconcierto. — ¿Has comido algo?

—No, no tengo apetito. No sé qué hacer, Edda, ¿y si se han ahogado o alguien se los ha llevado? Siempre he creído que vivir junto a la bahía Frenchman era riesgoso para nuestros hijos.

—Ya van a aparecer, ven, vamos a la cocina, te prepararé un té con unas galletas.

—Creo que Diane está mintiendo. Ella tiene a mis hijos en alguna parte.

Edda tomó del brazo suavemente a Petronila y la llevó a la cocina como si de una persona mayor se tratase. Cuando bebían el té le ofreció una pastilla que llevaba en su cartera y le pidió que la tomara para poder calmarse. En un par de minutos Petronila comenzó a decir que se sentía muy cansada. Ambas fueron a la alcoba principal y Edda la ayudó a acostarse. Luego la tapó y dejó que descansara, pensó que nada podían hacer ninguna de las dos para cambiar el curso que desde ese momento habían tomado las cosas.

Mientras tanto, en la comisaría de Bar Harbor se encontraban declarando en distintas oficinas las principales sospechosas del caso. Ambas repetían una y otra vez su versión de los hechos. A pesar de los intentos de Rob por sacar algo más a cada una de ellas no logró ningún avance. Quedaron detenidas un par de horas pero como no había ninguna evidencia que las involucrara directamente en la desaparición, el detective y comisario Rob Gibbs no tuvo otra opción que liberarlas.

El novio de Allie la esperaba en las puertas de la comisaría, se abrazaron, la joven niñera se quebró y comenzó a llorar como una pequeña. Estaba muy angustiada, quería mucho a los niños, repetía una y otra vez que Diane era la culpable de lo que había sucedido. Cuando miró a un lado y la vio salir, corrió hacia ella y la increpó.

— ¿Cómo has podido hacerle algo a los niños?

Fue una pena que solo Brad, el novio de Allie, escuchara aquel enfrentamiento donde quedaría por sentado la inocencia de la niñera. Diane rio y tan solo dijo:

—No sé de qué hablas, tú fuiste la que te los llevaste, ¿por qué mientes?

Otra vez se increparon, y lo volvieron a hacer una y otra vez.

Un par de horas más tarde, Terrence fue a casa de Edda Gibbs en busca del consuelo que necesitaba, sabiendo que Rob durante algunos días no estaría mucho por allí.

CAPÍTULO 10

Bar Harbor, 5 de octubre de 2012

Hoy ha sido un día que permanecerá en mis recuerdos. He pasado por muchas emociones; primero Bruno que me ha sorprendido con una nota que nada tiene que ver con lo que vengo investigando —supongo además que lo que dice no ha de ser cierto—, pero ha logrado plantar la duda en mí. Encontrar un mensaje oculto desde hace muchos años, de alguien que dice haber escondido un cadáver, no es algo que suceda a diario. Luego he venido a encontrarme con una persona por quien siento admiración, una periodista que desde hace un tiempo me sorprende con su trabajo y su forma de ser. No solo estoy aquí con ella, sino que antes he estado con Brendan. El hombre que hace que sienta que la vida vale la pena, que aún logra que mi corazón se acelere y mis miedos desaparezcan. Todo eso si olvidamos el punto en el que caigo en la cuenta de que lo he echado todo a perder y me paralizó si estoy a su lado. Mi defensa hasta ahora ha sido evadirme de forma inconsciente cuando el terror se apodera de mí. ¿Qué es el terror para mí? La culpa, ver como mis acciones cambiaron el futuro de una de las personas que más me han importado en este mundo. No puedo soportar el daño que le causé a él y a su hijo.

Pero bueno, la vida sigue, al parecer la única que continúa obsesionada con el pasado soy yo; incluso, aunque me cueste creerlo, Thomas tiene una vida normal.

Estamos aquí sentadas, Piper y yo, en el Lompoc Café; hemos hablado de su experiencia en la revista para la que trabajaba y del cambio que ha tenido su vida en los últimos tiempos. Tuve que contarle por qué había venido la ambulancia. Me ha animado diciéndome que ella también tuvo una época en la que sufrió depresión pero que con el tiempo logró superar la crisis. Esto me ha hecho mucha ilusión, verla tan feliz hace que piense que vale la pena el intento que hago por salir adelante.

— ¿Dime, Piper, qué es eso tan importante que quieres mostrarme?

La joven abrió su cartera y sacó una cámara de fotos. Luego la encendió y buscó lo que deseaba enseñarme. Antes me preguntó si estaba al tanto del barco que habían encontrado hundido hace algunos días en Canadá. Yo le dije

que la única información que tenía al respecto era lo que había leído en su artículo.

—Ese artículo no debería haberse publicado, me exigieron en el periódico que la primicia fuera nuestra y aportando la mínima información posible. Canadá asegura que el barco le pertenece a ellos por estar en su territorio, pero nuestro país cree lo contrario. Es muy probable que el navío sea nuestro, pero han encontrado objetos de valor que de seguro no desean devolver.

— ¿Cómo saben que es un barco de Estados Unidos? ¿Tenía alguna bandera?

—No lo sé, fui hasta el sitio en donde se ha montado el campamento del equipo canadiense de científicos e investigadores, pero no se han alegrado al verme. No entendían cómo se había filtrado la información a la prensa, estaban furiosos.

— ¿Pudiste averiguar algo?

—Te diría que cuando me vieron y supieron quién me enviaba, sin rodeos me ofrecieron que me fuera de allí, dijeron que no podían brindarme ninguna información y que prohibían el ingreso a periodistas en aquel sitio.

La brisa otoñal agitaba nuestros cabellos y para poder vernos al hablar teníamos que sujetarlo. Piper tomó un sweater de su bolso y dejó la cámara sobre la mesa; en ese momento veo la imagen que me quiere enseñar.

— ¿Es un violín?

—Sí, un violín que a simple vista no nos dice mucho. Estaba con otros objetos sobre una mesa, entre ellos había varias joyas.

— ¿Por qué me dices que a simple vista no te dice nada?

—Porque si agrandas la pantalla al máximo, te encuentras con esta frase. ¿Qué me dices?

—«Con amor T.D». Pero T.D no es un nombre, ¿cómo demonios podemos saber de quién se trata! Discúlpame Piper, no quise levantar la voz. Olvidaba que recién nos conocemos, uno de mis mayores defectos es que tengo carácter explosivo.

—No hay problema, te entiendo. De todos modos te preguntará por qué me he contactado contigo.

—Sí, así es, me encanta que lo hayas hecho, pero aún no entiendo para qué me necesitas.

—Porque saqué varias fotos a escondidas ese día, ellos tenían imágenes del barco hundido. Me llamó la atención que en una de las imágenes había una despensa —*gambuza* le llaman— llena de alimentos en latas de conserva. ¡Mira lo que tengo aquí!

Miré durante un largo rato con mucha atención la fotografía sacada en las profundidades del mar. Se podía ver el barco hundido a babor, un modelo que ya no se utiliza.

—Mi jefe cree que aquí hay algo más, por ese motivo me pidió que diera la primicia. Pero hasta ahora no he podido obtener nada más. Philippa, necesito de tu ayuda.

—Encantada te daría una mano, pero ¿en qué podría ayudarte yo? ¿Por qué te has puesto en contacto conmigo?

—Porque hay algo más, algo que involucra directamente a este Estado, y en especial a Bar Harbor.

CAPÍTULO 11

Bar Harbor, 23 de noviembre de 1942

Han pasado dos meses desde la desaparición de los niños; la vida de los Dunne se desmorona, la felicidad que alguna vez tuvieron se desvaneció para siempre. ¿Cómo seguir adelante cuando no sabemos qué fue de nuestros hijos? se preguntan cada mañana Terrence y Petronila. La incertidumbre es un puñal profundo en el alma que intensifica el sufrimiento. Petronila cree que están vivos y que alguien que desea hacerle daño a su esposo se los ha llevado. Terrence, por el contrario, piensa que su esposa puede haber mentado desde un

comienzo y que no está en sus cabales. Cree que sus hijos se ahogaron y que ella fue la culpable, incluso teme que los haya asesinado. Hace unos quince días se enteraron de que la declaración que había dado no era cierta. El detective lo llamó y le dijo que Petronila les había mentado: la mañana del terrible suceso no fue a la tienda, como dijo, en busca de telas; lo corroboraron con el dueño del establecimiento. Entre lágrimas, Petronila se excusó de su mentira y confesó en dónde se encontraba aquella mañana y los motivos por los que no había sido sincera.

Desde ese día, para Terrence, su esposa es la única culpable de la desaparición de sus hijos y no le dirige la palabra. Petronila está descompuesta la mayor parte del tiempo; según sus cálculos cree que puede estar embarazada de unos dos meses. Duerme todo el día, su vida ha perdido sentido y no tiene las fuerzas necesarias para hacer lo único que le causaba placer: ir a tomar clases a casa de su amigo Ray.

Terrence no ha permitido que la detuvieran; pesó a su favor la amistad con Gibbs. El investigador le ha dicho que por unos días más podrá impedirlo, piensa que viviendo bajo el mismo techo su mujer en algún momento confesará la verdad. Tampoco despidió a Allie, a quien cree cómplice. Está a la espera de que en algún momento la verdad salga a la luz.

Petronila necesita su libertad, en prisión no podría hacer nada para encontrar a Frederick y a Hazel. Para sorpresa de Allie, ese día se ha levantado y le ha pedido que le sirviera el desayuno.

— ¡Hola, Allie! Hermosa mañana invernal, ¿no lo crees?

—Sí, señora, por suerte al parecer ha terminado el temporal. Ha nevado muchísimo estos últimos días. ¿Piensa salir? —Estaba desconcertada; desde hacía dos meses Petronila permanecía la mayor parte del día en su recámara. Le llamó la atención verla tan bien, relajada y fresca.

—Así es, por favor tráeme el saco gris que me regaló Terrence el año pasado, ya sabes, el que tiene piel en el cuello. Si está tan frío como dices, seguro lo voy a necesitar.

— ¿Se siente bien hoy?

—Sí, desde ayer no he sentido náuseas.

— ¿No quiere que la acompañe al médico, o que lo llame para que venga?

—No es necesario, me siento bien. Me podrías traer más café, por favor.

Mientras Allie iba a la cocina, Petronila buscó en su cartera la dirección a la que tenía que ir. Al salir de su casa tapó su boca con la piel del saco; si su presentimiento era real, debía cuidarse, bajo ningún concepto podía enfermarse. Ella ya sabía que en su vientre llevaba un bebé, su tercer hijo.

El chofer fumaba relajado mientras leía el diario; tenía prohibido fumar dentro del auto pero como desde hacía dos meses no tenía ninguna otra tarea que hacer más que llevar a Allie en busca de provisiones, y su jefa no daba señales de vida, se sentía libre de hacer lo que quería. Cuando Petronila abrió la puerta trasera, se sorprendió.

—Así que ahí dice que soy la culpable de que mis hijos estén desaparecidos...

—Había decidido no leer más las noticias, aumentaban su dolor. Pero el título de la nota que leía Duncan estaba frente a sus ojos, imposible no verlo.

—Perdone señora, no sabía que vendría.

—No te preocupes, si tienes ganas de fumar, hazlo, pero por favor dame ese periódico.

—No puedo, sabe que el señor Terrence se enfadaría conmigo.

—Más se va a enfadar cuando le diga que fumas en su coche. ¿Qué te parece si ambos mantenemos el secreto?

El joven frunció el ceño, sorprendido. Sus ojos negros se congelaron en los ojos claros de Petronila, quien divertida sonrió tendiéndole una mano para cerrar el trato que había ofrecido.

—De acuerdo —dijo inseguro, sin entender el motivo por el que habían creado un pacto de confidencialidad—, pero usted me promete que no le dirá nada sobre esto ¿verdad?

—Será nuestro secreto. A partir de ahora necesito confiar más que nunca en ti, Duncan.

—Como usted diga señora. ¿Qué necesita?

—Descubrir la verdad. ¿Has visto el título de ese periódico? Dice que soy la culpable de la muerte de mis hijos y yo sería incapaz de hacerles algo a mis pequeños. Sé que ellos están bien y que están vivos, una madre presente estas cosas. Pero también sé que el tiempo se me acaba, debo encontrarlos antes de estar entre rejas y no poder hacer más nada al respecto. La prensa quiere ensuciar a la familia Dunne, están furiosos con la ayuda que Terrence le está brindando a Phillip Harris. ¿Sabes de quién te hablo?

—Ni idea señora, tampoco sé por qué me cuenta todo esto.

—Phillip Harris es un militar y político de nuestro país, es el jefe del Estado Mayor del ejército. Ponte en marcha Duncan, no quiero que Allie vea que conversamos, tampoco puedes comentarle nada al respecto. Necesito confiar en alguien y tú eres la única persona que me puede ayudar.

— ¿Qué es lo que yo podría hacer para ayudarla?

Petronila se preguntaba lo mismo pero alguien debía estar de su lado, y a quien tenía cerca, sin contar a Allie de quien aún dudaba, era su joven chofer.

—Ser mi cómplice, hacer lo que te digo. Por supuesto que voy a pagarte muy bien. Sé que solo tienes diecinueve años pero eres una buena persona.

—Gracias, señora Petronila, usted también lo es. Me alegra que confíe en mí, le prometo que no la defraudaré. ¿A dónde vamos? —Estaba sorprendido, tenía claro que era un humilde joven trabajador, sin madre, e hijo de un padre alcohólico; sentirse importante para alguien lo hacía feliz.

—Vamos al reloj histórico de la calle Main.

—Ya sé dónde queda el reloj, señora.

—Lo imaginaba —dijo Petronila mirándolo por el espejo retrovisor—, de allí te guiaré a donde quiero llegar.

Por primera vez Petronila sentía que estaba haciendo lo correcto; por qué no se había hecho cargo de la situación desde el comienzo, se preguntó, mientras golpeaba la puerta de una pequeña casa de madera celeste a unos cien metros

del reloj que a Frederick tanto le gustaba.

Un hombre corpulento, con apariencia de pescador, le abrió la puerta. En sus brazos llevaba un gato negro. Sin demostrar cordialidad le preguntó qué deseaba; ella se aseguró de que fuese quien buscaba y luego le dijo que necesitaba de sus servicios. Él miró tras ella cerciorándose de que nadie la siguiera —una costumbre que traía de sus épocas de espía de los alemanes— y luego la invitó a pasar. El olor a pescado y humedad descompuso a Petronila.

— ¿Quién es la persona que la espera en su coche?

— ¿Cómo sabe que vengo acompañada?

—La pregunta se la hice yo, y exijo una respuesta.

—Es mi chofer, podemos confiar en él.

Ambos miraban a Duncan por la ventana del primer piso en el que se encontraban. El joven había prendido un cigarro, se encontraba fuera del vehículo tiritando de frío.

—Si es así, tome asiento. —Quitó del sillón varios almohadones y corrió las botellas de cerveza vacías intentando en vano ordenar—. ¿Qué necesita y cómo me localizó?

—Necesito que me ayude a encontrar a mis dos hijos, Frederick y Hazel. Desaparecieron de mi casa dos meses atrás y no sé nada de ellos. —Abrumada se largó a llorar, no pudo contener sus lágrimas cuando expresó su desconsuelo. El detective acariciaba su gato, impávido—. Mi nombre es Petronila Dunne.

Baumbeach la interrumpió: —Ya sé quién es usted.

—Todos saben quién soy ahora, lo único que le pido es que no crea lo que se dice de mí.

— ¿Cómo llegó hasta aquí, cómo sabe quién soy yo?

—Escucho las conversaciones de mi esposo, con asiduidad invita personas influyentes y poderosas a nuestro hogar; la mayor parte de las veces desvío mi

mente y pienso en otras cosas, pero el día que me enteré de que lo habían ayudado a usted a escapar de los nazis y que vivía escondido en este pequeño pueblo, estuve más atenta que nunca. Un espía nazi viviendo aquí en plena guerra, me pareció demasiado. Recuerdo que mencionaron su nombre verdadero. —Otro comodín que lanzaba Petronila para su conveniencia.

— ¿Por qué Terrence no la ha acompañado? —le preguntó el detective, cortando su conversación y mostrándose indiferente.

—No sabe que he venido aquí, él cree que yo soy responsable de la desaparición de nuestros hijos. No sabía a quién acudir. La noche que me enteré de su existencia estaba también presente Phillip Harris. —Necesitaba demostrarle que sabía mucho más de lo que él se imaginaba.

—Sí, siempre les estaré agradecido por la protección que me brindaron. Con el cambio de nombre he podido comenzar una nueva vida en este país. Veré cómo ayudarle, pero si decido hacerlo su esposo debe estar al tanto.

—No, él no lo sabrá. Si no me ayuda me encargaré de que no esté más encubierto, su falsa identidad y su nueva vida pasarán a la historia. Grayling, la única posibilidad que tengo de encontrar a mis hijos es si usted pone todo su potencial en ello. Mi esposo no puede estar al tanto de que me ayudará porque tal vez mis hijos estén desaparecidos por su culpa.

— ¿Me está amenazando?

—Tómelo como le parezca, lo único que quiero es a mis niños de vuelta. Si mi esposo está involucrado en su desaparición, usted es la única persona que puede averiguar quién se los ha llevado y dónde están. Terrence ha recibido amenazas de distintas personas que se oponen a nuestra alianza con Reino Unido y Canadá. Desde que mi esposo comenzó a fabricar los acorazados de bolsillo, y estos forman parte de la Batalla del Atlántico, siento que nuestras vidas corren peligro. Sé que usted estuvo en los *U-Boot* y conoció la potencia destructora de los acorazados que fabrica mi esposo. Como su vida corría peligro se decidió a ayudar al ejército de los Estados Unidos. ¿Acaso me equivoco?

—Veo que sabe demasiado, pero se equivoca en algunos aspectos. Nosotros hemos hundido miles de navíos aliados ingleses y americanos con nuestros *U-Boot*; su potencia nos ha permitido destruir los barcos y acorazados, tanto de

su esposo como de una infinidad más. Pero todo tiene un límite, esto es una locura. Pienso que gracias al apoyo de los Estados Unidos miles de inocentes dejarán de morir en vano.

— ¿Pero si piensa de esa forma, por qué ha permanecido tantos años apoyando la locura del Führer?

—No tuve otra opción. Muchas veces los seres humanos somos piezas de ajedrez, los poderosos hacen con nosotros lo que les viene en gana.

—Yo me he sentido así, me hubiera gustado haber tenido su fortaleza y poder huir; tal vez si lo hubiera hecho nada de esto habría sucedido. Temo que mis hijos formen parte de los inocentes involucrados en este desastre mundial. ¿Me ayudará entonces?

—Veré qué puedo hacer.

Petronila se despidió; debía marcharse antes de que sospecharan en donde estaba.

CAPÍTULO 12

Portland, 30 de julio de 1941 (un año antes, de la desaparición)

Todos los niños que viven en el orfanato La casa de los niños de Maine, entre las húmedas paredes de grandes habitaciones oscuras necesitan, sin excepción, cariño. Ninguno de ellos sabe lo que es una caricia maternal, el cálido beso de las buenas noches y, claro está, no han experimentado la estabilidad emocional que brinda un hogar.

Edda estudiaba en Portland, anhelaba convertirse en visitadora social, además trabajaba medio turno en el orfanato. Su madre la había abandonado cuando tenía cuatro años; pocos meses después, su padre, al no poder hacerse cargo de ella —al menos fue la explicación que le dio antes de marcharse para siempre— la había dejado en el orfanato y allí vivía desde entonces. Tenía veinte años y quería retribuir con su trabajo lo que el asilo le había brindado. Ayudaría en

un futuro a los niños que, como ella, habían sido abandonados por sus padres. En un comienzo ese fue su pensamiento, pero con el tiempo sus ideales fueron cambiando. Su amiga Anne, quien también trabajaba medio turno en el orfanato y la conocía como a una hermana, estaba segura de que lo que realmente Edda deseaba era marcharse, como todos los que alguna vez vivieron en un lugar como aquél.

Esa mañana, como todos los días, Edda había ido a clases. Al llegar al orfanato fue a saludar a los pequeños y se encontró con Anne. Su amiga le contó entusiasmada que estaba saliendo con un chico, se llamaba Paul y quería que Edda conociera a su primo. Como ninguna de las dos había llegado más allá de Portland, Paul pensó que tal vez podrían ir de paseo a un hermoso lugar que él conocía, en el estado de Maine. «Iremos donde van de vacaciones las personas más ricas de nuestro país», le había dicho a Anne.

— ¿Y dónde es eso?

—En Mount Desert Island. Es la isla más larga de nuestras costas. Allí está el pueblo más bonito de todos: Bar Harbor. Ya verás, mi amor, te encantará.

— ¡Me hace mucha ilusión! Hablaré con Edda. —Fueron las últimas palabras que mencionó antes de darle un apasionado beso a Paul y bajar de su coche.

Al día siguiente, al llegar a trabajar al orfanato, fue en busca de Edda. Estaba vistiendo a las niñas más pequeñas y se quedó tras la puerta escuchándola. Al parecer una de ellas le decía que durante la noche había tenido pesadillas y le explicaba, excusándose, el motivo por el cual había dormido en la cama de su hermana, algo que no estaba permitido en el orfanato. Edda intentaba calmarla diciéndole que ya no tendría más pesadillas porque un hada muy buena la protegería; solo tenía que pensar en ella y le aseguró que de forma mágica esta hada bondadosa llegaría en su ayuda. Todas las niñas sonreían y miraban embelesadas a Edda. Por supuesto que desde ahora recurrirían en busca de su protección.

—Bueno, y ahora por favor ayúdenme y pónganse en fila, les prometo que hoy las peinaré con más cuidado que ayer.

—Edda, luego tengo algo que enseñarte —le dijo la misma niña que había tenido pesadillas.

— ¿De qué se trata? Sabes que me encantan las sorpresas ¿no es así?

—Es un dibujo que te hice, mira, aquí lo tengo.

La pequeña abrió un cajón de su mesita de luz y tomó un dibujo en el que ambas estaban haciendo un muñeco de nieve; atrás se veía un árbol navideño. Junto a ellas corría su hermanita, con alguien más. Por lo que dedujo estaban jugando.

— ¿Y quién es esta persona? ¿Será Anne?

— ¡Así es! —dijo sonriente la niña. En ese momento Anne entró a la habitación, exclamando:

— ¡Alguien me ha mencionado! —Miró primero a Edda, quien le hizo un guiño, y luego observó el dibujo. Tomó a la orgullosa pequeña entre sus brazos y la colmó de besos.

Más tarde, mientras los niños desayunaban, Anne le comentó a Edda la invitación para ir a Bar Harbor de paseo. Deseosa de conocer otro lugar en el mundo que no fuera Portland, aceptó sin dudar.

Anne no vivía desde hacía un tiempo en el orfanato, pero el viernes decidió quedarse a dormir allí. Al día siguiente Paul y su primo las pasarían a buscar temprano.

Edda se levantó nerviosa una hora antes para prepararse: arregló su cabello con rizos artificiales, lo sujetó y se vistió con un vestido un poco más corto que de costumbre. Debido a la crisis del momento, la moda también acompañaba ayudando a economizar centímetros de tela, al igual que los zapatos que ya no tenían más suela de caucho como en otras épocas.

Cuando llegaron los pretendientes, ambos bajaron del coche y fueron a buscarlas hasta la puerta del orfanato. Ellas los esperaban tras la ventana, era una mañana gélida.

El impacto que causó Rob en Edda no fue alentador, y Anne se dio cuenta de ello. Pero con el paso de los días todo cambió. Edda se aferró a la única oportunidad que vislumbró para abandonar el orfanato en busca de una vida mejor.

Por el contrario, la primera impresión que provocó Edda en el joven detective fue muy diferente. Al verla se sintió cautivado por su belleza y supo de inmediato que ella era la mujer correcta. Lo deslumbraron sus ojos azules y luego de conocerla, su simpatía.

Al final del día, Rob comentó que el motivo del paseo a Bar Harbor era que en breve lo nombrarían comisario de aquel pequeño pueblo y deseaba enseñárselo a su primo. Edda tomó con disimulo la muñeca de su amiga y le hizo un guiño. Aquel fue el momento en que Anne confirmó que su amiga estaba desesperada por irse del orfanato.

CAPÍTULO 13

Bar Harbor, 5 de octubre de 2012

Es tarde, debería acostarme, mañana tengo que estar en la comisaría a las siete de la mañana. Sé que no voy a poder dormir. Mi mente está desbordada, necesito atar cabos sueltos. ¿Pero por dónde empiezo? Luego del encuentro con Piper no he podido dejar de pensar en el barco. Cuando intento buscar posibles respuestas a las incógnitas que me surgen, una nueva preocupación aparece. En este momento mi cerebro es como una máquina sobrecargada de archivos, que está a punto de colapsar. Me siento agobiada. Una nueva idea me atormenta ahora: recuerdo el pequeño trozo de papel que Bruno, el temeroso joven uruguayo, me entregó en la tarde. Algo que no esperaba en absoluto de él y que no tiene conexión con la investigación que estoy llevando a cabo sobre la venta ilegal de medicamentos. Necesito aire fresco, la brisa marítima no será agradable pero lograré aclarar las ideas. Preparo café caliente, le agrego una dosis extra de canela y azúcar, tomo mi abrigo y salgo de casa.

Llegué a vivir a Bar Harbor cuando me dieron el alta luego de un largo período de recuperación psiquiátrica. Me permitieron continuar ejerciendo mi carrera con la condición de que no me resistiera a ser supervisada por mi jefe. Mi psicólogo me aconsejó que practicara deportes, mi pasión siempre ha sido esquiar, disfruto la nieve, pero eso era antes, ya no. Cuando me dieron el alta intenté comenzar a hacer ejercicio, daba largas caminatas todos los días por el parque Acadia. Me hacían bien, me relajaban. Pero lo hice por un corto

período, luego fui cayendo poco a poco en la desesperación. No lo puedo comentar, perdería mi trabajo. Los ataques de pánico comenzaron a aparecer cada vez más seguido. Luego del terrible episodio con Thomas, y pese a esforzarme cada día por salir adelante luego de la internación, volví a caer al vacío, a un sitio lúgubre al que temía llegar. La desesperanza le ganó a mi deseo de continuar junto a Thomas y Brendan. Perdí el control de mi vida, me divorcié y mi abuelo con profundo dolor debió internarme. Cuando finalmente me dieron el alta pasé un período con él y luego me permitieron trabajar. Todo parecía que venía saliendo bien hasta que comencé a sentirme diferente. Es una sensación nueva en mí, me perturba. He ganado muchos kilos a causa de la ansiedad que me asedia. No tengo ganas de hacer absolutamente nada.

Al salir de mi casa me detengo y observo con suficiencia mi nuevo hogar. Hace un par de meses que terminé de pagarlo. Mi psicólogo me aconsejó que comenzara a valorar al menos una vez al día mis logros personales. Me preguntó cuáles eran los motivos que hacían que me sintiera autosuficiente y me dignificaban a nivel personal. Le contesté que me hacía mucha ilusión el pensar que en breve tendría mi propia casa. En ese entonces faltaban solo un par de meses para que terminara de pagar las cuotas mensuales. Ese momento particular es el que valoro ahora, un instante de plenitud. Inhalo con satisfacción. La casa es pequeña pero tengo las comodidades necesarias, al menos algo en mi vida está saliendo bien. Es una antigua casa de madera de dos plantas, construida por una familia inglesa hace unos cien años atrás. Lo que más me agrada es que queda a tan solo unos metros del océano y me permite, como me ocurre ahora, maravillarme con el paisaje de un bellissimo atardecer. Me quito los zapatos y piso la arena, mis pies se humedecen y un escalofrío recorre mi cuerpo haciendo que me estremezca. Los guardo en mi mochila en donde también traigo una manta por si cambio de parecer. Me rindo ante el maravilloso espectáculo de las suaves caricias que el sol le concede al mar. Me detengo un momento hipnotizada por aquella conocida reacción de mi alma ante la naturaleza. Tristeza y alegría, noche y día, fin del día, comienzo de la noche, sueños rotos, temor, culpa y luego la inmediata certeza de que sin dudas, si realmente lo intento, todo estará bien.

Camino durante quince minutos, encuentro las respuestas que busco o al menos algunas de ellas; las que no aparecen confío en que lo harán si persigo el camino por el que me lleva mi instinto, mi innata curiosidad, mi fascinación por descubrir la verdad. Y por último, cuando todo comienza a tomar forma, me cobijo en la cálida manta recordando el encuentro con Brendan. Extraño

todo de él. Los extraño a los dos.

Hago un cambio en mis planes: a la mañana siguiente mi jefe no será el primero en enterarse de que tal vez hay un cuerpo oculto en el parque; antes necesito hablar con mi abuelo. Él seguramente podrá ayudarme.

CAPÍTULO 14

Bar Harbor, 3 de octubre de 1941

Edda está ansiosa, parece que las horas no transcurren en su reloj. La noche anterior no pudo dormir bien, ha conseguido la oportunidad que hace tanto tiempo esperaba. En pocas horas Rob la pasará a buscar, le ha pedido que lo acompañe a la ceremonia de asunción de su nuevo cargo en Mount Desert Island. Al parecer no solo estará encargado de Bar Harbor, como le habían propuesto en un principio, sino de toda la isla y sus diferentes pueblos. En Bar Harbor será donde residirá. Su padre es un hombre humilde pero muy relacionado, y como lo que necesitan es que este nuevo puesto de comisario lo ocupe una persona que permita que algunos asuntos pasen desapercibidos, optaron por ofrecerle la tarea a él. Lo eligieron ya que su inexperiencia permitirá que algunos manejos no del todo legales continúen manteniéndose ocultos, y que ciertas ideas y negocios nuevos puedan llevarse a cabo.

Cuando Edda sube al coche se convence de que el poco atractivo de Rob es compensado por su inteligencia y encanto. Han salido varias veces, se han besado durante horas en su coche. Si todo sale como lo planeó, esa misma noche lo convencerá de ir a vivir juntos en alguna parte de la isla.

Rob sabe que es una locura plantearle la idea de casarse; han estado saliendo hace tan solo algunos días pero está convencido de que el amor que siente por ella le es correspondido. Fue a recogerla temprano, tienen varias horas de viaje. Pasaron a buscar a sus padres que también habían sido invitados a la ceremonia. En el trayecto le cuentan a Edda anécdotas sobre la infancia de Rob, de cómo al llegar a la adultez decidió hacerse policía, alentado por ellos.

Edda hubiera querido conocer a alguien de una clase social más alta, su interés era tener una vida cómoda. Pero al llegar a la fiesta cambió de parecer: era probable que Rob pudiera vincularse con personas poderosas. El salón estaba repleto de políticos y de importantes empresarios; muchas personas se acercaban a saludarlo y a presentarse.

En determinado momento, se sintió agobiada y decidió alejarse en busca de

aire fresco. Caminó por los amplios pasillos hasta que al final vio una gran sala con un ventanal al fondo. Ingresó divertida, le apasionaba estar en lugares prohibidos; deslizó su mano sobre un piano de cola, divisó tras éste una puerta. Sabía que no debería estar allí pero nadie la había visto. Miró para todos lados y la abrió. Se encontró con un balcón que ocupaba el mismo largo del salón adyacente, era sorprendente la vista que se apreciaba desde allí. Quedó maravillada. A lo lejos escuchó el mar y pese a ser de noche logró divisarlo. Era un sonido nuevo para ella, se sintió cautivada. La luna llena le permitió ver con claridad. Se sentó en una silla de hierro y encendió un cigarrillo. No le había dicho aún a Rob que tenía esa costumbre, ya lo haría. A él no le agradaba que las mujeres tuvieran ese hábito, le bastó ver su incomodidad cuando cenando en un restaurante junto a una fumadora observó su cambio de humor.

Disfrutaba su momento de tranquilidad, cuando percibió que alguien intentaba abrir la puerta que daba hacia la terraza. La joven que había llegado también se sorprendió al verla: —Imaginaba que no habría nadie aquí —le dijo, disculpándose.

Edda la saludó y le comentó que le incomodaba el barullo que había en el interior de la fiesta. Para romper el hielo con simpatía, la joven de apariencia bohemia, recitó: «A los políticos y a los pañales hay que cambiarlos seguido, y por las mismas razones».

Edda se rió sorprendida por el ingenio de sus palabras.

—Tienes razón, hemos hecho bien en venir a respirar aire fresco. Has sido muy ocurrente. ¡Solo espero que no nos pillen aquí! —Inhaló una larga bocanada de humo y le hizo un gesto para que se sentara a su lado.

—Yo solo lo repito, quien se ha dado cuenta de esto ha sido el célebre escritor irlandés George Bernard Shaw.

—Pues sí, era un hombre muy inteligente. —Le tendió su mano y se presentó —: Edda Gibbs, encantada. ¿Y tú, eres...?

—Jenny Weston. El placer es mío.

—Y dime, Jenny, ¿eres de aquí?

—Vivo cerca, en una pequeña villa llamada Somesville. Pronto me trasladarán

a la biblioteca de aquí. ¿Y tú?

—No, yo vivo en Portland, pero en poco tiempo me mudaré también acá. Mi novio será el nuevo comisario de la isla.

En ese momento dio por sentado que su vida ya tenía un destino marcado, estaba decidida a no perder esa primera oportunidad que se le presentaba. Se sintió segura al decirlo, hizo que afirmara su decisión. Sabía que lo estaba haciendo bien.

— ¡Imagino lo feliz que te encuentras en una noche tan especial para tu pareja! Yo he sido invitada hoy porque además de trabajar en la librería de Somesville, formo parte de la orquesta de Mount Desert Island.

— ¿Qué instrumento tocas?

—Soy violinista, y también enseño a niños en mi casa.

—Veo que estás un tanto ocupada —le dijo Edda, mientras miraba hacia abajo para asegurarse que la colilla de su cigarrillo no cayera en la cabeza de algún invitado.

—Casi nunca estoy cansada, mi tarea en la biblioteca es muy sencilla. Me gustan con locura los libros y todo lo que tiene que ver con ellos. Me deleito cada día con su aroma, los mantengo en condiciones óptimas para que los nuevos lectores los encuentren en buen estado. Los días más tranquilos leo durante horas. Son muchas las veces que cuando me doy cuenta, ha pasado el horario de salida. Para mí estar en la biblioteca es un placer. Y con respecto a ocupar un lugar en la orquesta, qué decirte, no lo siento como una obligación: la música es mi otra debilidad.

—Es bueno trabajar haciendo lo que nos agrada, debes sentirte afortunada. Siempre he querido aprender a tocar el violín; tal vez, cuando me mude aquí pueda ir a tomar algunas lecciones a tu casa. Siempre y cuando tú lo desees también.

—Hazme saber cuando vivas aquí y encantada te enseñaré el arte del violín. Edda, creo que deberíamos irnos, ¿escuchas los apaludos? ¿No será que ha llegado la hora de homenajear a nuestro nuevo comisario?

CAPÍTULO 15

Bar Harbor, 6 de octubre de 2012

Vuelvo a mirar la nota. Al leerla por enésima vez tomo una decisión: se la enseñaré a quien supongo es la única persona que podrá ayudarme, Rob Gibbs. Por supuesto que también a mi abuelo Milo, él conoce todo con respecto al pasado de este lugar. Lamento tener que dejar esta vez en el geriátrico a los otros dos amigos de mi abuelo, pero necesito hablar en privado con Rob. El barco donde Bruno ha encontrado la misteriosa nota pertenece a Alison, la hija de Rob. No quiero ni imaginarme lo furiosa que estará cuando se entere de que Bruno me ha dado esta nota a mí antes de mostrársela a ella. Peor aún será cuando sepa que también me ha confesado quién es la persona que provee a su hijo de fármacos para revenderlos de forma ilegal. Los Mouthy Gibbs son una caja de sorpresas.

Ya en el coche, mi abuelo me pregunta qué demonios me pasa que no le he permitido invitar a desayunar también a Frank y a Connor. Ha tenido que mentirles, me dijo que no imagino lo importante que es para ellos verme y poder salir del geriátrico. Le explico, intentando tranquilizarlo, que necesito hablar en privado con ellos dos de algo que es muy importante.

— ¿Importante? —pregunta el ex comisario Gibbs—. Ahora sí que has tocado mi punto débil, mi niña.

Me río, lo comprendo a la perfección, a mí me sucede lo mismo. Desde el momento en que me dicen que algo me puede interesar, la curiosidad me desborda, siento que un enjambre de hormigas se apodera de mí y la piel me empieza a picar

— ¿Adónde estamos yendo, Philippa? —pregunta mi abuelo.

—Pensé que tal vez quisieran ir a desayunar a Café This way.

—Tú sí que sabes cómo conquistarnos. —Me hace una guiñada, es uno de sus sitios preferidos.

Se detienen frente a la fachada de la cafetería. No es para menos, la casita del café es sencilla pero muy pintoresca, rodeada con un precioso jardín. Contemplar cada lugar, cada objeto, tomarse tiempo para cada cosa es algo que los caracteriza a ambos. Respeto sus tiempos y aprendo de ellos. Supongo que cuando nos hacemos mayores, nos damos cuenta de que lo que realmente vale la pena es tomarnos el tiempo necesario para cada una de las cosas, sentir las, contemplar las, saborear las y tocar las.

—Vamos, Philippa, entremos, nos intriga qué es lo que tienes para decirnos — dijo mi abuelo.

En cuanto entramos hacemos el pedido, luego ambos me miran expectantes.

—Los he traído hoy aquí para que me ayuden a atar cabos. Antes que nada deben saber que si mi jefe se entera de que he comenzado una investigación sin notificárselo antes, corro el riesgo de que me sancionen e incluso de perder mi trabajo.

—Pero ¿por qué haces esto? ¡Claro que es una gran falta! No, no, Philippa, anda, ve y habla con él primero. Luego vienes y nos comentas lo que tú quieras. No queremos ser parte del fracaso en tu profesión. ¿Verdad, Milo?

—Sí, tienes razón Rob, ¿qué es lo que has pensado al venir a hablar con nosotros antes que con tu jefe? Philippa, hablemos de cualquier otra cosa.

Me río, son dos personas inocentes y cariñosas. Me alegra poder compartir momentos con ellos. Me asombra que ambos mantengan su inteligencia y rapidez mental pese a la edad que tienen. Creo tranquilizarlos pero me equivoco; les digo que es algo que involucra a Alison y que ese es el motivo por el cual he querido hablar con ellos primero, en especial con Rob.

— ¿A Alison?

—Rob, por favor, no te pongas nervioso —le digo intentando tranquilizarlo al ver su rostro—. Bruno, el joven que está hospedándose en la casa de tu hija, me ha llamado porque encontró una nota muy antigua que tal vez podría interesarme. (No le menciono el asunto de su nieto, no es necesario preocuparlo aún más).

— ¿La tienes ahí? ¿Alison lo sabe?

—Cálmate Rob, no hagas que me arrepienta, te la enseñaré, pero antes prométeme que no le comentarás a tu hija sobre esto, ya ves que no sabe nada al respecto.

Me da su palabra, intento creerle, pero sé de la debilidad que tiene por su hija. Es un riesgo que tengo que correr, debo sacar algo de este encuentro. Con seguridad Rob podrá ayudarme, no solo por ser el padre de Alison sino porque fue comisario de este lugar. Le enseñó la nota, no dice palabra; la lee detenidamente mientras yo, sin dejar de mirarlo, devoro mi panqueque de arándanos. Al diablo con la dieta. Mi abuelo no prueba bocado, la ansiedad en él tiene el efecto contrario que en mí.

— ¿Quién era Allie Watters? —Decido ir al grano, confío en que sea sincero. No puedo dejar que hable con su hija o que intente evadir este tema. Me percaté de que tal vez él haya sido quien encontró esta nota y la ocultó por algún motivo en su barco, no descarto nada.

— ¡Allie Watters! —exclama mi abuelo, sorprendido— era la niñera de los Dunne, cómo no recordarlo.

No quiero que mi abuelo le dé tiempo a Rob para ofrecermé una coartada, maldigo el momento que decidí traer a ambos. Ignoro sus palabras, espero la respuesta de Rob. Está mudo, sorprendido.

— ¿Esto estaba en mi barco?

—Así es, digamos que en tu antiguo barco, ahora es de Alison.

—Philippa, Allie Watters fue una joven involucrada en la desaparición de unos pequeños.

—Claro, sé quiénes fueron, o de estar vivos sé quiénes son. Todos hemos escuchado alguna vez sobre la misteriosa desaparición de los niños Dunne. Por lo que tengo entendido una de las sospechosas durante la investigación fue esta mujer.

—Así es, el caso quedó cerrado cuando se pensó que finalmente se había fugado a algún lugar del mundo, escapando de los cargos que la involucraban.

—Te entiendo Rob, supongo que a todos los que hemos vivido aquí este

terrible suceso nos ha llamado mucho la atención. Incluso hubo versiones que decían que la niñera había enloquecido y los había matado. Luego se decía que cuando la involucraron huyó antes de caer en prisión. Creer en su culpabilidad sirvió para que los habitantes encontraran la tranquilidad, una práctica manera de cerrar una terrible historia.

—Philippa, así fue, este fue un caso muy difícil, para mí fue muy duro. No creas que fue ineficacia en mi investigación, pero fue lo único que al final creímos certero. Conocía a los pequeños, los veía seguido cuando íbamos a casa de los Dunne. Sus padres eran nuestros amigos.

Mi abuelo asintió con la cabeza y dijo entre lágrimas: —Míos también, sobre todo mi querida Petronila.

Rob dejó de hablar; sacar este asunto a la luz los mortificaba a ambos. El silencio es perturbador, le suplico que me ayude, él no me mira, se queda pensativo con la mirada fija en la taza. De pronto comienza a hablar y el ameno clima que se había creado al llegar al café se diluye en un instante haciendo que parezca que el tiempo no transcurrió desde 1942.

—Éramos muy jóvenes, todos teníamos una vida por delante. Hacía un tiempo me habían otorgado un cargo que sin dudas era de demasiada responsabilidad para un joven inexperto como yo. Lo único que deseaba era no defraudar a mis superiores, hacía todo lo que estaba a mi alcance para que las cosas salieran bien. Nos sentíamos cómodos aquí con Edda.

— ¿Edda? —lo interrumpo sorprendida— pero ¿tu esposa no se llamaba Margaret?

—Yo estuve casado antes de Margaret, antes de ser padre de Alison, con una joven por quien lo habría dado todo. Tuvimos una hijita. —Dejó su relato, estaba emocionado, segundos más tarde continuó—: Julia murió siendo muy pequeña. ¡Cómo sufrí entonces y cómo lo hago ahora al recordarlo! No puedo hablar de esto, solo decirte que su madre, Edda, fue el gran amor de mi vida y por ambas lo habría dado todo.

—Puedo imaginar lo que habrán sufrido ambos.

—Lo que sufrí yo. Para cuando Julia murió su madre ya no estaba con nosotros.

—Cuéntame de Edda —lo animo, para desviarlo del tema de su niña.

—Éramos muy jóvenes y apasionados. Edda era huérfana y con el tiempo comprendí que su apuro por casarse conmigo había sido para dejar de una buena vez la vida que llevaba en el orfanato. Era una mujer maravillosa, pero demasiado ambiciosa.

— ¿Era huérfana? —repito sorprendida—.

Mi abuelo asiente y Rob continúa hablando, creo que no me ha escuchado, su mente está en el pasado recordando una historia que tal vez había intentado olvidar.

—Salimos un par de meses, fue en la época en que a mí me ascendieron a comisario. No iba a poder visitarla tan seguido como lo había hecho hasta aquel momento y tomé una decisión desacertada: le pedí matrimonio sin saber con qué tipo de persona me casaba. A ella le gustaba salir, conocer personas poderosas e influyentes.

—Al casarse contigo lo consiguió —le digo, sintiendo pena por él.

—Al casarse conmigo un abanico de posibilidades le surgieron. Corría la segunda guerra mundial, eran tiempos difíciles. Nos reuníamos seguido con Terrence Dunne, al igual que con una gran cantidad de personas de jerarquía política, algunos de ellos con altos mandos militares y de buen nivel social. Comenzamos a ir con asiduidad a su casa; a Terrence le gustaba hacer grandes cenas en donde se concretaban negocios y decisiones de alto valor histórico. Muchas de estas personas fueron investigadas cuando desaparecieron los niños. Incluso llegamos a pensar que Allie Waters podría haber sido cómplice de un sospechoso en particular.

— ¿Así que sospecharon de varios de los conocidos de los Dunne, pero luego llegaron a la conclusión de que uno de ellos podría haber sido el culpable?

—En un comienzo, como en toda investigación, sospechamos de todos. Investigamos a un pescador, que resultó ser un ex espía alemán. Lo seguimos durante un tiempo, pero por su experiencia nos descubrió con facilidad. Una vez lo vimos rondando la casa de los Dunne, incluso siguiendo a la niñera. Cuando lo interrogamos confesó que mantenía encuentros con Allie, pero luego confirmamos que nada tenían que ver con una posible complicidad y

traspaso de información hacia los alemanes, ni con que ella lo hubiera ayudado a llevarse a los niños. Sus motivos eran otros. De todos modos nos sirvió para descartarlo como sospechoso en el caso.

— ¿Pero por qué este ex espía averiguaba sobre la desaparición de los niños? ¿Quién lo enviaba? ¿Qué podrían tener que ver estos pobres niños inocentes?

—Cálmate, Philippa, intentaré aclararte las dudas, pero iremos despacio. Este ex espía había sido contratado por Petronila. Ella pensó que este hombre, quien se hacía llamar Ferdinand Artbig, podría ayudarla a encontrar a sus hijos. Cuando fue a su casa a pedirle ayuda él se negó, pero ella lo chantajeó diciéndole que le informaría a los alemanes sobre su paradero, y entonces decidió ayudarla. De eso nos enteraríamos más adelante cuando no le quedó más remedio que contárnoslo todo. Nunca nos dijo que era un ex espía alemán, tan solo que era un simple detective. Pero no había que tener demasiadas luces para caer en la cuenta de cuál era su origen y que estaba allí por Terrence. Para ese entonces, yo ya lo conocía bastante y sabía que era capaz, incluso, de comprar espías alemanes y exigir información bilateral.

»Los niños fueron presa fácil en un mundo loco por el poder y la venganza. Con eso no quiero que pienses que fueron los alemanes quienes se los llevaron, porque en realidad no lo sé, lo que sí sé es que desconfiábamos de todos.

—Incluso de mí —acotó mi abuelo, aún incrédulo.

—Milo, tú sabes que eso fue un terrible error que lamentaré toda la vida.

Quería saber cuál había sido ese malentendido o la causa de la sospecha hacia mi abuelo. Pero me desviaría de la línea que llevaba Rob en su versión, algo que no me podía permitir en este momento. Sabía que ocultaba algo, con seguridad había cerrado el caso porque estaba comprometido alguien que él no deseaba entre rejas. Me daba mucha pena sacar todo esto a la luz pero la justicia no conoce de tiempos. Siempre he creído que aunque una investigación demore años, incluso décadas, la verdad prevalecerá. Rob suspiró y continuó hablando.

—No sé si tú sabes, querida Philippa, que Terrence tenía una empresa que en un comienzo armaba barcos para uso empresarial y turístico.

—Claro que sé del astillero de Terrence Dunne. —Me desconcierta que piense que no sé nada de este lugar, de su historia. Hablamos del pueblo donde crecí. La mayoría del tiempo mira hacia un punto indefinido, excepto cuando me hace alguna pregunta específica y sus ojos húmedos buscan los míos.

—Bueno, entonces también sabrás que varios de los mejores acorazados que Estados Unidos utilizó en la segunda guerra fueron diseñados y creados por este señor. Era una mente brillante, conocedor de la tecnología marítima como pocos.

—Sí, Rob, por supuesto que sé todo eso —le digo un tanto impaciente. Quiero que continúe lo antes posible con su relato.

—Las reuniones en su casa eran continuas. A su esposa no le agradaban en absoluto, yo lo percibía, pero para ella era parte de la responsabilidad que conllevaba su unión con un hombre tan poderoso.

—Pobre Petronila, que vida más desdichada que tuvo. Era una gran mujer, una madre excepcional —dijo mi abuelo entre lágrimas.

En ese momento me pareció que había algo en su actitud que no me cerraba. Yo sabía que habían sido muy amigos, al igual que con su marido, pero por qué se sentía tan acongojado al recordarla...

—Edda se desvivía por complacer a Terrence, y a él, como a la mayoría de los hombres, le brillaban los ojos de deseo cuando mi esposa se movía ante ellos. Era una mujer muy atractiva, capaz de volver loco a cualquier hombre. Conocía a la perfección sus fortalezas y les sacaba el máximo provecho. En poco tiempo pasé de la admiración a la vergüenza. Al comienzo era un apoyo tenerla a mi lado; con su simpatía hacía que los compromisos formales a los que debía acudir se me hicieran más llevaderos. Ella lo sabía porque siempre le comenté lo difícil que me resultaba estar con personas con cargos políticos tan importantes e influyentes.

—Bebe un poco de agua —le aconsejó mi abuelo.

Así lo hizo, y luego creo que continuó. Eso fue lo último que pude ver y escuchar antes de que mi cuerpo me alertara de que sufriría en tan solo tres minutos un ataque de pánico. Tal vez fue por mi ansiedad, estaba muy nerviosa en ese momento, era mucha la información que recibía y tenía que verificar

que un cuerpo estaba enterrado en el parque. Abrí mi bolso, saqué de mi billetera un trozo de papel; mientras trataba de calmar mi respiración agitada, leí lo que había anotado en la consulta con Mark, mi psicólogo.

Cuatro pasos para prevenir un ataque de pánico:

1. *Relájese*
2. *Detenga los pensamientos negativos*
3. *Use frases tranquilizadoras*
4. *Acepte sus emociones*

CAPÍTULO 16

Bar Harbor, 15 de diciembre de 1941, y algún tiempo atrás.

Abrió las cortinas de su dormitorio y contempló a los lejos; se aproximaba la hora en que Terrence llegaría. Observó pensativa el mar, había pocos barcos aquella mañana y Terrence le había dicho que le enseñaría una de las nuevas joyas que comenzarían a diseñar si todo salía como esperaba. Había estado ausente durante varios días. En momentos en que una gran parte de la población mundial, sobre todo en Europa, sufría el arrebató violento y cruel de la guerra, otras personas como él sacaban rédito de la situación. La que fuera la pequeña empresa de su padre tenía ahora un gran potencial de crecimiento, él era un hombre inteligente y tenía los contactos necesarios para poder brindar lo que de una manera u otra le fue encomendado, pese a su juventud.

El astillero *Blue sea* fue creado en el año 1896 por el padre de Terrence, un joven aventurero que llegó desde Inglaterra con ansias de aprender a construir barcos. Era un apasionado por su mecánica y su diseño, y rápidamente aprendió el oficio. Fue entonces que lo descubrió un empresario americano muy relacionado con los turistas acaudalados que llegaban a Bar Harbor anhelando comprar el mejor barco del lugar.

Se enamoró de la hija de su jefe al igual que ella de él, mantuvieron durante un tiempo su amor oculto hasta que la joven confesó a sus padres que estaban enamorados. Se casaron y tuvieron tres hijos, Terrence, Leonard y Hortense.

Leonard era culto y estudioso, Hortense era un tanto bohemia, no le gustaban los barcos ni nada que fuera convencional. Sus gustos desde pequeña eran distintos al del resto de los niños, lo que hizo que su madre siguiera sus pasos de cerca durante la adolescencia. Terrence, al igual que su padre y su abuelo, sentía una gran fascinación por los barcos y era muy sociable. Desde chico pasaba largas horas viendo cómo trabajaban en el astillero. Los ingenieros le enseñaban los mecanismos de construcción y diseño. Para sorpresa de todos, comenzó a asesorar en los talleres tanto a mecánicos como a su padre, a muy corta edad. Cuando tenía unos cinco años perdió a su abuelo y a los diecisiete una nueva tragedia golpeó a su familia con la muerte de su padre en un accidente marítimo. Él y su hermano debieron hacerse cargo de la empresa que habían heredado, con la ayuda y el estímulo de su madre. Lo hicieron muy bien. Leonard llevaba los números y Terrence se encargaba de las relaciones públicas y el sector puramente comercial, así como de la fabricación de nuevos navíos. El sistema de ingenieros, mecánicos y trabajadores en general se mantuvo durante algún tiempo igual. Si en el mercado mundial se creaba algún diseño nuevo, él lo sabía. Sus creaciones comenzaron a llamar la atención a nivel internacional. En vista de la situación de riesgo de una segunda guerra mundial, decidió apostar a lo grande proponiendo a la marina de los Estados Unidos crear barcos de guerra. Esperó paciente que su sueño se hiciera realidad. Su pasión era ese tipo de buque y deseaba que su empresa tomara ese rumbo, no el que había tenido hasta ahora por herencia familiar.

Tenía la responsabilidad de un hombre adulto, pero no dejaba de ser un joven con ganas de disfrutar la vida. Pasaba todo el día trabajando, se sentía sofocado, no lo decía pero su madre lo percibía. Una de esas tardes le recomendó dar un paseo:

— ¿Por qué no te relajas un poco y te tomas unas horas de esparcimiento? Seguro te sentará bien.

—Es imposible mamá, tengo un proyecto que terminar, vendrán a verlo mañana y aún me queda mucho por hacer. Tengo a los empleados esperando mi visto bueno para la entrega del barco a los ingleses la semana que viene. Sin contar la reunión de esta noche con los Duchman.

—Es por ese motivo que necesitas relajarte un momento. Los Duchman estarán aquí un mes como mínimo; por lo que he escuchado es un hombre muy exigente, no solo te encontrarás con él hoy, sino que lo harás varias veces más. Anda, Terrence, hazme un favor y tráeme un helado. —Cuando a Ellen se le ponía algo en mente, era muy difícil disuadirla.

— ¿A ti también te han comentado eso? Creí entender que eran nuevos en Bar Harbor, ¿cómo saben tanto de él?

—Terrence, hoy te reunirás con un hombre que tiene un alto mando militar.

—Eso ya lo sé mamá.

—Su fortuna la hizo con movimientos turbios y desconocidos por los ciudadanos comunes como nosotros. Debes tener cuidado.

—Puedes estar tranquila mamá, nada me sucederá. Tampoco a ustedes ni a la empresa, no haría nada que pudiera perjudicarlos. —Tenía gran debilidad por su madre. Intentó concentrarse en lo que hacía pero sentía que debía complacerla; levantó sus ojos y dijo como último intento—: ¿No puedes esperar un par de horas y más tarde te lo traigo?

—Podría, pero... hace tanto calor que me siento aturdida, estoy un poco mareada, seguro me ha bajado la presión.

En menos de diez minutos, con un calor sofocante de fines de junio, Terrence estacionaba su coche en Main Street, la calle comercial del pueblo, a pasos del océano. Al estar junto al mar el aire había cambiado, se sentía una brisa agradable. A pesar del sol arrebataador, sintió que su madre no se equivocaba, necesitaba un respiro. De no haberla tenido a su lado, varias serían las noches que dormiría en su oficina. Eligió aquella tradicional heladería porque era en donde preparaban los helados más sabrosos de Bar Harbor.

Cuando cruzaba la calle vio entrar al local a dos jóvenes, una de ellas llamó de inmediato su atención, era sin dudas la mujer más bonita que había visto. Llevaba un vestido verde esmeralda que marcaba sus delicadas curvas. Se reía de algo que su amiga decía. Cuando entraron al local quedó a la espera de ser atendido, detrás de ellas. El latido de su corazón le incomodaba, nunca había experimentado una sensación similar. Sabía que debía hablarle, pero ¿cómo lo haría? Él no era tímido, pero en aquella oportunidad se sintió paralizado.

— ¡Hola! —le dijo la chica que la acompañaba— ¿Podrías recomendarnos algún sabor en especial?

—Moca con almendras, es el más rico, pero hoy prefiero algo más fresco... te recomiendo que lo intentes con frutilla.

Ambas jóvenes rieron divertidas al verlo nervioso. Las palabras se le trababan. Pero lo que ellas no imaginaban era que aquella primera impresión distaba de su verdadera personalidad. De un momento a otro se recompuso y las invitó a sentarse en el frente del local donde había unas mesitas para los clientes. Se presentaron diciéndole que eran de Nueva York y que estaban de paseo por un mes; se hospedaban en casa de la familia de una de ellas, justo de la que él no estaba interesado.

La chica que le llamó la atención se llamaba Petronila Payned; era una joven elegante, de grandes ojos verdes rasgados, provenía de Carolina del Norte. Quien la acompañaba dijo llamarse Jamie Duchman.

— ¿Duchman? ¿Tu familia ha comprado hace un tiempo una mansión aquí en Bar Harbor, no es así?

—Así es —le dijo la joven, sintiéndose importante por primera vez frente a su amiga, quien sin desearlo la opacaba con su belleza.

—Vaya casualidad, en un par de horas me reuniré con quien supongo es tu padre, Larry Duchman.

—Sí, es mi padre. No quiero entrometerme, pero ¿puedes decirme el motivo?

Terrence rio, supo que incluso a su hija le llamaba la atención que su padre estuviera interesado en reunirse con un joven de tan corta edad.

—Tengo una empresa de barcos.

—Ahora entiendo, él le dijo a mi madre que pronto cumpliría unos de sus deseos más anhelados. Seguro que le regalará un barco.

Más tarde Terrence se enteraría de que las intenciones de Larry Duchman poco tenían que ver con complacer a su esposa.

— ¿Y a ustedes les gusta navegar?

—A mi sí —dijo Petronila—. Nunca me he subido a un barco, pero me imagino que ha de ser una experiencia increíble. El mar es libertad y aventura, bullicioso y sereno a la vez.

—Bueno, si es aventura como dice Petronila, a mí también me gustaría conocerlo. ¿Para eso hemos venido aquí, no es así?

Otra vez Terrence fue testigo de las risas cómplices de ambas jóvenes, deseosas de diversión. Sin dudarlo, añadió: —Las invito este mismo fin de semana a disfrutar de mi barco con amigos. Tenemos planeado salir el sábado temprano, a las ocho de la mañana. ¿Les apetece acompañarnos?

—Nos encantaría —exclamó Petronila, sonando casi irreconocible para su amiga.

—Las pasaré a buscar si les parece bien.

—Tal vez mejor dínos dónde es tu casa y nos encontramos allí —sugirió Jamie, temiendo que sus padres les arruinaran el paseo; ya buscaría alguna excusa para poder salir.

—Perfecto, las espero en mi casa, de allí saldremos todos. Aquí les dejo anotada mi dirección —le dio el papel a Petronila mirándola con una intensidad arrebatadora y sensual—. Ahora me tengo que ir, mi madre espera por su helado...

Mientras Terrence compraba el helado para su madre, Petronila no pudo resistir la tentación de mirarlo todo el tiempo, y quedó atónita y feliz cuando él le hizo un guiño.

Al llegar a la oficina le entregó a su madre el pedido y le agradeció la insistencia; ella, intrigada, le preguntó el motivo de su felicidad, pero no obtuvo respuesta.

— ¿De qué hablan ustedes? —exigió saber Hortense—. Anda, Terri, no me gustan los secretos.

—En breve te lo contaré. —Se alejó riendo, como lo hacía antes.

Su madre había comenzado a extrañar la alegría que su hijo emanaba. Desde la partida de su padre había tenido un cambio abrupto de personalidad. Para ella era imposible llevar adelante la empresa de su esposo; siempre había trabajado allí pero había algunos sectores, tal vez los más importantes de la compañía, que ella desconocía. Esto no le sucedía a Terrence quien había llegado a superar a su padre e incluso a su abuelo en el manejo de la empresa. Esto la tranquilizaba, sabía que con su creatividad e inteligencia sacaría adelante el negocio familiar.

Esa misma tarde Terrence se reunió con quien sería su nexa con la Armada. Este señor había estado en contacto con renombrados ingenieros navales, quienes dirigidos por Allan Chantry habían creado durante algunos años los acorazados más potentes del país hasta el momento, con diseños de 45.000 toneladas. Le explicó que ahora la marina tenía la necesidad de fabricar acorazados más rápidos, que fueran capaces de escoltar los portaaviones. Deseaban crear los buques más temidos de la historia. Sabían de él ya que los proyectos presentados con anterioridad para la creación de buques de servicios impactaron al grupo de ingenieros de la marina.

La propuesta alteró a Terrence; pese a sentirse respaldado por el gobierno en lo que sería el desafío de su vida, y aunque le aseguraban que contaría con un equipo de ingenieros y mecánicos de excelencia, insistió en que debía reflexionar. Así se lo había enseñado su padre y no pensaba echar por la borda sus consejos, pese a la tentación de decir que sí en el momento.

CAPÍTULO 17

Bar Harbor, 6 de octubre de 2012

Dos ataques en tan poco tiempo, ¡maldición! Creía que esto era algo del pasado, una etapa negra de mi vida ya superada. Pero una vez más me he equivocado. Tenía pensado hablar con mi jefe, el sargento Hans, pedirle para allanar el barco de Alison Gibbs para ver si podía recabar más información y además contarle lo del cuerpo. Pero no puedo, estoy encerrada en mi casa, aterrada. Siento miedo y una angustia desbordante, es ilógico pero es así, es real y me entristece saber que tal vez nunca logre superarlo. Intento seguir

adelante pero se me hace difícil tener una rutina de trabajo normal. Si el episodio de esta mañana sale a la luz estaré acabada. Parecería que he perdido media vida en el café. Otra vez estoy pasando por lo mismo. Mark, mi psicólogo, me ha pedido que lo llame cuando me sienta angustiada; así lo he hecho hace un momento y me ha dicho que me tengo que tomar licencia en el trabajo. Cada mes envía un informe con mi estado de salud, y si los ataques reinciden debe reportarlo de inmediato. Maldigo haber cometido el error de llamarlo, pero me sentía aterrada, sola y desesperada. Le imploré que no lo hiciera, no quiero que me separen de mi cargo otra vez. Estoy a punto de perder la posibilidad de hacer lo que más me gusta y para lo que me he preparado. Me pondrán en licencia médica permanente o como telefonista de alguna comisaría.

Mark me dijo que debe notificar mi estado actual, ya que de no hacerlo pone su carrera en juego. Le pedí que me diera una oportunidad, que antes de hacer el informe hablásemos. Ésta será mi última chance para convencerlo, me ha dicho que debe verme, viene para acá. Las lágrimas brotan de lo más profundo de mi alma, estoy muy angustiada. No puedo permitir que me vea así. Abro el botiquín que desborda con distintas pastillas, algunas tal vez estén vencidas. Hace mucho que no tomo ninguna. Busco la más potente y la que sé que me sacará de este pozo desgarrador en el que me encuentro. Tengo que esperar que haga efecto antes de encontrarme con Mark. ¿Por qué debo pasar por esto? ¿Por qué no puedo tener una vida normal como el resto de las personas? El accidente que tuvo Thomas por mi culpa ha hecho que los perdiera a ambos, la peor condena que he tenido que cumplir. Tengo que salir adelante, pero no puedo.

Siento que golpean a la puerta, me llevo una grata sorpresa al abrirla, es mi ángel guardián.

— ¿Cómo estás, Philippa? —me pregunta con evidente preocupación. Me desarma verlo así, a su edad no debería de estar pasando por esto. Me da un pañuelo para que seque mis lágrimas.

—Estoy bien abuelo, no te aflijas por mí, solo es un mal día.

Él niega con la cabeza, va hacia la cocina y me trae un vaso de agua. Sabe que esto va mucho más allá, ha padecido conmigo esta enfermedad.

—Toma, mi niña, respira profundo, todo va a estar bien.

Le hago caso, pienso en positivo, claro que todo estará bien, la mágica pastilla que ingerí minutos atrás ha comenzado a hacer efecto. Me acuesto en el sillón, él se sienta a mi lado y me toma de la mano. Tener a mi abuelo aquí me tranquiliza. Para él debió de ser muy duro presenciar uno de mis ataques de pánico. Me acaricia la frente y me dice lo bonito que es escuchar el mar desde aquí, sabe que el mar me apasiona y me calma. Me siento pequeña, indefensa, me reconforta su presencia.

—Philippa, necesito que dejes que te cuide, que me permitas quedarme aquí un tiempo hasta que todo esto pase, no puedes estar sola.

Sonrío, abro los ojos y mirándolo le doy las gracias. Le explico que él ya no está en edad de preocuparse por mí, que estaré bien. Bebo un poco más de agua, agradecida de tenerlo en mi vida. Le pregunto cómo lo han dejado venir solo, sé que se volvió en un taxi con Rob y que me regañarán en el geriátrico por haberlos dejado regresar solos. En medio del episodio del que no tengo mucho uso de razón, me trajo a casa la dueña del café quien no salía de su asombro al verme en ese estado. Imagino que es lo que menos se espera, ver a la persona que se supone que vela por el bienestar de los ciudadanos en una crisis psicológica. Se habrá preguntado cómo es que teniendo estos altibajos emocionales formo parte de la seguridad de su ciudad. Espero que no lo haga saber. Me aseguraré de que así sea, ya veré el modo.

Mi abuelo se ríe y me dice que nunca regresó al geriátrico; parece ser que lo dejó furioso a Rob en la puerta y se vino para aquí. Mirando para todas partes, asegurándose de que estemos solos, me cuenta que su amigo también quería venir a cuidarme pero que él se lo prohibió ya que quería confiarme algo.

— ¿Qué es abuelo?

—Si tú estás bien como dices te lo diré ahora, pero no quiero perturbarte más con este tema.

— ¿Es sobre Allie Watters? —Al percibir que la verdad que ha permanecido oculta en el tiempo desea salir a la luz, me exalto. Puede que sea una combinación de la potente droga del medicamento que tomé, con la adrenalina que me genera toda esta historia. Él asiente y lo incito a hablar.

—Si confirmas que el cuerpo enterrado en el Parque nacional Acadia es efectivamente el de Allie Watters, a quien creyeron culpable por la desaparición de los niños Dunne, este caso volvería a ser un gran misterio sin resolver y un puñal en el pecho para Rob. Mi amigo creyó cerrar el caso cuando una de las principales sospechosas en la desaparición se fugó. Siempre creímos que habría huido con los pequeños a algún lugar remoto del mundo, pero ahora estamos en foja cero. Tú te preguntarás ¿y a quién le importa luego de tantos años? Pues a mí, Philippa. Si esos niños viven en alguna parte tal vez Petronila, mi amada, también los haya encontrado y viva con ellos. Pienso que ella podría haber encontrado a Allie, matarla y luego haber huido con los pequeños. No como he creído hasta ahora que sucedió, o lo que ella pretendió que yo creyera. Esa nota la pudo haber dejado allí para involucrar a Edda. Pero por otro lado me confundo al pensar que Petronila jamás hubiera matado a alguien ni mucho menos dejado a sus otros dos hijos aquí.

Me desconcierta, ¿ha dicho «amada», o yo estoy pasando por un episodio de delirio posterior a mi ataque? No se lo dejo pasar, él está dispuesto a hablar, la noticia de la sorpresiva aparición de este cuerpo ha creado una revolución en él. Sin rodeos se lo pregunto: — ¿Has dicho amada, abuelo?

—Así es —me contesta conmovido, entre lágrimas—. Petronila fue el gran amor de mi vida.

En el momento en que se dispone a narrarme la historia de amor con la esposa del poderoso Terrence Dunne, golpean a la puerta. Antes de atender, le hago una última pregunta, algo que en su relato me generó una duda: —¿Petronila tuvo más hijos?

—Sí, dos más; con más tiempo me gustaría contarte su historia y cómo me involucré en ella. Antes de abrir la puerta te repito que si se confirma que el cuerpo enterrado es el de Allie Watters, cuya desaparición en 1942 la declaraba única responsable, tú tienes un gran misterio por descubrir.

Mi abuelo abre la puerta, yo sigo acostada en el sillón desde donde puedo ver quién ha venido. Es mi psicólogo. Se presenta con mi abuelo, quien una vez más me demuestra su picardía. Por mí es capaz de todo.

—Encantado, pero no era necesario que viniera, mi nieta no ha tenido más que una descompostura matinal. No tenía nada en el estómago, ya le he dicho que

esas malditas dietas modernas solo la perjudican. ¿O me equivoco Philippa? — Se da vuelta y me hace un guiño—. Pase adelante, doctor.

Le digo a mi abuelo que me conoce más que nadie, que no ande alardeando sobre mis dietas, intentando que su historia se haga creíble. Los ataques de pánico y la obsesión por comer todo el tiempo llegaron más o menos al mismo tiempo. Lo mejor que me podría pasar sería que Mark se creyera que lo que tuve esta mañana no fue más que una baja sorpresiva de mi presión arterial debido a la falta de azúcar.

—Milo, ¿me permite por favor hablar un momento a solas con su nieta?

Mi abuelo le ofrece una bebida y se retira sonriente a la cocina. Confía que con su actuación me ha ayudado a convencer a mi doctor.

En menos de lo que pienso Mark empieza a hacerme una pregunta tras otra, no me da tiempo de pensar excusas pero está saliendo mejor de lo que me esperaba. Miento en más de una respuesta, me siento mal cuando me pregunta si soy consciente de que puedo representar un riesgo para la sociedad si continúo teniendo los ataques de pánico. Le aseguro que sería incapaz de mentir sobre esto. Me dice que mi llamada telefónica poco tenía que ver con todo lo que le estoy diciendo ahora. Le digo que me sentía muy mal cuando lo llamé, porque después de lo que he padecido en el pasado, el mínimo síntoma hace que piense que estoy teniendo una recaída, pero que me encuentro bien.

— ¿Quieres que hable con tu jefe?

—No, Mark, por favor no lo hagas. Él no lo entendería. Si hablas con Hans perderé mi puesto.

—Philippa, no creo que esté bien que regreses a trabajar si has tenido un ataque de pánico. Es riesgoso para las demás personas.

— ¿Pero es que no lo entiendes? ¡Demonios, Mark, no fue un maldito ataque de pánico! Me encuentro bien, es más, tengo que solucionar lo antes posible un asunto importante.

Estoy furiosa, él no sale de su asombro. Mi abuelo ha venido a traerle su refresco y le dice:

— ¿No le parece que está tan bien como de costumbre? Ese es el carácter explosivo de mi niña. Dele una oportunidad, está pasando por una fase difícil, pero si la delata se le hará todo más complicado aún.

Mi psicólogo medita un momento, mira pensativo un adorno que tengo sobre la mesa, es un pequeño Buda. Mi celular suena, es Hans. No tengo otra opción que contestar su llamada, es la segunda vez que llama en la mañana. La primera fue cuando me encontraba en el café, hecha añicos.

—Sí, Hans, te escucho.

Mark me mira estupefacto, a punto de convertirse en cómplice de una mentira.

—Te he estado llamando, está aquí esperándote una periodista, Piper Cook. Parece que necesita verte lo antes posible. Al igual que yo, te ha intentado localizar a tu móvil y tú no contestabas. ¿Dónde te habías metido?

Por una milésima de segundo dudo si se está preocupando por mí, pero luego me doy cuenta de que tan solo me controla. Él más que nadie desea verme fuera de la comisaría.

—Sí, estoy bien, ¡gracias! Solo que me he demorado porque he tenido que hacer ver a mi abuelo con Mark Tolley; está depresivo y por lo que me dijo su enfermera es riesgoso a su edad.

—Bueno, espero que le sea de ayuda el hablar con Mark, es un excelente psicólogo.

—Ya lo creo, es la persona que logró terminar con mi pesadilla. Puedes estar tranquilo que en menos de quince minutos estaré allí.

Miro a Mark y le sonrío angelical, mi abuelo está parado a mi lado tapando su boca con la mano. No sale de su asombro. Cuando cuelgo Mark me hace saber su enfado. Lo escucho porque no tengo otra opción, pero evito concentrarme en sus palabras. Todo lo que me dice es razonable, pero fue la manera que encontré de salvar mi pellejo. Mi abuelo también está enfadado, lo conozco, pero no dice nada al respecto; sabe que no tenía demasiadas opciones.

CAPÍTULO 18

Bar Harbor, 15 de diciembre de 1941

Petronila pasaba sus días cuidando a su pequeño Frederick mientras esperaba ansiosa la llegada de Terrence. Los viajes por asuntos laborales eran cada vez más frecuentes y el tiempo que les dedicaba a ella y al pequeño era muy escaso. Una vez más se encontraba perdida en sus pensamientos recordando al hombre cariñoso y divertido del que se había enamorado. Terrence había cambiado mucho luego del nacimiento del niño y Petronila dudaba de que el nuevo integrante de la familia fuera el culpable. Para un hombre ambicioso como el que había demostrado ser, las prioridades en su vida podían llegar a ser muy distintas a las del resto de las personas. Ella se culpaba por no querer acompañarlo, pero se le hacía muy difícil dejar a su hijo al cuidado de Allie. Confiaba plenamente en ella pero aunque sabía que era imaginación suya, la celaba. Desde que supo que estaba encinta por segunda vez, dejó de viajar.

Desvió su mirada del mar y vio a Allie que jugaba con su hijo en el jardín, le hacía cosquillas y éste le respondía riendo nervioso. El pequeño la adoraba y ella sentía la misma devoción por él. Su niñera estaba casada desde hacía unos años, pero a pesar de los intentos, el bebé tan deseado no llegaba. Ése era el motivo que hacía que Petronila se preocupara, pensaba que tal vez el amor que ambos se tenían sobrepasaba los límites de lo normal. Las veces que se negó a acompañar a Terrence en sus viajes, excusándose con sus obligaciones maternas, él intentaba convencerla diciéndole que para Frederick, Allie era una segunda madre. Palabras poco acertadas en una mujer aprensiva con su niño como lo era ella. Aunque sabía que no hacía bien en dejar a su esposo viajar tantas veces solo, sentía que su lugar era su hogar. El estar embarazada le permitía excusarse y ser comprendida. De cierta manera Terrence entendía su postura; acompañarlo a las reuniones de trabajo y pasar largas horas de camaradería con ejecutivos y políticos, podría llegar a ser insoportable para quien no sentía interés especial por los temas que solían tratar y por ese tipo de vida. Cuando aún viajaban juntos ella acostumbraba quedarse leyendo en el hotel o paseaba durante horas por la ciudad que visitaban intentando crear sus primeras líneas para lo que serían sus cuadros; dejaba volar su mente con los paisajes que la emocionaban. El rencuentro de ambos en los distintos hoteles de Inglaterra y de Estados Unidos, luego de las largas jornadas empresariales

de Terrence, eran explosivos.

Volvió a mirarse en el espejo de su recámara; sus rizos se movían voluminosos, retocó su maquillaje. Sus ojos verdes resplandecían y estaba emocionada. Había esperado aquel momento para darle a Terrence la noticia de que estaba embarazada. El vestido le ceñía en su vientre, pero de todos modos se lo puso. Sabía que el color rubí le sentaba de maravillas; con delicadeza pasó su mano por los labios quitando un poco de *rouge*, pues al ser del mismo color del vestido no le agradaba. En ese momento deseó que su esposo besara sus labios y que luego hicieran el amor como tantas veces, con las ventanas corridas hacia la bahía de Frenchman.

Se alegró cuando escuchó su voz, hablaba con Frederick. Mientras bajaba las escaleras vio cómo el pequeño abrazaba con sus diminutos brazos a su padre. Deseó que Terrence permaneciera junto a ellos por siempre así. Allie tomó sus valijas y pasó junto a ella en las escaleras, diciendo:

—Su esposo me ha dicho que en tres horas recibimos invitados a cenar. ¿Llamo a las señoritas Carol y Madeleine?

La sonrisa de Petronila se desvaneció de su cara, ¿cómo era posible que luego de estar fuera durante un mes invitara personas a cenar? Allie notó el impacto que la noticia le había causado y sintió satisfacción. Envidiaba todo en Petronila: su belleza, su vida, su fortuna, su esposo y por sobretodo la posibilidad que había tenido de ser madre.

—Sí, por favor Allie, llama a ambas cocineras, diles que preparen algunas de las opciones que tenemos anotadas para este tipo de eventos. —Respiró profundo intentando calmarse. Estas ideas de Terrence se repetían una y otra vez, pero ella era consciente de que formaban parte de la responsabilidad que la compañía en auge de su esposo conllevaba.

Él mantenía aún en brazos a Frederick, quien sonriente le pedía una y otra vez el regalo que acostumbraba recibir; al ver a Petronila lo cautivó una vez más su belleza. Bajó al pequeño, la abrazó y la besó del mismo modo apasionado que la primera vez, aquella tarde que salieron en su barco junto a su amiga Jamie.

— ¿Cómo has estado, Petronila? Se me ha hecho muy larga la estadía en Londres. No imaginas todo lo que me ha sucedido, tenemos tanto de qué

hablar...

—He estado bien, Terrence. Me alegra que hayas regresado, te he echado mucho de menos. —La sobrecogió un sentimiento recurrente: al no verlo durante muchos días se sentía displicente. Se inventaba historias de infidelidades en su imaginación, que al encontrarse creía reales.

—Luces hermosa.

Instintivamente Petronila llevó sus manos a su abdomen, sabía que el vestido no le quedaba tan bien como antes y que él se daría cuenta de que estaba embarazada. Terrence miró sus manos, levantó la vista, y radiante le preguntó:

— ¿Es lo que imagino? ¿Estamos esperando otro niño?

—Así es, estoy de unos dos o tres meses de embarazo y si todo sale bien Frederick tendrá un hermanito este verano.

Terrence soñaba con formar una familia numerosa, a pesar de que poco a poco el trabajo se apoderaba de su vida, y que ya no le quedaba tiempo para disfrutarla. Estos momentos eran los que sacaban la mejor versión de su persona, su esposa era todo para él. A su modo sentía que la amaba con locura. Miró a su hijo y, poniendo una mano sobre el vientre de Petronila, le dio la noticia. Frederick, quien no entendía mucho lo que le decía su padre, continuaba esperando su obsequio. Abrió el único bolso que Allie había dejado a pedido de él, y sacó un paquete para su hijo y otro para su esposa. Le entregó una pequeña cajita. Petronila la abrió y se encontró con un par de pendientes que pese a ser muy hermosos no eran el tipo de obsequio que la sorprendía. Para ella las cosas valiosas y materiales no eran importantes, pero sí el gesto que demostraba el haberla recordado en el momento de adquirirla. Lo valoraba tanto como si le hubiera entregado una carta o una flor. Por el contrario, para Terrence el mundo se movía por intereses creados y muy poco por el afecto. En ese sentido su esposa lograba sacar de él una faceta que le resultaba desconocida. Se preguntaba si duraría por siempre, o si el encanto que ella tenía y que lo había hechizado se desintegraría en algún momento.

— ¿Te apetece tomar un café o un té?

—Lo único que me apetece, señora Dunne, es llevarla ya mismo a nuestra recámara y demostrarle lo mucho que la he echado de menos. —Volvió a

besarla, Petronila rio.

El mes en el que habían estado separados hizo que se sintiera distante; era tímida y le costaba desinhibirse. Tal vez esa actitud era lo que más atraía a Terrence. La mayoría de las mujeres estaban a su alcance pero a Petronila debía de conquistarla una y otra vez. En Londres se cansó de disfrutar de mujeres fáciles, sensuales y atrevidas, pero ahora todo era distinto; en su hogar tenía a la que más le gustaba y a la única que amaba. En sus viajes se le presentaban muchas oportunidades de divertirse y no las dejaba pasar, su mujer nunca lo pillaría y él no sentía ningún tipo de remordimiento. Pensaba que su comportamiento era parte de la naturaleza masculina. Eso sí, jamás la engañaría en sitios que frecuentaban ambos y donde pusiera en peligro la felicidad de su esposa.

En cuanto regresó Allie y se hizo cargo de Frederick, ambos subieron a su habitación. Le dijeron que no los interrumpiera y que se hiciera cargo de la cena y de llamar al personal de servicio.

Terrence desabrochó el vestido de Petronila mientras besaba su espalda. Conocía cada uno de los sectores más sensibles de su esposa y sacaba partido de ello. La respiración de ambos y los gemidos acompañaban la excitación del encuentro. Le quitó el vestido y tomando con una de sus manos su cabeza, al tiempo que la besaba con pasión, acariciaba sus caderas. Continuaron seduciéndose paso a paso, sin apuro, en una danza amorosa que ella había extrañado y que él disfrutaba cada vez.

Jamás pensaron que eran observados, pero sin embargo Allie había encontrado un pasadizo secreto que iba desde el exterior de la casa, junto a la cocina, hacia los dormitorios de la segunda planta. Los dueños de casa no imaginaban que alguien más que ellos dos estuviera al corriente de este escondite. Al poco tiempo de casados, cuando Terrence mandó construir la mansión diseñó este escape temiendo que los enemigos que había ganado en su corta vida fueran por él; lo aterraba que algo así pudiera sucederle. Los únicos que sabían de aquel lugar eran ellos dos, o al menos era lo que él creía. La puerta del escondite estaba tras una biblioteca que el matrimonio tenía en su habitación.

Allie había hecho un pequeño orificio y había quitado uno de los libros. Los observaba cómo hacían el amor, deseando ser ella quien disfrutara en los

brazos del apuesto Terrence Dunne, el hombre de quien estaba enamorada. El pequeño era fácil de complacer, con el auto que su padre le había traído y unas golosinas jugaba en el parque dejando a su niñera regocijarse con una vida que no le pertenecía.

Cuando todo había terminado y ambos descansaban sobre su cama, la niñera subió sus bragas, se acomodó el vestido y se quedó escuchando, imaginando que Terrence le hablaba a ella. Se preguntaba si Petronila sería capaz de extrañarlo tanto en su ausencia como lo había hecho ella. Le quedaba poco tiempo para cumplir con las indicaciones que se le habían otorgado, pero sabía que ambas cocineras eran muy eficientes. La casa estaba impecable, como de costumbre, la halagaba cuando Terrence se lo hacía saber. Su amabilidad lo diferenciaba del resto de las personas de la alta sociedad a las que ella conocía.

—Mi amor, dormiré un rato, necesito descansar del largo viaje.

—No me habías dicho que esperábamos invitados... ¿Quiénes vienen hoy a cenar?

—Sí, es verdad, ya lo había olvidado. ¿Pero entonces, tú como lo sabes?

—Me lo dijo Allie.

—Es cierto, se lo dije al llegar; al verte mi mente se dispersa como de costumbre, me vuelves loco y lo sabes. —A su esposa le hacía muy feliz recibir sus halagos. Le sonrió embelesada—. Viajó conmigo desde Londres, Connor Treemon. ¿Sabes quién es?

—Es un conocido político, claro que lo sé, Terrence. No me gusta que pienses que vivo en una nube.

—Nada más lejos que eso, mi amor, lo que sucede es que quería asegurarme de que no lo confundieras con otra persona. Hoy necesito que todo salga bien, estoy a punto de cerrar un gran negocio.

Petronila suspiró por lo bajo, desde hacía algún tiempo no dejaba de sorprenderse de lo ambicioso que podía llegar a ser. No compartía ese tipo de relaciones pero no le quedaba más que ceder para no tener discusiones que perjudicaran la armonía de su pareja. Se alegró de que Allie le hubiera informado de la cena, de lo contrario él tal vez lo habría olvidado y hubiera

sido una vergüenza. A pesar de su inteligencia, resultaba un hombre particularmente distraído en algunos aspectos, sobre todo cuando la causa era el reencuentro con la mujer que amaba.

—Me alegro por ti, mereces que todo te esté saliendo bien, has trabajado muy duro para conseguirlo. ¿Quién más vendrá?

—Bueno, como te dije antes, son varias personas. ¿No me sirves un vaso de whisky? Necesito recuperarme —dijo, entre dormido y perezoso—. Ella se levantó, estaba desnuda, su esposo sólo llegó a ver su espalda, contorneada y delicada. Se envolvió con la sábana dejando a Terrence también desnudo y sonriente sobre la cama. Mientras ella le servía la bebida, él continuó nombrándole a los invitados que esperaban y que de una u otra manera afectarían con el tiempo la vida de ambos.

—Connor me ha hablado muy bien del nuevo comisario de la isla, se llama Rob Gibbs. Por lo que me dijo se han hecho muy compinches y le pareció buena idea presentármelo. Ya me confirmó su asistencia y me sugirió que invitáramos también a su esposa; me dijo que son nuevos aquí. Tal vez te hagas de una amiga.

—Bueno, si ella necesita conocer personas nuevas, no me parece mal, podrá contar conmigo. Espero llevarme bien, sería bueno tener a alguien con quien conversar. Me gustaría tanto que Jamie viviera aquí...

—Ya que lo mencionas, en su padre también pensé.

—Pero Terrence, ¿no se te ha ido la mano?

—No te adelantes, mi inquieta Petronila. —Cerró los ojos disfrutando de la fuerte sensación del alcohol en su garganta—. Como sabes, desde hace algún tiempo hago negocios con Larry Duchman y ha sido él quien me ha puesto en contacto con Phillip Harris.

— ¡Oh, por Dios Terrence! ¿Qué es todo esto? ¡Harris es el jefe de la Armada de los Estados Unidos!

La joven se levantó y se sirvió un vaso de whisky, necesitaba una sacudida y beber alcohol, algo inusual en ella. Terrence disfrutaba el momento, le divertía verla nerviosa y que se sintiera sobrepasada por la situación. Él tenía la

particularidad de generar en las personas emociones que les eran desconocidas.

—Me haces reír, ¿no es maravilloso? Todo se ha formado de repente en una discusión con Connor, hablando sobre la alianza de Estados Unidos con Inglaterra. Sus intereses sobrepasan los míos y le sienta de maravilla que yo tenga una empresa de barcos; los proyectos que le envié, al parecer, han llamado su atención. Harris estaba en la zona y hoy era el único día para reunirnos y ver qué podríamos hacer juntos.

—Dímelo ya, ¿qué es lo que estás por hacer?

—Te lo diré, pero necesito que antes me prometas que nada de todo esto se sabrá.

—Claro que no, ¿a quién podría decírselo?

—Yo sé que no lo harías, pero además no quiero que repercuta en ti de forma negativa. En tu estado es importante que conserves la tranquilidad. —Las mejillas de Petronila se enrojecieron, Terrence hacía que ella se sintiera importante—. Me ha faltado contarte quién es la sexta persona que viene.

—Temo que lo hagas, mi amor. ¿No será el presidente?

—No, mi querida, dime tan solo cuál es el instrumento musical que a ti más te gusta.

— ¿De qué hablas? ¿Por qué me sales con eso en este momento?

—Porque la sexta persona no es ni un político ni ocupa un alto mando militar. Rob le ha dicho a Connor que traería a alguien que nos deslumbraría por completo. Es conocida públicamente la pasión musical que tiene nuestro político y cuál es su instrumento preferido.

— ¿Un violinista?

—Una violinista, es una dama.

— ¿Es de aquí?

—No lo sé, no se lo he preguntado. Me pareció una buena idea; tal vez cuando nos reunamos a conversar entre los hombres, ustedes puedan disfrutar de un grato momento, al igual que nosotros con la música de fondo.

—Me parece estupendo, pero si es la persona que yo imagino, no sé si estarás tan contento. —La expresión del rostro de Terrence cambió de la plenitud a la preocupación. ¿Quién podría tocar el violín y ser una persona que él no quisiera recibir en su casa?— Jenny Weston, la hermana de tu amigo.

— ¿Amigo? ¿Olvidas que se fugó con mi hermana?

Aquella situación la divertía; que su esposo hubiera dejado una amistad como la que tenía con Ray, por celos, le hacía mucha gracia. Nunca quiso saber nada más con él ni con su hermana.

En ese momento, y a sabiendas de que Petronila le tenía prohibido molestarla cuando se encontraba en su recámara, Allie golpeó a la puerta.

CAPÍTULO 19

Bar Harbor, 6 de octubre de 2012

Cuando llego a mi oficina me esperan Hans y Piper. Los saludo a ambos.

—Tengo novedades para ti, Philippa —me dice Piper, entusiasmada.

—Espero que sean buenas noticias. —No quiero que comience a hablar frente a Hans, pero tampoco puedo pedirle a él que se vaya. Al fin y al cabo es mi jefe.

Por suerte, pasados unos minutos en que aún hablábamos banalidades, lo llaman y disculpándose se retira. Antes me dice que necesita hablar conmigo, y le aseguro que pasaré por su oficina apenas termine mi reunión con Piper.

—Me ha llamado uno de los científicos que estudian el barco.

— ¡Pero eso es genial! ¿Qué te ha dicho?

—Recuerdas que en nuestra última reunión descubrimos que el barco fue creado por una empresa de aquí. No teníamos ni idea de quiénes eran sus propietarios.

—A decir verdad, yo sí lo supuse.

— ¿Cómo dices? ¿Por qué no me lo dijiste antes?

—Quería hacer algunas averiguaciones primero, antes de cometer un error. No era muy difícil saber a quién le pertenecía, ya que los Dunne fueron muy conocidos por aquí. No solo por ser los propietarios del astillero sino por toda la tragedia que los rodeó.

— ¡Y yo que creía que te traía novedades! —dice Piper sorprendida, al tiempo que acepta un café que le ofrezco.

—Disculpa que no me haya puesto en contacto antes contigo, aún no lo he conversarlo con mi jefe.

— ¡No me digas eso!... entonces creo que he hablado de más. Me ha hecho muchísimas preguntas, le he contado todo lo que sé al respecto. Espero no haberte metido en ningún lío...

Siento ese fuego interior que refleja mi disgusto. No pensé que Piper fuera a hablar, la culpa es mía, debí sugerirle que no lo hiciera. Hago un esfuerzo y saco mi mejor sonrisa, luego le digo que no se preocupe, que todo tiene solución. Inhalo con profundidad tratando de no desesperarme. No estoy en condiciones de recriminarle nada, Hans debería estar al tanto de todo esto desde un principio.

—No quiero desviar el motivo de tu visita por aquí. Me comentabas que tenías novedades, comenzaste por los propietarios del barco, ¿hay algo más?

—Sí, me llamó uno de los científicos. Ese tal Brad, que fue tan amable, me ha pedido que no publique nada más respecto de este caso.

—Pero Piper, tú sabes tan bien como yo que eso es imposible, no hay forma de parar esta investigación. Tal vez tú puedas dejar de publicar, aunque lo dudo...

pero yo tengo que seguir adelante. ¿Te dijo el motivo?

—No me ha quedado claro si es una orden que debió transmitirme o un amigable consejo. No quería decirme el porqué, pero como yo le insistí, me dijo que llamó una anciana llamada Jamie Duchman y le imploró que no tocaran más el tema. Le dijo que alguien podría salir lastimado si se sabía que Petronila Dunne no había muerto en ese barco. ¿Sabes quién era, no es así?

—Sí, claro que lo sé, era la esposa del dueño del astillero, ha estado desaparecida por años. Esta anciana, al parecer, teme que se sepa que Petronila está aún con vida. Sin darse cuenta nos ha dado una gran pista. Antes de seguir investigando y de cometer un gran error, ¿qué te parece si vienes hoy a mi casa a cenar? Va a estar mi abuelo, él conocía a estas personas.

—Claro que iré. Si es así como tú dices, es muy importante que hablemos con él. Seguro abrirá un abanico de posibilidades para nosotras. No quiero ser tan insistente con este tema, pero por lo que me dijo Brad, esta señora sonaba muy preocupada.

—Por lo visto hay alguien que en el pasado hizo mucho daño y aún no se ha quedado tranquilo. ¿Tu jefe no te ha presionado para publicar algo más?

—Él quiere toda la información para ayer, imaginarás lo ansioso que está, pero le he dicho que estoy investigando antes de publicar datos erróneos. No creo que pueda estar muchos más días así. Hoy temprano, cuando me contactó Brad, llamé a mi jefe para darlo por enterado y no podrás creer con lo que me ha salido.

— ¿Qué te ha dicho?

—«Mejor aún si no quieren que demos la noticia, si intentan frenarla significa que más personas querrán saber el gran secreto. Anda, Piper, hazlo como tú sabes», exclamó triunfante.

Luego de que Piper se retirara, de camino a la oficina de Hans me preparo una tila, la voy a necesitar, no estoy preparada para enfrentar sus ataques de ira. Menos en un día como el de hoy.

— ¿Cuándo pensabas comunicármelo? —Está furioso, sentado tras su escritorio.

—Por favor Hans, cálmate. —Tengo que pensar algo rápido, me digo, mientras siento que me falta el aire. Me gustaría decirle que sus gritos me hacen mucho daño, que no puedo soportarlos; si sigue gritando así tendré que irme antes de que sea demasiado tarde—. Quería hablarlo con Rob Gibbs antes de ponerte al tanto de todo esto, pero sucedieron algunas cosas en el medio y se me fue de las manos.

—Yo tengo que saber qué es lo que está sucediendo, soy yo quien decide los pasos a seguir. O al menos esa es la forma en la que funcionan y han funcionado siempre esta y todas las comisarías del país. ¡Soy tu jefe, maldita sea!

Es un machista insoportable, detesto su autoritarismo.

—Ya lo sé, pero tú tienes que entenderme a mí, todo se complicó y no pude hablar contigo antes. Si te calmas y me escuchas, tengo algo muy importante que decirte. Es algo que no te esperas, pero que está relacionado con esto. Lo sé porque hablé con Rob esta mañana. Por eso es que no te había dicho nada antes, quería brindarte la mayor información posible antes de contártelo.

—Anda, déjate de rodeos, que ya he perdido la poca paciencia que me quedaba.

—Ayer me mandó un mensaje Bruno, el joven de intercambio. Necesitaba hablar conmigo lo antes posible. Supuse que era por el tema de la venta de fármacos ilegales... pero era mucho peor que eso. —Hacía mucho que no veía en Hans esa expresión, creí que le daría algo en cualquier momento. No hablaba, solo quería que lo hiciera yo—. Encontró una nota en el barco de Tim Mouthy y de Alison Gibbs. Como sabes, son quienes lo hospedan, los padres de Stewart a quien estamos investigando.

—Sí, lo sé, anda... ¿qué más?

No estoy nerviosa, la droga que tomé hace que me sienta protegida, el efecto que genera es el de un escudo protector contra los daños externos que pueda sufrir.

—Es un barco que antes fue propiedad de su padre, Rob Gibbs. —Le entrego la nota, el único sonido que se escucha son las voces de los policías en los pasillos. La lee, y muy serio me dice:

— ¿Me imagino que no le habrás mostrado esta nota a Rob Gibbs?

— ¿No debía? ¡Oh, por Dios, lo siento, ya lo he hecho esta mañana!

— ¿No estabas en una consulta con el psicólogo y tu abuelo, esta mañana?

—Bueno sí, pero antes hablé con mi abuelo y Rob sobre este tema. He cometido un gran error. Antes de que tomes una determinación déjame decirte que esta persona que está enterrada en el parque fue la única sospechosa de la desaparición de los niños Dunne. —Decido no andar más con rodeos y me lanzo con toda la información que tengo—. Y hay algo más: una tal Jamie Duchman pidió a los científicos de Canadá que no saliera más información a la luz con respecto al barco americano que encontraron.

— ¿Barco americano? ¿De qué hablas?

—El barco que encontraron fue creado por el astillero de Terrence Dunne. Y la persona enterrada era la niñera de esta familia, quien hasta el día de hoy se creía que había hecho desaparecer a los hermanitos.

—Eso ya lo sabemos, ¿pero qué es lo que pretendes, Philippa? ¿Investigar esta historia que ya caducó hace muchos años? —Sigue mirando la nota, no me da tiempo a contestarle—. ¿Qué más sabes? Dímelo todo.

Esta última pregunta me da esperanzas, me doy cuenta de que está al menos interesado en este caso. Si es que decide reabrirlo, dudo que le interese tanto como a mí, pero al menos he logrado algo.

—No mucho más que eso. Aunque ahora que lo pienso, hay algo más —le digo un tanto temerosa de su reacción, sin caer en la cuenta que justo lo que estoy por decirle es lo que hará que tome una determinación—. Brad, el científico que te dije que se comunicó con Piper, le informó que esta anciana lo había llamado implorándole que no dijera nada más sobre este descubrimiento, ya que la vida de alguien corría peligro si se sabía que Petronila Dunne no estaba en ese barco hundido.

— ¿La esposa de Terrence Dunne debería haber estado en ese barco? Eso es un dato nuevo, por lo que parece. Debemos averiguar cuándo desapareció esta mujer y quién la querría muerta; a ella o a alguien de su entorno, luego de tantos años. No hay tiempo que perder, Philippa; quiero que sepas que si fuera

otra la situación, no te dejaba pasar el error que has cometido. Ten en cuenta que esta es tu última oportunidad.

Me emocioné, sé que estoy sensible, pero no lo pude evitar. No he obrado como corresponde en este caso pero, ¿tenía otra opción? Con mucho cuidado, Hans le sacó una impresión a la añeja nota, me la entregó y me dijo:

—Enviaré un equipo a excavar la zona, veremos si es verdad que hay un cuerpo enterrado.

No lo dijo convencido, su tono fue irónico. Sabía que no podía dejar pasar este descubrimiento, tenía que cerciorarse de todos modos. Lo conozco, sé que no cree que vayan a encontrar algo y piensa que es un gran disparate que yo confíe en la nota.

Vuelvo a mi oficina, ya es mediodía. El árbol que acostumbro observar está muy seco. Sus ramas crujen en mi ventana, estoy en la segunda planta del antiguo edificio; al contemplarlo intento poner en orden mis ideas. A pesar de lo ocurrido esta mañana me siento con ganas de seguir adelante con este caso. Avisaré a mi abuelo y a Rob que pasaré por ellos en la tarde. Tengo esperanzas de que me permitan sacarlos del geriátrico.

Necesito comer algo, me apuro en contestar un par de e-mails y salgo de la comisaría. Al pasar por el mostrador de entrada veo que tienen a Stewart declarando. El no me ve a mí, pero su madre sí lo hace. Me conoce lo suficiente como para que yo la ignore, así que me acerco hacia donde se encuentra para no ser descortés; más allá, a unos tres metros, su hijo declara con mi compañero James.

— ¡Estoy viviendo una auténtica pesadilla, Philippa! —me dice la madre entre sollozos desesperados.

No tengo hijos pero imagino que las madres siempre deben creer que sus críos son incapaces de cometer actos ilegales. Las personas tienden a pensar que las peores situaciones les suceden siempre a los demás, hasta que se ven involucrados, como Alison Gibbs, en casos policíacos.

Mi expresión es el reflejo de mi pensamiento, hoy se me hace imposible disimular. Alison deja de llorar y me pregunta: —¿Crees que Stewart es capaz de haber hecho algo malo? No me dicen nada, solo que tiene derecho de

llamar a un abogado.

Claro que lo creo, pero no se lo diré. Stewart es un joven que ha sido consentido toda su vida. No conoce reglas y nunca le han puesto límites. Pero no es momento para hacer caer en cuenta a su madre que ha cometido un gran error. Le contesto con precaución, cuidando cada una de las palabras que utilizo.

—Alison, desde hace un tiempo, junto con algunos colegas, hemos estado investigando a varios jóvenes de este pueblo y entre ellos se encuentra Stewart.

— ¿Pero por qué lo investigan?

—No puedo darte más información de momento, pero es un caso muy complicado. Si lo hemos llamado a declarar es porque se sospecha también de él. No puedo mentirte al respecto; creemos, casi con seguridad, que Stewart está metido en este gran lío.

— ¡Cómo te atreves a hablar así de mi hijo, Philippa! Esto es un gran error, deberás tragarte tus malditas palabras.

Además de Stewart y el resto de los policías, hay un par de señores más en la oficina que esperan a ser atendidos. Todos se dan vuelta a mirar a esta leona defendiendo a su cachorro. Yo desvío mi mirada, la comprendo, sé que es muy doloroso para ella. Luego miro a Stewart que está sorprendido por todo lo que le está sucediendo. Seguro que confía en que su padre, con sus contactos, podrá sacarlo de allí. No creo que tenga ningún tipo de remordimiento, ni se imagina el dolor que le está causando a su madre en este momento.

Me he quedado sin palabras, otra vez Hans no me ha puesto al tanto de lo que pensaba hacer. Pienso en regresar a su oficina y hacérselo saber, pero me decido a salir por mi almuerzo. Necesito un respiro.

En los escalones de la comisaría me encuentro a Bruno mirando su celular. No me ve. Me siento a su lado y le pregunto cómo está. Se sobresalta y luego, a pesar de su tristeza, intenta sonreír, me comenta que ha sucedido todo mientras estaban en el liceo.

—Entró la policía a la cafetería a primera hora de la mañana, acompañada de la directora que desesperada les pedía que no hicieran nada hasta que se

comunicara ella con su madre. Stewart estaba a un par de mesas de donde me encontraba, cuando lo sacaron del brazo para afuera. Sus amigos estaban tan pálidos como él. Mientras todos mirábamos expectantes lo que sucedía afuera con Stewart, apareció su madre, Alison, y comenzó a explicarles a los policías que se trataba de un gravísimo error, que si no dejaban tranquilo a su hijo en ese mismo instante todos se iban a arrepentir de lo que estaban haciendo.

—Me imagino el mal momento que habrás pasado, Bruno —le digo en un tono maternal, que incluso a mí me sorprende—. Si tú lo deseas podemos comunicarnos ya mismo con la empresa que te ha traído y conseguirte otra familia para que pases el resto de tu estadía.

—Sí, por favor detective, yo no quiero volver a esa casa—. Lo noto muy angustiado, lo invito a almorzar conmigo al restaurant que queda en la esquina para intentar calmarlo. No lo duda, creo que lo que más desea es estar acompañado por alguien que le brinde seguridad.

CAPÍTULO 20

Bar Harbor, 15 de diciembre de 1941

Petronila no tuvo otra opción que bajar y ayudar en la cocina; por lo que le dijo Allie, una de las cocineras estaba enferma y le era imposible trabajar en esas condiciones. La niñera se las había ingeniado para molestarla alejándola de la placentera tarde junto a su esposo.

Cuando aún quedaba mucho por hacer y viendo que el tiempo se les terminaba, le ordenó que llamara a Diane, la nodriza que había amamantado a Frederick y que sabía que podría ayudarla a cuidarlo esa noche, mientras Allie se encargaba junto a ella de la organización de la mesa y de la comida.

Diane era una joven gentil y dispuesta. Le había pedido trabajo más de una vez a Petronila, pero ésta no quería tener más de una persona en su casa. Resguardaba su privacidad y se sentía capacitada para poder criar a su hijo como lo venía haciendo. Pero dadas las circunstancias, Diane era la primera

persona con la que Petronila podía contar.

Cocinó durante dos horas el plato preferido de Terrence. Había aprendido a preparar langosta con su amiga Jamie, durante los veranos que pasaron juntas, y su esposo le decía que nadie la preparaba como ella. El secreto consistía en elaborar la receta tal cual se la había enseñado la madre de Jamie, la señora Duchman. Si de verdad esperaban a cenar a Larry Duchman, serían dos los sorprendidos con el plato principal con el que se deleitarían.

Cuando todo estuvo pronto, subió lo más rápido que pudo a prepararse para la cena. En una hora llegarían los invitados. Al entrar a su habitación, se quedó paralizada cuando vio a Allie sentada en su cama junto a Frederick, que jugaba feliz, y a su esposo quien aún seguía con el torso desnudo.

—Allie —le dijo Petronila, conteniendo su enfado—, ¿puedes por favor retirarte de mi dormitorio? Llévate a Frederick, dile a Diane que lo prepare para dormir y luego vístete con ropa adecuada para servir a los invitados. Más tarde hablaré contigo sobre esto, espero que sea la última vez que entras a nuestra recámara cuando nosotros estamos aquí. —Estaba tan enfadada con su niñera como con su esposo por permitirle que se tomara atribuciones que sobrepasaban los límites de las buenas costumbres.

—Tranquila, mi amor, fui yo quien la llamó. Quería ver a Frederick.

Petronila esperó que Allie se retirara. La niñera no pudo evitar sentirse feliz por la protección que había recibido de Terrence.

—Sabes que no está bien que ella esté aquí en nuestra habitación, tú estás casi desnudo. No me agrada verte en tal grado de intimidad con la niñera. ¡Incluso puedes incomodarla!

—Tienes razón, no fue mi intención molestarte. Puedes estar tranquila que tendré más precaución la próxima vez.

El primer invitado llegó y Terrence lo recibió en la antesala; Larry Duchman era un hombre de pocas palabras, capaz de intimidar a cualquiera con su mirada fría y calculadora. Aceptó beber whisky. Terrence no quería abordar el tema que le interesaba hasta que estuvieran todos presentes, así que optó por hablar de temas banales para sorpresa de Duchman, quien lo creía un hombre más interesante. Minutos más tarde apareció en la sala Petronila; ella le

agradaba, la conocía desde niña y formaba parte de las pocas personas que apreciaba. No lo disimulaba; al verla cambió su expresión.

— ¿Cómo está, Larry? Terrence me ha dado una grata sorpresa cuando me dijo que lo había invitado a cenar esta noche. —Se abrazaron del modo como lo haría un padre con su hija. Se pusieron al día con noticias de Jamie. Petronila la echaba mucho de menos. Vivía en Carolina del Norte y eran pocas las veces que lograban verse durante el año. Terrence los observaba con admiración, le sorprendía ver la calidez que tenía su esposa y el efecto que causaba en un hombre tan antipático.

—Yo veo a Jamie muy poco, al igual que tú. Viaja mucho por su trabajo, hace poco estuvo en Brasil. Es una mujer con un espíritu libre, que ni yo ni nadie jamás logrará detener. Me costó mucho al principio comprenderlo, pretendía que se casara y formara una familia. Desde hace algún tiempo entré en razón y me di cuenta que su vida es así, su sueño siempre fue la investigación botánica y yo no soy quien para detenerla. —Petronila no le soltaba la mano, tan solo asentía, dándole la razón. Ella tampoco había logrado convencer a su amiga de que aceptara el regalo que su padre le había ofrecido un par de años atrás: la casa de vacaciones que poseía en Bar Harbor. De ese modo vivirían a pocos metros de distancia y podrían disfrutar su amistad.

Los demás invitados iban llegando; Allie los recibía con cordialidad y los hacía pasar a la sala. Petronila se disculpó con el Sr. Duchmann y fue junto a su esposo a saludarlos.

Para Edda Gibbs su sueño se hacía realidad. Era la primera vez que la invitaban a una de las mansiones del pueblo. Estaba radiante. De camino habían pasado a buscar por su casa a Jenny Weston, la violinista. Cuando su esposo le había propuesto invitarla, se alegró; le dijo que Connor le había preguntado a Terrence si podía llevar algún músico a la velada y que a Terrence le había parecido una magnífica idea.

—Me llamó y me pidió que contratara a alguien del pueblo que se destacara. En la primera que pensé fue en Jenny, sabía que te sentirías más cómoda si acudía con nosotros —Edda y Jenny se habían hecho amigas. Jenny era divertida y conocía habitantes de la isla—. Me ha dicho que su esposa no tiene muchas amigas y que sería una buena ocasión para que se conocieran.

Edda pensó que oportunidad como ésta no iba a tener muchas y decidió que haría todo por caerle en gracia a Petronila.

Por su parte, Terrence había intentado mantener a su esposa alejada de Ray y de su entorno. El rencor que le había tomado había aumentado con los años. No solo despreciaba a quien había sido su amigo sino también a todos a quienes lo rodeaban, y tener a Jenny en su casa no le agradaba. Pero la tranquilidad que lo caracterizaba no se vería afectada por su presencia, no se lo podía permitir, aquella noche era demasiado importante en su vida como para que algo tan insignificante como su presencia lo mortificara.

Rob presentó ambas jóvenes a Petronila y luego hizo lo mismo con Terrence. Jenny le dio la mano y sonriendo le dijo a Rob: —No sé si te comenté que con el señor Dunne ya nos conocemos.

—Claro —dijo el comisario, confuso y sin entender por qué no se lo había mencionado en el camino—, debí imaginármelo ya que ambos son de aquí.

—Terrence y mi hermano Ray son muy amigos.

—Así es —acotó Terrence, mirando de reojo a su esposa—, Ray fue mi mejor amigo por muchos años. El tiempo ha hecho que nos alejáramos.

—Nunca entendí cómo se llevaban tan bien con mi hermano; él es un artista, un hombre que no se maneja ni por horarios ni por formalidades, le apasiona la naturaleza. En cambio tú, Terrence, eres muy distinto.

—Un hombre maravilloso —acotó Petronila, intentando que no lograra su objetivo. Sabía que quería desestabilizarlo. Su esposo ya le había dicho que era una mujer muy impertinente—. ¿Qué les parece si pasamos a la sala?

Cuando Edda se alejó de todos, le preguntó a Jenny por qué no le había comentado que conocía a Terrence.

—No quise ponerte nerviosa, si te lo decía no querrías que viniera. La amistad que tenían con mi hermano se terminó hace algunos años —le dijo casi en secreto, al oído—. Terrence no soportó que Ray tuviera una apasionada aventura con su hermana. Los encontró en su propia casa en circunstancias por demás incómodas para él. Y además, luego desaparecieron juntos.

Edda tenía en su mano una copa de champagne; al escuchar esto comenzó a toser y derramó bebida sobre su vestido.

—Señora Gibbs, tome mi pañuelo —le dijo Terrence.

Edda se había sentido atraída por él en cuanto lo vio, y ahora lo confirmaba: era muy sensual.

Al llegar Phillip Harris todos se pararon para recibirlo y él saludó con cortesía a uno por uno. Como dijo que tenía poco tiempo, Petronila los invitó a pasar a la mesa.

Jenny comenzó a tocar el violín a pedido de Rob y por sugerencia de Terrence, quien deseaba que nadie más que ellos participara de lo que se hablaría en la velada.

CAPÍTULO 21

Bar Harbor, 6 de octubre de 2012

Llamé a la empresa de intercambios en la que participaba Bruno y les exigí que le consiguieran una nueva familia de hospedaje, argumentando que en la que se encontraba no se sentía cómodo. Les expresé los motivos por los que estábamos investigándolo, sabiendo que si Hans se enteraba se enojaría. Quedaron aún más preocupados que yo por la situación del joven uruguayo.

Pasé a buscar a Piper por el hotel. Ya había caído la noche y aún no había probado bocado; nos compramos un par de cafés de camino al geriátrico, mientras la ponía al tanto sobre Rob y todo lo que yo sabía de su pasado.

Lo encontramos saboreando su compota, el postre por excelencia de aquel lugar. Sin dar muchas vueltas volvimos al tema que nos interesaba y Rob comenzó a contarnos lo que recordaba.

—Fuimos con Edda a cenar por primera vez a casa de los Dunne en 1941. Yo desconocía en dónde me estaba metiendo. Era joven, inexperto e ingenuo. Me

sentía orgulloso de poder estar reunido con el jefe mayor de la Armada, con un político influyente como era Connor Treemon, con un militar con alto cargo y poder como lo era Duchman, y con Carl Blankeil, el ingeniero mecánico de la empresa, cuya destreza e idoneidad eran inigualables. Tan solo acudir a la mansión de un joven matrimonio millonario me hacía sentir importante, al igual que a mi esposa. Motivados por la codicia y víctimas de nuestra incredulidad, fuimos arrastrados poco a poco a un lugar oscuro. Al menos eso sentí yo, Edda creo que siempre disfrutó de lo que nos sucedía. — Rob hablaba fluidamente, se veía el dolor en sus ojos. Recordar aquella parte de su historia personal lo lastimaba, pero ya no había vuelta atrás.

Cuando termine su relato tendré que decirle cómo deberíamos proceder con respecto a la nota que encontramos en el que fuera su barco. A pesar de no poder ser juzgado debido al tiempo transcurrido, se pondría en tela de juicio su inocencia, y este antiguo enigma terminaría perjudicándolo de forma directa. También debía prever su implicancia en el caso, podrían incluso investigarlo como responsable de la muerte de la niñera. No lo íbamos a poder juzgar como al resto de las personas ya que era un caso cerrado, pero si encontrábamos los restos de un cadáver, yo como detective, y la oficina para la que trabajo, tendríamos que rever la situación. Sobre todo por el barco que había aparecido hacía algunos días y que removía una historia lacerante aún no olvidada en Bar Harbor. Mi intención era llevarlo a mi casa para hablar con más tranquilidad pero no me permitieron sacarlo del geriátrico. Me dijeron que era una irresponsable y que hasta nuevo aviso podría hablar con él solo dentro del edificio.

—Necesito que me cuentes todo lo que recuerdas de aquella noche, la primera vez que comenzaron a involucrarte en sus negocios. ¿Por qué crees que te invitaron a ti y a tu esposa?

—Al principio pensé que era porque yo tenía el cargo más importante en la comisaría de la isla. Como te dije antes, era un crédulo, un inocente muchacho que había sido puesto allí para su provecho. Edda estaba tan feliz como yo, de buenas a primeras éramos invitados a una hermosa casa y compartíamos mesa con ellos.

Yo no dejaba de anotar la información que Rob me brindaba; tenía que encontrar los motivos que nos habían llevado a encontrar un cadáver, a la desaparición de dos niños y al pedido que nos hacían ahora de no continuar

investigando.

— ¿De qué hablaron?

—No te apures, ya te lo iré contando. Déjame terminar de relatarte todo lo que recuerdo de aquella noche.

Si hay algo que nos diferencia de los ancianos es su tranquilidad. Yo deseaba resolver todo el misterio en un santiamén y él quería que yo sacara mis propias conclusiones. Sin dudas no se equivocaba, tal vez de ese modo pudiera descubrir la verdad de todo lo que sucedió, algo que él no había logrado.

»Cenamos langosta, lo recuerdo perfectamente. Jamás volví a comer una langosta tan sabrosa como la de aquella velada. Al menos algo bueno puedo rescatar de esa cena. —Una leve sonrisa se dibujó en su rostro y con voz cansada siguió su relato, sin quitar la mirada del piso, forzándose para recordar la mayor cantidad de detalles posibles—. La había cocinado Petronila, mi querida Petronila. En la cena estábamos todos bastantes distantes, ellos no encontraban el modo de encarar la situación. No querían que las mujeres escucharan lo que me iban a plantear. Hablamos de temas banales y cuando terminamos Terrence nos ofreció pasar a su escritorio, mientras las damas se quedaban escuchando a Jenny tocar el violín. Por lo que me contó mi esposa ya en nuestra casa, jugaron con el pequeño Frederick que quería estar con su madre. Edda entabló una gran amistad aquella noche con Petronila; era una mujer que tenía la capacidad de lograr lo que se proponía. Petronila significaba la oportunidad de ingresar por la puerta grande a la alta sociedad de Maine. De esto, por supuesto, me di cuenta mucho tiempo después de conocerla; estaba enceguecido y no llegaba a ver el tipo de persona que era. Cuando pasamos al escritorio recuerdo que sin rodeos comenzaron a hablar del tema que les interesaba. Querían conquistarme y lo lograron. Phillip Harris me dijo que intentaban poner fin a la guerra, que necesitaban buscar la mayor cantidad de aliados posibles para lograrlo, que no sería fácil pero que estaba seguro de que lo lograrían.

—Y así fue —le digo yo, convencida de la importancia que tuvo la participación de Estados Unidos en la segunda guerra mundial.

—Sí, pero lo que tú no sabes es que se tejían redes inimaginables tras las buenas obras que se veían. Japón contaba con una marina de guerra

importante, al igual que con un volumen de aviones mayor que el que Estados Unidos podía movilizar. Tenían todo para la victoria, pero nuestro país logró reacomodar su equipo militar y Japón fracasó en su proyecto. Se tomaron medidas sin precedentes, como ya lo sabes, no te estoy contando nada nuevo.

—Roosevelt tomó medidas drásticas; declaró un nuevo decreto de control de salarios, los impuestos se elevaron sobre el ingreso, al igual que los precios de los productos en general. Los bienes de consumo prácticamente se paralizaron —dijo Piper, quien no había intervenido en la conversación hasta ahora, pero que conocía muy bien el pasado de su país y lo que aconteció durante la segunda guerra mundial.

—Así es, ¿sabes por qué?

—Creo imaginarlo.

—Porque necesitaban producir una flota de guerra sin precedentes, debían conseguir dinero y lo hicieron. Nuestro país le había declarado la guerra a Japón luego de Pearl Harbor, y Hitler a nosotros tan solo cuatro días después. A partir de aquella noche mi vida cambió. Ya no había marcha atrás. A pesar de la negrura del panorama que me mostraban, no tenía miedo. Sin embargo, si bien me sentía halagado, no me quedaba del todo claro por qué me habían invitado. Sabía que cada uno de los que estaba allí tenía un motivo para ello, lo había buscado, pero yo no; eso hacía que me sintiera confundido.

— ¿Deseas beber un poco de agua, Rob? —le sugerí con sutileza, no quería distraerlo, pero tampoco deseaba que se fuera a descomponer presa de la emoción.

—Estoy bien, gracias querida. Como te decía, aquella noche me explicaron que Terrence había fabricado un acorazado, hacía algún tiempo, que era una maravilla. Justo lo que necesitaban. Era un hombre muy inteligente, fue capaz de crear uno de los buques más temidos de la historia.

Atrapados por el interés de la conversación, no escuchamos entrar a una de las enfermeras que con falsa amabilidad aclaró que el horario de visitas había finalizado y que Rob, al igual que el resto de los ancianos, debía descansar. No aceptó mi reclamo ni me permitió darle ningún tipo de explicación. No me quedó otra opción que retirarme con ganas de hablar por mucho tiempo más. Maldije el sistema, deseaba hacerles entender que estábamos teniendo una

conversación madura, interesante y sobre todo muy importante.

CAPÍTULO 22

Bar Harbor, 15 de diciembre de 1941

La suave melodía del violín calmó la ansiedad que la había acompañado durante toda la cena. Petronila se sentía a gusto con las jóvenes que la visitaban. Jenny le pareció simpática, era una de esas personas que se hacen sentir como viejos conocidos. Vestía un tanto informal para la ocasión, no le importaban demasiado las reglas de ningún tipo y mucho menos a la hora de vestir. Petronila agradeció que no mencionara que desde hacía algún tiempo acudía a casa de su hermano a clases de pintura. Terrence no se lo hubiera perdonado jamás. Sin duda su hermano la habría puesto al tanto de que debía guardar silencio. Hablaron durante una media hora hasta que Petronila le propuso tocar el violín. Mientras tanto, Edda y ella jugaban con Frederick, entre risas cómplices. Se habían sentado en un rincón de la sala junto a una amplia ventana que permitía observar el jardín. El pequeño había traído su nuevo juguete. Las tres eran ajenas a lo que hablaban en la habitación contigua.

Jenny aprovechó para invitarlas a que visitaran la biblioteca en la que trabajaba.

Edda hizo su mayor esfuerzo por caerle bien a Petronila, y lo logró. Debido a la destreza que tenía en el cuidado de niños, generada durante los años que vivió en el orfanato, deslumbró al pequeño y también a su madre. Petronila la observaba desde su butaca; los dos estaban sentados en el suelo sobre una mullida alfombra, mientras se escuchaba el cautivante sonido del violín. En determinado momento, Frederick, cansado y deseoso de dormir, rompió en llanto. Su madre se sorprendió, ya que pasó de la risa al llanto en un suspiro. Intentó calmarlo pero no lo logró; llamó a Allie, la niñera, quien al ver que estaba entretenido se había alejado del lugar. Fue entonces cuando Edda se incorporó y le pidió para auparlo. Le cantó una canción que según dijo formó parte de su infancia. Jenny conocía aquella bella canción de cuna y la interpretó con la suavidad de sus manos sobre las cuerdas del violín. El

pequeño se durmió antes de que la melodía finalizara. Allí quedó sobre su regazo mientras las tres jóvenes, ahora sí sentadas junto a su café, disfrutaban de lo que quedaba de la velada.

Petronila lo había presentado: la reunión que los hombres mantenían duraría hasta altas horas de la madrugada. Cuando ya no les quedaban más temas para hablar, se levantó y le explicó a su esposo que estaba exhausta, al igual que las invitadas. Edda lo que menos deseaba era interrumpir la reunión, pero tampoco quería contradecir a su nueva amiga. Terrence les ofreció su chofer para que las llevara a cada una a su hogar, y le dijo a su esposa que fuera a descansar. Les explicó a las tres que las posibilidades de repetir aquel encuentro eran muy remotas y todas lo entendieron.

Edda se despidió de su esposo, impactada de ver la cara de espanto que tenía. No logró conciliar el sueño hasta que Rob llegó a su casa cerca de las cuatro de la mañana. Quería saber con lujo de detalles todo lo que habían hablado y para qué lo habían citado a él.

A la mañana siguiente, decidió que no había tiempo que perder y se preparó para la ocasión. Si todo salía como lo había imaginado, vería a Terrence. Él estaría algún par de días más en el pueblo, así lo había dicho su esposa. Necesitaba deslumbrarlo, que se fijara en ella. Era la primera vez que se sentía atraída por un hombre. Su seriedad la intimidó pero también la intrigó; conquistarle sería su desafío. Tendría que ser cuidadosa, no podía generar celos de parte de Petronila. Si tomaba los recaudos necesarios, podría tener todo lo que siempre había deseado.

Se esmeró en maquillarse, tenía que estar natural pero mejorar su aspecto. Eligió un vestido con corte a la cintura, a la moda. Lo combinó con zapatos del mismo rojo intenso y de taco alto, para lograr una figura más esbelta. Su estatura era su punto débil pero cuando lo necesitaba acudía a este tipo de zapatos para remediar su inseguridad. Sabía que su voluptuosidad la favorecía, los hombres se ponían nerviosos cuando lucía escotes con los que presumía. Le divertía ver cómo intentaban disimular la mirada puesta en sus pechos, cuando hablaban con ella. Cepillaba su pelo cuando su esposo le dijo que le esperaba un día complicado en la comisaría. No llegaría hasta tarde. Estaba preocupado por lo que haría ella sola.

— ¿Piensas salir? —le preguntó, al verla tan hermosa, más aún que de

costumbre.

—Sí, pasaré a buscar a Petronila. Jenny nos ha invitado a conocer la biblioteca en donde trabaja. Me pareció una buena idea.

—A mí también. Pero... tú no lees, mi amor...

—Bueno, pero no deja de ser un programa para sociabilizar con mis nuevas amigas. Y te pido un favor —Rob aún mantenía la sonrisa por las ocurrencias de su esposa—, no le digas a nadie que he crecido en un orfanato.

—Claro que no, nadie tiene por qué saberlo. Es parte de tu pasado, y si lo deseas así, así será. —Le dio un beso, la apretó contra él. Quiso sacarle el vestido, le costaba estar junto a ella y no ir por más. Pero como de costumbre, Edda lo frenó.

—Ve a trabajar, mi amor, llegarás tarde. Una cosita más: tampoco digas que no me interesa leer, nadie tiene por qué saber que no soy lo que se dice «culto»... Me sentiría inferior al resto de las mujeres de por aquí.

—Me haces reír, Edda, claro que no diría algo así; tienes mucho potencial, te aseguro que con estas nuevas amigas que te has conseguido pronto te sorprenderás. Puedes llegar a donde quieras y lo sabes.

Edda buscó entre las pocas prendas que tenía un tapado también rojo que le había pedido en préstamo a su amiga del orfanato. Luego tomó su cartera, lo miró radiante y, sin decirlo, supo que su esposo tenía razón. Eso lo tenía muy claro, así sería. Se subió a su coche y Rob la llevó a casa de la familia Dunne.

Terrence se sentía animado, todo había salido mejor de lo esperado. Eran tiempos complejos, los países que se encontraban en guerra tenían a sus habitantes experimentando la prueba de supervivencia más cruel para cualquier ser humano. Veían a sus seres queridos, amigos y coterráneos despedazarse, pasar hambre e incluso morir, sin poder hacer nada. Pero para personas como él, significaba tal vez la mayor posibilidad de su vida. Desde hacía un tiempo era el artífice del mal, el fabricante de los buques que llevaban las armas y el padecimiento. Lo sabía y no le remordía la conciencia.

Petronila se convencía a sí misma de que lo que deseaba su esposo era terminar de una buena vez con el conflicto en el que se veían involucrados

varios países; pensar así la evadía de toda responsabilidad. Además, si en algún momento intentaba cuestionarlo al respecto, como lo hizo cuando el astillero pasó de ser una empresa de barcos turísticos a construir buques de guerra, su esposo la ignoraba, eludía sus palabras. Ella se fue acostumbrando a la falta de empatía que sentía Terrence por los demás. Su silencio, de algún modo, la hacía cómplice de los horripilantes actos que el producto final de Terrence concebía.

Esa mañana desayunaban juntos mirando el mar; el jardín de invierno les permitía disfrutar del entorno, incluso con las bajas temperaturas que se daban durante aquellos días. La nevada de la noche no había sido copiosa así que podrían salir de su casa. Petronila mencionó que tenía planes; Terrence, en la víspera, le había dicho que no pasaría el día en la casa, anulando así toda esperanza que podría haber creado en Petronila su reciente llegada. Tendría un día ajetreado, pasaría en el astillero reunido con el nuevo ingeniero mecánico.

—Terrence, te he echado tanto de menos. Me apena que debas irte. ¿Por qué no cambias los planes y paseamos con Frederick? Me haces falta.

—Yo también quiero estar aquí contigo, pero hoy es imposible —La entendía, su mirada irradiaba ternura. Acarició su mejilla que para ese entonces se había sonrojado—. Petronila, ¿por qué no sales con el niño hoy? Estar aquí sola te alargará aún más la jornada. Si te mantienes entretenida, en cuanto quieras acordar yo ya habré regresado.

—Ya tengo planeado hacer algo, solo que si tú te quedabas conmigo dejaría todo lo demás de lado.

— ¿Qué harás? —Pasó la servilleta por su boca mientras masticaba, y se sorprendió con la noticia.

—Jenny nos ha invitado a Edday a mí a visitar la biblioteca en donde trabaja. Me pareció una buena idea, veré si puedo traerme algunos libros, sobre todo de impresionismo.

— ¿Has pensado cuáles son las obras que quieres estudiar?

—Sí, las de Monet.

— ¿Finalizaste el epítome que leías sobre Renoir?

—Sí, he conocido más sobre su obra.

— ¿Por qué te ríes?

—Porque estás en todos los detalles, ¡tú sí que eres polifacético! Además... me encanta como pronuncias en francés.

—Aprendí de mi amigo Ray. Aunque a mí no me gustaba para nada el arte, y lo sabes, en cuanto tenía oportunidad él me hablaba de sus referentes. Ya que nombramos a Ray, y ahora que tú mencionas a su hermana... sabes que no quiero que te acerques a él, ni por sus pinturas, ni por tu nueva amistad con ella, ¿no?

Petronila palideció, esperaba disimularlo, sabía que si Terrence se enteraba se enfadaría, pero no podía ser su cómplice respaldando sus caprichos y abandonado de ese modo lo que tanto le gustaba hacer. Ray no le había hecho nada tan grave como para terminar la amistad, o al menos si el motivo era lo que le contó. Ir a su casa le permitía ser quien realmente era, desde que transitaba el camino en contacto con la naturaleza hasta que se sumergía en sus pinturas sin darse cuenta del transcurso de las horas. Pensó que tal vez estaba siendo egoísta, pero se trataba de hedonismo. Para no perderse en el ambicioso mundo de su esposo, en este caso debía de priorizar lo que realmente le causaba placer y era fundamental en su vida.

—No lo haré —dijo con voz entrecortada, ocultando la verdad—, no iré a tomar sus clases. Seguiré practicando con libros y dejándome llevar por mi creatividad, pero ¿no te parece que es hora de dejar atrás tu enfado?

—Él me defraudó, no solo se enamoró de mi hermana sino que la convenció para huir juntos.

—Estoy segura de que temía enfrentarte y decirte que estaba enamorado de ella.

— ¿Imaginas cómo nos sentimos durante aquella semana, sin saber dónde estaba o qué le podría haber pasado?

—Sí, lo imagino, estarían todos desesperados. De todos modos me gustaría conocer su opinión. Tal vez no tuvo otra opción y lo que deseaban era estar juntos pese a que tú te enfadaras.

Con tan solo tocar el tema Terrence cambiaba su actitud; ella no podía entenderlo e intentó hacerlo entrar en razón. En el momento en que entró Allie, discutían, y una vez más los interrumpió; el amor platónico que sentía por su jefe la hacía actuar de ese modo. Petronila tuvo una súbita baja de presión, algo que le sucedía esporádicamente en sus embarazos. En este caso el motivo había sido la discusión con Terrence.

—Allie, por favor, acompáñame a mi recámara un momento.

En ese instante tocaron a la puerta. Allie no hizo caso, ayudaba a Petronila a subir la escalera.

— ¿Quiere que le lleve una bebida dulce?

—No, solo ven conmigo, y luego haz pasar a mi invitada. Explícale que me encuentro mareada, pero que en unos minutos se me pasará.

CAPÍTULO 23

Bar Harbor, 6 de octubre de 2012

Una vez más estoy frente a su apartamento. Las habitaciones están iluminadas, agradezco que no hayan perdido la mala costumbre de no apagar las luces. En la cocina, veo a Brendan; prepara la cena. Va y viene al comedor, me llama la atención que esté tendiendo la mesa, su costumbre era cenar en la mesada de la cocina. En su habitación, veo a Thomas. Su padre no se ha enterado de que está jugando a la pelota; tiene prohibido hacerlo dentro de la casa, pero el fútbol es su pasión y por lo visto a pesar de su edad lo sigue haciendo.

Me pregunto a quién esperan... Pasan unos veinte minutos y yo sigo contemplándolos, deseando volver a ser parte de sus vidas. Me calma venir aquí y verlos cada día.

Cuando suena mi móvil me sobresalto. Es un número que desconozco. Lo atiendo mientras me río cuando veo a Thomas bailando; nunca ha podido

estarse quieto.

—Buenas noches. ¿Hablo con la detective Philippa Lowell? —Confirmo su pregunta, y continúa con algo que no espero en absoluto—. La estoy llamando de la agencia de viajes de intercambio estudiantil. El joven Bruno Arrolatti ha quedado de momento sin ninguna familia que lo acoja. Le hemos dado algunas opciones para que cambie de hogar lo antes posible y con la única persona que parece sentirse cómodo es con usted. No podemos ponerlo en un vuelo de regreso a Uruguay hasta dentro de un par de días y tampoco sería correcto dejarlo con la familia que lo ha acogido, si está siendo investigada...

— ¿Entonces?

—Necesitamos de su ayuda. ¿Podría usted alojarlo hasta que se tome una resolución sobre su futuro?

— ¡Pero yo trabajo! —digo, intentando excusarme.

—Señora, todas las familias de acogida trabajan, usted no tendría por qué dejar su rutina habitual.

Tengo que darle una respuesta pero me quedo en blanco, mis ojos y mi mente se enfocan en la casa que solía habitar un tiempo atrás, en donde Bruno se hubiera sentido tan feliz como lo era yo. Un auto igual al de la secretaria de Brendan está estacionando en la puerta. ¡Es ella! Al bajar arregla su pollera y luego su larga melena morocha. Se me oprime el estómago viendo su usual vaivén de caderas.

— ¡Lo estoy perdiendo! —digo, olvidando que estoy en medio de una llamada.

— ¿Cómo dice?

—No, disculpe, no se lo dije a usted. ¿Podría llamarla a este mismo número en un par de minutos? Estoy en medio de una investigación muy importante.

—Claro, discúlpeme usted a mí.

Intento calmarme, mi carácter explosivo lo único que desea es entrar sin más y sacarla a patadas. ¿Desde cuándo la secretaria va a cenar a la casa de su jefe? Cómo he podido ser tan estúpida y pensar que podríamos llegar a tener otra

oportunidad, si una y otra vez lo he rechazado... Lo que está sucediendo me lo he ganado. Los actos que cometemos tienen consecuencias, fui irresponsable, dejé a Thomas solo, pensé que nada le sucedería. Al recordarlo, en plena confusión por lo que estoy viendo, siento que ésta es parte de mi sentencia.

Aquella tarde que debí salir de urgencia, le había dicho a Brendan que no importaba que la niñera de Thomas estuviera enferma pues yo podía quedarme en la casa y trabajar desde mi computador. Un par de horas más tarde tuve que salir, Hans me pidió que chequeara la casa de una mujer que estaba siendo golpeada por su esposo, y así lo hice. Olvidé por completo que estaba al cuidado del niño y que jugaba en la casita del árbol que su padre le había construido cuando aún vivía su madre. ¡Abandoné a un pequeño de seis años! Él nunca supo que yo me había ido, hasta que me llamó desesperado, sin obtener respuesta. Hacía frío, juntó algunas ramas e imitó lo que hacíamos nosotros dentro de la casa: las prendió fuego. En un par de minutos la casita del árbol se convirtió en una feroz fogata sin que él pudiera hacer nada para apagarla. La pequeña puerta quedó obstruida por el fuego. Entre gritos desesperados, escuchados a tiempo por nuestro vecino que llegaba a su casa, intentó escapar por la pequeña ventana de cuarenta centímetros de altura, pero quedó atorado. Billy derribó con sus manos las maderas y sacó a Thomas sin más. Cayeron al piso desde los tres metros en donde se encontraba la casita. El niño tenía intensas quemaduras hasta sus rodillas y severas fracturas en ambas piernas.

Billy llevó a Thomas al sanatorio y desde su auto llamó a los bomberos. Cuando Brendan se enteró, me llamó pensando que yo estaba en la casa y que no había escuchado los gritos del niño. No le contesté, estaba intentando sacar al hombre de la casa de su ex esposa, hablándole para que entrara en razón.

Con el maldito golpeador en la parte de atrás de mi auto, esposado de manos y pies, devolví la llamada a Brendan. Al pensar en la rutina de cada día, imaginé que tal vez necesitaba que fuera a levantar a Thomas a la escuela... ¡Thomas! En ese instante caí en la cuenta de que lo había dejado solo.

Recuerdo con exactitud cómo respondí su llamado ya que jamás pensé que podría haberle pasado algo grave al pequeño; le expliqué, casi entre risas, mi olvido. Hablé de lo complicada que era mi vida para ser madre, le ofrecí compensarlos a ambos con una rica cena...

—Mi amor, quédate tranquilo, voy en camino —le dije, intentando que se tranquilizara, pero él lloraba como un niño desconsolado—. ¡Oh, por Dios, dime que no ocurrió nada con Thomas!

En mi adolescencia había estado internada en una clínica psiquiátrica, fue una época difícil para mí. Sentí por primera vez la ausencia de mis padres, y mi abuelo optó por pedir ayuda y se equivocó. Me aplicaron métodos agresivos que yo no necesitaba, y mi situación, que no era más que un bloqueo sentimental en una etapa crítica de mi crecimiento, terminó agravándose.

Al despertar, luego de las palabras de Brendan, estaba otra vez en un lugar como el que recordaba, sedada y desorientada. Mi abuelo fue la primera persona que me habló de lo que había sucedido. Brendan estaba tan furioso que demoró una semana en aparecer, creyó que yo había montado toda aquella historia. Incluso, y esto es algo que aún me cuesta digerir, me culpó de haber fingido un olvido y de ser consciente de haberlo dejado solo.

Thomas se recuperó. Sus quemaduras y sus huesos quebrados pasaron al olvido en un par de meses, aunque tuvo que hacer rehabilitación para volver a caminar y también pasar por una intervención quirúrgica. Brendan me pidió que volviera a vivir con ellos, entendió el daño que aquel terrible suceso nos había ocasionado a todos; al ver que yo me negaba, me repetía una y otra vez que formábamos una linda familia y que ambos deseaban que volviéramos a serlo.

Sé que me ama, su hijo también vino a verme a casa de mi abuelo cuando aún vivía con él, pero la culpa me ha destrozado. Y ahora estoy aquí, viendo como él recupera la vida que yo jamás volveré a tener.

CAPÍTULO 24

Bar Harbor, 16 de diciembre de 1941

Rob esperaba en su auto, quería ver que su esposa entrara a casa de los Dunne antes de irse. El color rojo de su tapado resplandecía ante la nieve y el gris de los muros de la mansión. Edda le parecía un sueño en su vida; al pasar los años

recordaría aquella imagen como el comienzo de su pesadilla. Si su vida hubiera sido una película, aquel día podría haber sido el capítulo en donde comenzaba el final de su reciente matrimonio, y la velada anterior el del final de su carrera.

Terrence leía el diario, alguien golpeaba la puerta, Allie no atendía. Esperó un par de minutos más y pensó que quien estuviera esperando habría comenzado a helarse; se levantó luego de beber lo que le quedaba de café y se dirigió a la puerta. Sus instintos masculinos no le permitieron solapar el impacto que le causó ver a Edda, quien radiante y a sabiendas de lo que emanaba frente a los hombres, le sonrió.

— ¡Adelante! Te estarás helando. Pensé que Allie vendría a abrirte, estaba distraído y olvidé que tuvo que acompañar a Petronila a su habitación. Siéntate, por favor —le mostró el sillón del living y se sentó frente a ella.

—Me quitaré el tapado. Está agradable aquí.

—Permíteme que te ayude. —Quedaba muy pequeña a su lado, incluso usando tacones. Se detuvo en su escote y, ante la sonrisa cómplice de Edda, le preguntó sobre el plan que ambas tenían para aquella gélida mañana.

—Iremos a visitar la biblioteca, el invierno nos hace estar mucho entre paredes.

—Petronila me hablaba de lo mismo cuando se indispuso hace un momento. Espero que no estés apurada, algunas veces le lleva hasta media hora volver a la normalidad. Las mañanas son complicadas para ella cuando está embarazada.

Edda pensó que si había algo a su favor era aquel embarazo; las mujeres en estado suelen descuidar a sus esposos y ella sacaría partido de la situación. Quería demostrarle a Terrence que en ella encontraría una aliada, una mujer inteligente con quien podría contar. Si continuaba con su estrategia arriesgaría mucho, pero si todo salía como esperaba, Terrence Dunne caería rendido a sus pies.

—Sé que nos conocemos poco y espero que no tomes a mal lo que te diré —le dijo sin rodeos—, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo en tu nuevo proyecto. Mi interés es ser parte de la decisión que ha tomado

Roosevelt, involucrarme con el proyecto y poner fin de una buena vez a este conflicto mundial.

— ¿Pero cómo es posible que lo sepas? —quedó desconcertado, incómodo.

—Mi esposo es nuevo en esto, ayer cuando llegamos a casa hablamos sobre vuestra reunión. Él no es la persona que ustedes buscan, ya ves que estoy al tanto de todo. Si me permites formar parte de esto, puedes estar seguro de que Rob jamás lo sabrá.

— ¡Pero está loco! No puede saberlo nadie más, es un asunto confidencial. Fue por ese motivo que nos apartamos de ustedes anoche.

—Ya lo sé, yo lo presioné para que lo hiciera, estaba muy preocupado. No puedo pasarme la vida en este pueblo sin hacer nada productivo, me volvería loca. Dame tu palabra de que nadie sabrá nada de lo que voy a proponerte y te aseguro confidencialidad absoluta.

La noche anterior Terrence se había sentido atraído por Edda, lo deslumbró apenas la vio. Ahora, al escuchar aquel planteamiento, la sintió insolente y entrometida, hasta que cayó en la cuenta de que era la persona inteligente, avasalladora y leal que necesitaba cerca de él.

Ante la sorpresa de Terrence, Edda se apuró a decirle que eran tiempos difíciles, que ella podría informarle todo lo que él requiriera, estar cerca incluso del hombre más importante de cualquier país, pero que necesitaba que su esposo no se enterara.

—A Rob se le rompería el corazón si supiera que mis aspiraciones no se aproximan a lo que él me puede brindar.

Pocas veces en su vida una persona lo había impactado tanto como lo hizo Edda Gibbs. Quedó un par de segundos mirándola sin poder decir palabra, algo poco común en él.

— ¿Qué harías por ejemplo? —En su rostro se dibujó una media sonrisa, quería corroborar si se trataba de una desequilibrada o de un ser excepcional.

—Podría viajar a Alemania, viendo el modo de que nadie desconfiara, y advertirte de las batallas que planean, informarte de lo que ocurre dentro del astillero, desde lo que hacen tus operarios hasta el nuevo ingeniero mecánico que contrataste.

—Veo que no pasas nada por alto.

—Dada tus ausencias me parece que sería importante, incluso, comentarte sobre los movimientos de tu esposa. —Tragó saliva, pensó que se había dejado llevar, presa de su audacia. Aquella última frase podría echarlo todo a perder: o Terrence la sacaba de su casa de inmediato, o caía en la cuenta de que una persona como ella a su lado era lo que más le convenía en aquel momento.

Allie apareció cuando menos lo esperaba, Edda la odió por ello.

—Me ha pedido la señora Petronila que la disculpe, que en un par de minutos estará aquí.

—Muchas gracias, Allie, por favor tráele algo de beber a nuestra invitada.

Allie supo, al verlos, que su inesperada llegada los había sorprendido, no le gustó para nada aquella mujer ni el tono con el que se comunicaban. Esperaba que su patrona, al igual que lo había hecho ella, pudiera notarlo antes de que fuera demasiado tarde. Se escondió tras la puerta, suplicando que Petronila no llegara, para intentar escuchar lo que decían.

—Me has sorprendido, no esperaba este planteo. Necesito pensarlo, te contestaré mañana. Puedes esperarme a las diez de la mañana en Agamont Park, en la glorieta.

—Allí estaré.

CAPÍTULO 25

Bar Harbor, 7 de octubre de 2012

El otoño ha teñido de amarillos y ocres el parque; son colores que reflejan el sentir de mi alma esta mañana. El camino de madera que conduce a donde se encuentran excavando está cubierto de hojas mustias. Los turistas miran sorprendidos el despliegue policial en el parque. Un gran equipo del departamento científico ha cavado un par de metros de profundidad en el sitio que mencionaba la nota.

Ayer llegué destruida a mi casa a esperar que llegara Bruno. La responsable de la compañía de intercambios de Maine no estaba muy contenta porque había tenido que viajar desde Portland para solucionar su hospedaje. No me quedó más que aceptarlo en casa por un par de días. El joven, al verme, me preguntó qué me ocurría y le conté todo. Ya sé que no ha sido muy maduro de mi parte pero es que estaba desesperada, jamás hubiera pensado que Brendan y su secretaria estuvieran juntos. Me tomé otra vez el calmante que juré, el día que vino mi psicólogo a casa, no volver a ingerir jamás. Tomar una de mis pastillas prohibidas era la única manera que tenía de poder descansar y así olvidar por un momento lo que había visto y me perturbaba.

Al levantarme dejé a Bruno en la escuela secundaria y me vine lo más rápido que pude para aquí, como me pidió Hans. En el camino hablé con Alison Gibbs, le expliqué que no tengo nada personal contra ella pero que debo investigar a su hijo y además, hacerme cargo de modo provisorio de Bruno. Tengo el pelo alborotado, me lo he atado como pude al salir; Hans al verme se detuvo en él y luego bajó su mirada, me hizo sentir incómoda. Me hubiera encantado quedarme todo el día en la cama, tomarme una de esas pastillas que me hacen dormir y evadirme de la realidad; pero en cambio he traído mi termo con café esperando que surta efecto la cafeína y pueda recuperar mi ánimo.

— ¿Cómo es que Piper Cook, la periodista, ya está aquí? ¿Cómo es posible que todo sea jodidamente complicado cada día? —Esas son sus primeras palabras al verme.

—Buenos días, Hans. No tengo la más remota idea, esta vez no he tenido nada que ver. Déjame hablar con ella y luego te lo contaré.

Miro el pozo y veo que uno de los científicos da la orden de que dejen de excavar: al parecer han encontrado algo. Levanto la vista y a mi lado está Piper sacando fotos a un par de huesos que ocuparán la portada del *News Now* de mañana; es el tipo de noticia que vende, según me explica minutos más tarde.

— ¡Hola, Piper!

— ¡Buenos días! —dice, sin quitar su rostro de la cámara—. ¡Esto es maravilloso, Philippa!

Los policías están furiosos; son tres los que intentan quitarla del lugar, enviados por Hans, quien concentrado en lo que sucede con Piper cae sin más al pozo. Se ha dado un gran golpe y tiene uno de sus pies atascado en el denso barro.

— ¿Necesitas ayuda? —Intento disimular la risa ante el espectáculo hilarante que ha montado mi jefe en medio del escenario tétrico de la búsqueda de un cadáver. Me evado por un mágico instante de mi angustiada existencia.

Piper tapa su boca para no mostrar que esconde tras sus labios una amplia sonrisa.

—Esto es muy divertido —me dice sin poder parar de reír—. Minutos antes de que tú llegaras me dio un sermón sobre valores, me ha dicho una sarta de disparates con respecto a mi profesión. No sé cómo haces para soportar un tipo así.

—Por favor, solo te pido que mantengas tu palabra, si sabe que he sido yo quien te ha puesto al tanto de esto, me matará.

—Sabes que estamos juntas en esta investigación, a ambas nos beneficia que esta noticia salga a la luz. Cuando me llamaste lo primero que pensé fue que este descubrimiento hará que alguien hable. Me pregunto el motivo que tuvo el

asesino para cometer este crimen.

—La nota la encontramos en el barco de Rob Gibbs. ¿Recuerdas que te comenté al respecto? El asesino decía que no le había quedado otra opción que matarla... ¿pero por qué?

—Porque era el esposo de la asesina y deseaba proteger a la verdadera culpable, o porque fue él quien lo hizo. No olvides que la evidencia, la nota, estaba en su barco.

— ¿Tú crees que Rob Gibbs quiso mantener en las sombras este crimen? ¡Oh, por Dios, no puede ser, lo conozco de toda la vida, es amigo de mi abuelo! No, no puede ser... tal vez su esposa sí, voy a averiguar más sobre aquella mujer. También tendríamos que comparar su letra con la de la carta. Él parecería dispuesto a colaborar, aunque hay algo que no me termina de cerrar, debemos descubrir qué fue lo que pasó.

Me dirijo otra vez hacia donde está Hans, Piper me sigue.

—Puede que tengas razón, tal vez no quiso que se descubriera que este cuerpo estaba aquí para proteger a alguien de su confianza. No pienses mal, Philippa, pero todas las personas cercanas a Rob Gibbs y a los Dunne podrían ser sospechosas —me dice, mirando hacia donde trabajan los policías—, incluso creo que deberías considerar la posibilidad de que tu abuelo también estuviera involucrado en la desaparición de los niños.

—No, eso es imposible, mi abuelo amaba a esa mujer, jamás le hubiera hecho daño alguno; además lo conozco muy bien. Es todo muy confuso. Si no fuera porque al parecer es real que hay un cuerpo allí, y que el barco puede pertenecer a un hombre de reputación para nuestro país como lo fue Terrence Dunne, jamás me permitirían continuar con esta investigación. ¿Tú crees que si hubiera aparecido un barco cualquiera tu jefe se mostraría tan interesado en ocupar las páginas de su periódico con esta noticia?

—No, claro que no. Tenemos que localizar de algún modo a... ¿Cómo dije que se llamaba la anciana que llamó a los científicos canadienses?

Philippa sacó de su campera policial su libreta roja.

—Aquí lo tengo: Jamie Duchman. Con seguridad daríamos un gran paso si

habláramos con ella. Déjame ver cómo lo hago, tengo un compañero en la oficina que localiza personas mejor que nadie.

El equipo ha terminado su trabajo, la camioneta del departamento forense se está yendo. Mañana a primera hora espero tener novedades sobre los resultados de adn. Hans se acerca, intentando quitar la tierra de su ropa. Nos dice de mala gana lo que ya sabemos: que se han llevado los huesos para investigar, pero que podrían ser incluso de un animal.

Se me ocurre que podríamos visitar la casa de la familia Dunne; sé que está cerrada y que no ha vivido nadie allí desde que el matrimonio desapareció. Cada vez que le preguntaba a mi abuelo sobre el tema, me evadía. Siempre me ha causado mucha curiosidad todo lo que rodeaba la misteriosa desaparición de los niños, pero nunca encontré fluidez en sus respuestas. Percibía que ese tema le incomodaba y ahora descubrí el motivo. Hablar sobre Petronila lo lastimaba demasiado.

Tal vez, pese al tiempo transcurrido, podamos encontrar en la casa alguna pista que nos lleve a la verdad. No lo dudo ni un minuto y le pregunto a Piper qué piensa al respecto. Está de acuerdo. Me pregunta cómo conseguiremos entrar. La verdad que no tengo idea, pero creo que lo más sencillo sería que lo hiciéramos sin ningún tipo de autorización ya que Hans seguro encontrará motivos para frenar mi entusiasmo. Quedamos en ir la mañana siguiente.

CAPÍTULO 26

Bar Harbor, 16 de diciembre de 1941

Pasaron a buscar a Jenny Weston por su casa; vivía con su hermano Ray. Habían acordado que la acompañarían a abrir la biblioteca aquella mañana. Duncan, el chofer, no dejaba de mirar por el espejo retrovisor a Edda. Más tarde Petronila lo reprendió por su conducta incorrecta que, pese a lo que interpretó su jefa, no fue más que una respuesta a las miradas seductoras que Edda mantuvo con él desde un primer momento.

Durante el camino Petronila se preguntaba por qué había quedado con estas mujeres aquella mañana. No le interesaba tener amigas, era feliz con la vida

tranquila y solitaria que llevaba. Las pocas veces que estaba con su esposo se sentía plena, y su única amiga era Jamie, con quien desde un primer momento se había llevado bien. Siempre sintieron la necesidad de estar juntas, de verse y de compartir largas conversaciones. Jamie y ella eran dos personas muy parecidas, con gustos y perspectivas de vida similares.

El pequeño Frederick y Terrence colmaban sus necesidades familiares, ya que sus padres debían de estar lo más lejos posible. Eran personas frías y jamás le demostraron amor; agradecía que la vida no le hubiera dado hermanos para que no sufrieran el desamor que padeció ella en su infancia.

Al llegar a la biblioteca Jenny las invitó a pasar a la sala de lectura, un iluminado y cálido rincón en donde perderse por horas en las páginas de los libros. Edda no entendía cómo una persona podía disfrutar de aquel sitio. ¿En dónde veían los demás lo agradable del ambiente de las bibliotecas? No dijo lo que pensaba al respecto, tonta no era. Petronila le hizo preguntas a Jenny sobre la antigüedad de los libros, compartieron gustos literarios, hablaron sobre escritores y se dieron consejos sobre posibles lecturas en base a las preferencias de géneros. Cuando Jenny les mostró el sector exclusivo de las estanterías repletas de libros, Petronila sintió que estaba en el paraíso. Expresó con culpa que no entendía cómo era la primera vez que visitaba la biblioteca. Les contó que Terrence la había conectado con los dueños de una gran librería de Portland y que ellos mensualmente le mandaban paquetes con libros de los géneros literarios que sabían que ella disfrutaba. Les prometió que cuando fueran a su casa les enseñaría la amplia biblioteca que ahora poseía, compuesta tanto con los ejemplares que había ido guardando como con las colecciones y enciclopedias personales de su esposo.

Edda decidió que era momento de crear su propia historia antes de que descubrieran que en su vida no había ni libros, ni padres, ni casa, ni nada personal. Les dijo que ella, luego de leer un libro, lo donaba. Lo hizo para demostrar que era generosa y que deseaba que los demás tuvieran sus mismas oportunidades.

—Lo que haces es muy valorable, Edda. Permites a otras personas tener la posibilidad de disfrutar de la lectura. Ojalá todos te imitaran. Nosotros aquí pedimos donaciones pero son muy escasas, la mayoría de las personas guardan como reliquias sus libros.

—Yo no podría donarlos, comprendo a las personas que los atesoran y guardan en sus bibliotecas personales.

—Por suerte Rob me da los suyos, también, para que los regale...

—Es muy generoso de su parte. ¿Hace poco que están casados, no? —preguntó Petronila.

—Nos conocimos hace un par de meses atrás y al poco tiempo le designaron a Rob su nuevo puesto aquí, entonces me pidió que me viniera a vivir con él. En un principio les confieso que me negué, le rompí el corazón. Para mí, tomar la decisión no fue fácil, estaba muy enamorada pero también era consciente de que no nos conocíamos lo suficiente como para casarnos.

— ¿Recuerdas que nosotras nos conocimos la noche que asumió el mando y tú me comentaste sobre tus deseos de aprender a tocar violín?

—Claro que lo recuerdo; la siguiente vez que nos vimos fue en mi boda. Hicimos una fiesta íntima —le explicó a Petronila—. Cuando entré a la iglesia lo hice con el sonido del violín, Jenny se lució en la noche más bonita que he tenido.

— ¡Basta ya, tonta, lograrás que me emocione! —exclamó Jenny.

—Ahora entiendo, Edda. Incluso le comenté ayer a Terrence, luego de que se retiraran, lo desconcertados que quedaban ambos cuando les hacíamos preguntas personales sobre el otro.

—Sí, pude notarlo; me avergüenza decirlo pero aún desconocemos parte de nuestra historia y de los gustos de cada uno.

—Descuida, Edda, ya verás que la convivencia se encargará de que se conozcan en profundidad, incluso en aspectos que preferirían evitar.

Petronila miraba con atención un libro que había tomado de una de las estanterías. Edda hacía lo mismo pero un par de metros más adelante. Jenny, que escribía algo en una lista de control interno, levantó la vista y le preguntó con poca discreción a Petronila algo que daba vueltas en su cabeza desde la noche anterior.

—No quiero parecer grosera, pero ¿sabe Terrence que estás yendo a clases de pintura con mi hermano?

Petronila se sorprendió con la pregunta. Se sintió molesta, lo percibió descortés de su parte.

—No he querido preocuparlo. Algo tan simple como eso desataría entre nosotros desconfianza y, para ser honesta, no encuentro aún el modo de hacerlo.

— ¿Pero es que tú le confías todo? —Edda no se quería precipitar pero intentaría saber más sobre ella.

—Los dos somos muy sinceros con el otro, no podría acostarme en mi almohada sabiendo que nuestra relación se construye sobre cimientos de mentiras.

— ¿Pero por qué no le has contado que vas a la casa del hermano de Jenny?... ¿Cómo has dicho que se llama? —Miró a Jenny buscando ayuda.

—Ray.

—Edda, entiendo que quieras conocer sobre nosotras y la inquietud que sientes por hacerlo, pero me siento intimidada, de momento no puedo contestarte.

La paciencia de Petronila había llegado a su fin. Edda vio que había fallado y que no le sería fácil recuperar una oportunidad como aquella, entonces con sutileza cambió su actitud.

— ¡Discúlpame, ayer cuando fuimos a vuestro hogar sentí que todo lo que había imaginado sobre mi nueva vida aquí no se cumpliría!

—Edda, ¿de qué hablas? —Jenny estaba desconcertada.

—Había pensado que estaría sola en este pueblo y en menos de un mes las he conocido. Me he equivocado, no debí hacerte tantas preguntas incomodándote, tú no lo mereces. Espero que puedas darme una nueva oportunidad, seguro que seré más precavida a la hora de preguntar.

—No te preocupes, a mí me sucede lo mismo, muchas veces no sé cómo llegar

a las personas. A pesar de que sociabilizo, no logro abrirme y confiar. Por eso me he sentido mal hace un momento, el error fue mío por ser casi una ermitaña.

Las tres rieron complacidas sin saber que la amistad que cada una de ellas necesitaba, por distintos motivos, transitaba hacia el mismo destino desde un comienzo: la infelicidad. Aunque no de las tres por igual...

Petronila se separó de las dos jóvenes y se sumergió entre los libros de pintores y de arte en general. Jenny mientras tanto se alejó con Edda, la invitó a mostrarle otra sala contigua. Cuando ambas ingresaron a aquel lugar, Jenny cerró la puerta y le guiñó un ojo. Edda se sorprendió, no entendía lo que estaba por hacer. Jenny le indicó que se quedara callada y le enseñó una amplia estantería que ocultaba una habitación secreta, un lugar del que solo tenía conocimiento ella y quien construyó el edificio.

CAPÍTULO 27

Bar Harbor, 8 de octubre de 2012

Me siento diferente; no sé cómo expresarlo pero me agrada. Cuidar de otro ser y proveerle alimento me hubiera incomodado en otra etapa de mi vida, pero ahora me hace sentir bien. Ya lo experimenté con Thomas, con él sentí lo que es el amor maternal. Sufro cada día de mi vida por no poder besarlo y cuidar de él. Pensé que en este momento no podría ser responsable de nadie, pero Bruno me demuestra que no es así. Veo una luz de esperanza, no quiero adelantarme pero tal vez estoy mejor.

Cuando se despierta me dice que tiene frío, ambas ventanas de la cocina están abiertas. Es una mañana fresca pero de todos modos las abrí para poder escuchar el sonido del mar. Desde donde estoy, frente al lavatorio, tengo una vista panorámica de la bahía. Le he preparado panqueques y salchichas, con zumo de naranja. Se le dibuja una sonrisa en su rostro adormilado al verme de coleta y delantal; es la primera vez que estoy junto a él sin uniforme. Aunque no estoy obligada a usarlo me honra hacerlo, me recuerda que pese a todo

puedo seguir haciendo mi trabajo.

Mientras desayunamos le digo que hoy también lo llevaré al colegio; tengo una reunión con la directora. Necesita que firme algunas autorizaciones donde me hago responsable temporalmente de él hasta que le encuentren otra familia de hospedaje.

Entramos al edificio en donde se dictan clases de primaria y de secundaria. Me sorprende que las personas lo miren con indiferencia, me pregunto por qué nadie lo saluda. Hasta que finalmente ve a un joven y se despide de mí.

Luego de la reunión con la directora me encamino a la salida; me agrada caminar por estos pasillos, me traen recuerdos que creía olvidados. Me subo rápido al auto y voy por Piper. Veré si puede acompañarme a la casa abandonada antes de que Hans sospeche de mi ausencia en la oficina.

De pronto golpean la ventanilla, ¡es Brendan! Mi corazón palpita como de costumbre y mi rostro se sonroja, como no podía ser de otra forma. Él me conoce y sabe que soy tímida, pero también es consciente de que me pongo así porque aún me importa; el tenerlo frente a mí revoluciona todo mi ser. Bajo el vidrio, él mira para ambos lados para asegurarse, supongo, de que no nos vean; es lo único que se me ocurre. Lo entiendo... Sin embargo, más tarde me daré cuenta de que, una vez más, malinterpreté su actitud. Me pregunta si estoy muy ocupada. Él también ha tenido que venir a una reunión en la escuela por un tema de acoso escolar que preocupa a los padres. Ahora la que se alarma soy yo. Le pregunto si es hacia Thomas, porque de ser así me encargaría de poner en su lugar a quien fuera el culpable. Me tranquiliza diciéndome que quien lo sufre es un pobre niño que tiene todas las características necesarias para ser el ojo de la tormenta. Maldigo la perversidad de algunos niños y jóvenes, sé lo mal que se ha de sentir la pobre criatura ya que yo también intenté sobrellevar el maltrato de mis compañeros durante mi infancia.

Pero la vida siempre nos sorprende, y esta vez me sorprendería aún más; al parecer aquella mañana todo se daba de una forma diferente. Brendan me preguntó si podía subir a mi coche y me dijo que desde hacía algunos días no podía quitarme de sus pensamientos. Creí que mi alma era como el *air bag* activado de mi coche y que desbordaría de mi cuerpo en un par de segundos. Luego, como de costumbre, le puse freno a mi corazón y le avisé con un sonido de alarma inmediato que dejara de ilusionarse, que todo se trataba de

una confusión. Imaginé que el motivo de estar en sus pensamientos era porque tal vez su secretaria me había visto frente a su casa y se lo había comentado.

CAPÍTULO 28

Vermont, 20 de septiembre de 2012

Adeline se encontraba bajo un frondoso árbol, en su jardín. Era uno de los sitios donde en sus ratos de solaz, se inspiraba. Estaba en calma.

En un par de horas llegaría la autora del libro infantil *Conejito en Navidad*, en busca de los bosquejos que ella le había preparado. Una vez más sus ilustraciones reflejaban el modo de entender la vida de su creadora; se percibía lo fundamental de la existencia según su perspectiva. Costumbres victorianas, animales de granja y niños felices eran imágenes recurrentes. Para los adultos sus obras podrían llegar a ser quiméricas, pero ella estaba convencida de que para el ser humano lo esencial, que es escoltado por lo simple, es perceptible solo en la infancia.

Muchas veces se preguntó de dónde había sacado el gusto por ese estilo de vida y la devoción por ese tipo de arte. Sabía que sus padres no la habían incentivado. Su padre había trabajado durante toda la vida en una carnicería del pueblo, y su madre cuidaba niños para aumentar el escaso ingreso de su hogar. Ahora eran ancianos. Randie, con sus 93 años, sufría los primeros síntomas de Alzheimer y su memoria se deterioraba cada día un poco más. Aunque aún estaba lúcido, para una mujer positiva como ella la imposibilidad de hacer algo por su querido padre le significaba vivir un duelo diario. En algunos momentos lo veía confundido y enfadado, luego volvía a la normalidad. Les decía nombres imaginarios, hablaba sobre una vida que no tuvo, y estas situaciones hacían que June se disgustara y se mostrara desde hacía un tiempo muy angustiada. Adeline sentía que cuidar a sus padres ya no era lo mismo. Pensamientos desconocidos para ella pasaban por su mente; se preguntaba cuánto tiempo más podrían seguir conviviendo bajo el mismo techo que su padre, sin que afectara la salud de su madre. El médico personal de los Moore le había aconsejado que llevara a Randie a un hogar de ancianos. Adeline prometió hablarlo con su madre, quien pese a sus 91 años se encontraba en

perfecto estado mental y físico, y era partícipe de cada decisión que ella tomaba. Imaginaba que no se lo permitiría, y de ser así a Adeline no le quedaría más que acatar sus órdenes como de costumbre.

June había truncado de alguna forma la libertad en la vida de su hija. Era una mujer de carácter fuerte que mantuvo durante toda su vida a su familia sometida a una relación de sumisión. Cuando Adeline tenía unos veinticinco años conoció a un hombre de quien se enamoró. El deseo de tener una vida junto a él y formar una familia no tardó en llegar, fue afortunada, en menos de lo esperado le propuso matrimonio. Ella aceptó, vivirían en una granja cercana a la de sus padres, a un par de kilómetros del pueblo. Pero de forma inesperada, todos sus sueños se vieron interrumpidos, y como una tormenta que arrasa sin dejar rastro, fue presa de una vorágine feroz de donde creyó que no encontraría escapatoria. La única responsable había sido su madre, a pesar de que Adeline nunca quiso aceptarlo.

Los dos perros beagle anunciaron visitas. La escritora Martha Cravit, una de las pocas amigas de Adeline, había llegado en busca de las ilustraciones para chequear los adelantos que pudieran estar prontos. Como cada semana, compartirían una tarde de té con deliciosa repostería casera preparada por Adeline, mientras intercambiaban ideas.

Había sido un día de calor agobiante que derivó en lluvia. La temperatura había cambiado y el jardín selvático frente a la casa desprendía vapor, perfumando el ambiente con un aroma peculiar y embriagador. Martha disfrutó cada paso desde la verja hasta la casa por el camino de madera; una variedad de exóticas flores y trinos de pájaros le permitieron hacer volar su imaginación en busca de una nueva historia. Su amiga la esperaba sonriente. A su derecha pudo ver que la mesa de hierro ya estaba dispuesta: un juego de té florido sobre un bonito mantel en tonos similares esperaban para la ceremonia que tanto disfrutaban. Todo en aquel sitio le parecía de ensueño.

Entró a saludar a los padres de su amiga y se disgustó al ver el deterioro que Randie había tenido en pocos días. Estaba acostado, señal de que las cosas no iban bien. Por el contrario, June estaba en plena faena. Le comentó que con los duraznos que pelaba prepararía una mermelada.

Esperaron que el agua para el té hirviera sobre la cocina a leña; las costumbres antiguas que su amiga aún mantenía maravillaban a Martha.

Adeline tomó los dibujos, salieron al jardín y examinaron con detenimiento una a una las diez láminas que deseaba enseñarle. Las obras de estas autoras combinaban calidad artística tanto en la narrativa como en los dibujos y colores que las ilustraban, lo que conllevaba un éxito de ventas asegurado con la tecnología en la edición que empleaba la editorial. Sin embargo no era el motivo por el cual ellas las creaban. Al no estar bien representadas, la agencia literaria sacaba rédito de la situación. Ambas autoras creían en las bondades de la especie humana, desconociendo que el sector empresarial con el que trabajaban llevaba el agua a su molino.

El único requisito que habían impuesto era no salir en público ni ser fotografiadas; su mayor deseo era mantener el anonimato y la vida sencilla que llevaban. No pudo suceder, eran admiradas por infinidad de niños.

CAPÍTULO 29

Bar Harbor, 8 de octubre de 2012

Detesto los grafitis. Sé que quienes los pintan son jóvenes que desean expresarse y el modo que encuentran para hacerlo es utilizando los muros como vía para mostrar sus sentimientos a la sociedad. Esta vez, conmigo, lo lograron.

Mientras Brendan iba hasta su coche en busca de su celular, me quedé perpleja frente a una frase estampada junto a la entrada principal del edificio del colegio. Quien la escribió, un ser desconocido e invisible para mí, logró calmar mi espíritu temeroso.

«La fortaleza es creada por la dificultad; es el propio ser quien elige hasta dónde llegará».

Primero pensé que quien lo había escrito deseaba alentar a algún compañero de clase frustrado, pero luego me di cuenta que yo era la destinataria absoluta del mensaje. Lo tomé como propio y me aferré a cada una de sus palabras.

Lo veo que se acerca, mi corazón comienza a latir, me sucedía al comienzo de nuestra relación y hoy se vuelve a repetir. Me asombra que mis sentimientos

continúen intactos, su presencia me descontrola. Hoy, a diferencia de las últimas veces que lo vi, me siento fuerte; de todos modos respiro profundo intentando recordar lo que mi psicólogo me ha repetido un millón de veces.

Entra al auto y se acomoda las gafas; debido a su alta miopía me ve con nitidez solo si se acerca a unos veinte centímetros de mi rostro. Lo que para otra mujer tal vez sea poco cautivador, a mí me seduce cuando se trata de Brendan; se acomoda nervioso sus anteojos y frunce los ojos al mirarme. No puedo evitar sonreír con ternura. Imagino que lo que tiene para decirme es muy importante para él, de lo contrario no querría verme a los ojos como lo está haciendo. Su cercanía hace que sienta su particular perfume y cuando comienza a hablar incluso respiro su aliento suave. Mis sentidos se ven hechizados por su presencia, sus inesperadas palabras me descolocan.

—Quiero que veas esto. —Me entrega una carta.

Creí que la había escrito antes de verme pero luego me dijo que la había encontrado hacía algunos días y no dejaba de releerla. No me explico cómo pudo suceder; el día que me fui me llevé todas sus cartas, fotos, en fin... nuestros recuerdos... mis tesoros más preciados. Claro está que con ellos también guardé los dibujos que Thomas me había regalado. Me pregunto cuál es el motivo que tiene para enseñármela. ¿Será que quiere verme sufrir? Lo dudo, jamás me haría algo así.

Disimulo pretendiendo no saber de qué se trata. Es una característica mía: me escondo en la falsa ingenuidad para sacar ventaja y no afrontar situaciones con madurez.

— ¿Es para mí, me la escribiste tú, de verdad?

—Sí, pero no ahora. Me ha removido sentimientos que tenía dormidos, necesito que la leas y no me digas nada. —Sabía que yo lo rechazaría una vez más; si me dejaba hablar encontraría una negativa inmediata. Mis dos «yo» enfrentados. Miró hacia abajo, obligándose a callar—. Cuando puedas llámame, necesitamos hablar.

Me quedé mirando la carta, aún estaba doblada, podía distinguir su caligrafía. Levanté la mirada y vi cómo su coche se alejaba del estacionamiento. Me sentí confundida, pero aliviada... A pesar de todo, aún me sigue amando.

Percibo que estoy temblando, mis manos están húmedas. Las seco pasándolas con torpeza por mi pantalón una y otra vez. Abro la carta con cuidado. Vuelven los recuerdos... Había ido a su consulta como lo hacía cada seis meses. Me había entregado un *pack* de protectores dentales y me dijo que esperaba que me dieran resultado. Esa noche, cuando me fui a acostar, encontré su carta. Dejé caer todo y salí corriendo hacia mi cama. Me sentía como una pequeña niña recibiendo su regalo de navidad. Cada una de sus palabras logró su objetivo y más. Brendan, mi dentista, se había enamorado de mí.

Mi abuelo siempre ha dicho que tuviera cuidado cuando escribiera algo. Su frase es «Las palabras se las lleva el viento, pero si las escribes podrán esclavizarte». Y es lo que ha sucedido, esta carta nos lo ha demostrado; si él deseaba olvidarme, o yo intentarlo en vano como lo venía haciendo, se nos había complicado... para bien. La leo entre lágrimas, escribe con mucho sentimiento y dulzura. Entre tantas cosas hermosas y reconfortantes me dice que no se ha animado a expresar sus sentimientos frente a frente pero que le gustaría hacerlo. Si estoy de acuerdo, bastaría con llamarlo y vendría en ese mismo instante a verme.

Decido no perder más tiempo e ir tras él a su consultorio, siento que al fin me estoy dando la oportunidad que me merezco, que todo lo malo que nos ha sucedido quedará en el olvido.

Recorro dos cuadras, cuando mi teléfono suena: es Hans, me dice que el caso está abierto y que el resultado del adn confirma en un 99,9 % que el cuerpo que encontraron es de Allie Watters.

—Según tengo entendido por lo que hablamos antes, algo más debía de suceder para reabrir este caso considerado caduco.

—Por eso te estoy llamando. No solo se confirmó el adn de la niñera de la familia Dunne, sino que hace un momento llegó una carta a mi despacho, enviada por Rob Gibbs; tus compañeros saben que todo lo relativo a Stewart Mouthy debo chequearlo y el remitente era su abuelo.

— ¿Y qué es lo que decía?

—Bueno, no fue el mensaje lo que llamó mi atención, solo eran palabras de aliento de un abuelo a su nieto en estas circunstancias.

— ¿Entonces?

—Philippa, la letra es la misma que tiene la nota encontrada en el barco de su hija, Alison Gibbs.

Me quedo petrificada; por suerte hacía un momento había detenido el auto... No pude evitar quebrarme en un llanto inesperado. Pondría las manos en el fuego por Rob Gibbs, algo se nos estaba escapando... Era imposible que él hubiera tenido algo que ver con la muerte de Allie, o con lo que era aún peor, con la desaparición de los niños.

—Por favor Hans, no hagas nada hasta que yo llegue allí. Déjame verlo con mis propios ojos, esto debe de ser un terrible error.

—Veremos qué tiene para decirnos al respecto.

— ¿De qué hablas? No estarás insinuando que lo piensas entrevistar... ¡Maldita sea, Hans, es un anciano, te ruego no hagas nada hasta que yo llegue!

Cuelgo el móvil y manejo furiosa hasta la comisaría. La rabia se ha apoderado de mí, no veo siquiera si tengo obstáculos en mi camino, solo quiero llegar y proteger a mi querido Rob; esto podría matarlo.

CAPÍTULO 30

Bar Harbor, 17 de diciembre de 1941

Las llaman, «Obligaciones maritales» y Edda no podía estar más de acuerdo con quien las comenzó a nombrar de aquel modo. Para ella aquellos momentos íntimos con su esposo eran un suplicio. No solo los aborrecía sino que tenía que fingir que la pasaba bien.

—Me quedaría aquí contigo todo el día, eres una mujer exquisita. —Rob miraba con satisfacción las formas contorneadas e irresistibles para cualquier hombre que poseía su mujer. Se sentía orgulloso de haberla conquistado—. Ahora tengo que irme a trabajar —le decía compungido, creyendo que a ella le

afectaría el separarse durante algunas horas—, pero te prometo que mañana, y durante todo el fin de semana, estaremos juntos.

—Bueno, ya veré cómo hago para estar tantas horas sin ti. Me haces tanta falta Rob... —Se volvió a subir sobre él, tenía el torso desnudo y lo besó centímetro a centímetro, sabía que lo volvería loco y que a él no le quedaría más remedio que levantarse e irse a trabajar de una buena vez. Cuando finalmente lo hizo, suspiró aliviada.

Aún faltaban dos horas para las diez de la mañana; arregló su habitación, se vistió lo más rápido que pudo y se fue andando hasta Agamont Park a encontrarse con Terrence, tal como habían acordado. Suspiró tranquila sabiendo que su proyecto había comenzado, nada ni nadie se interpondría en su camino.

La glorieta blanca a metros del agua le resultaba un paisaje novelesco; esperaba que a Terrence le causara la misma impresión ya que un nuevo capítulo comenzaba en su vida. Se preguntaba si este hombre habría conocido antes a alguien que pudiera serle tan leal y de tanta utilidad como lo sería ella. Miró con atención y lo vio: estaba sentado dentro de la glorieta, casi escondido. Lo imaginó nervioso y se sintió complacida por la situación.

—Y bien, aquí estoy... soy todo oídos.

—Me permite sentarme a su lado, señor, no me gustaría que nos escucharan.

—Claro, ven, siéntate. Estás congelada, ¿quieres ir a mi coche?

—Sí, por favor.

Terrence le pidió a su chofer que saliera y con rapidez así lo hizo. Se imaginó que aquella hermosa mujer era alguna amante nueva de su jefe.

— ¿Ya sabes qué puedo hacer por ti?

—He pensado tu propuesta y te daré una oportunidad, pero desde ya te digo que puedo llegar a ser muy vengativo si me defraudas.

—Te aseguro que eso no pasará. —La mirada de Terrence en ese momento era fría y poderosa, y Edda lo percibió.

—Me parecería bien que comenzaras a trabajar en el astillero como un primer paso. Necesito que me informes sobre cada paso que dan mis principales empleados.

—Muy bien, así lo haré. ¿Tengo que seguir a alguien en especial?

—Comenzó a trabajar un nuevo ingeniero mecánico. Se llama Carl Blankeil; lo que sé de él me lo dijo Duchman, en quien confío. Me urge en la empresa una persona capaz como él para poder continuar con la construcción de este buque, pero es alemán y no me queda más remedio que vigilarlo.

— ¿Duchman posee un alto mando militar?

—Sí, y te aseguro que él más que nadie investigó a Blankeil antes de mencionármelo. Sabe que es un genio del diseño y la mecánica naval, pero como es un inmigrante alemán y yo no sé de su pasado, es importante que lo vigilemos de cerca. Seguro que de ti no desconfiaría, de todos modos debemos evitar sospechas.

—Te aseguro que no se sentirá intimidado. Creo que me verán como la esposa del comisario a quien le consiguieron un trabajo «acomodado». —Luego de un par de segundos en los que ambos meditaron la forma en que procederían, Edda continuó diciendo—: Ahora disculpa mi impertinencia pero me parece raro que contrates un ingeniero alemán, ¿no se te ocurre que es muy riesgoso a estas alturas?

—Sería riesgoso si no supiera que Blankeil, por lo que me ha dicho Duchman, está en contra de los nazis. Formaba parte de la resistencia alemana; por lo que sé este hombre ayudó a muchos judíos a escapar. Duchman me dijo que Blankeil participó incluso en algunas batallas y que debió huir antes de que saliera a la luz su cooperación con los adversarios. Esto es un secreto que jamás debería habértelo contado, pero te estoy poniendo a prueba. Se cree que Blankeil forma parte de los desaparecidos en las batallas.

— ¿Pero qué hacía en una batalla si no era militar?

Edda era una mujer muy inteligente, pero su pasado la delataba; en muchos aspectos se notaba su poca formación. Terrence sonrió. Desde un primer momento se había mostrado ante él como una mujer segura de sí misma y sin rodeos. Esta pregunta le demostraba lo audaz que estaba siendo al meterse en

aquel peligroso territorio.

—Cuando los barcos están en batalla, a bordo no van solo militares, también llevan mecánicos y personas con distintos conocimientos, como médicos y enfermeros para los primeros auxilios.

— ¿Y Blankeil ayudaba en caso de que el buque así lo requiriera?

—Así es. Como te dije, sospechan que haya muerto en una batalla, pero como también es posible que no sea así, siguen buscándolo, y si aún no está muerto quieren que lo esté. De todos modos él desea continuar con su lucha y desde aquí hará todo lo posible por terminar con Hitler.

— ¿Qué se te ocurre que podría hacer yo en la empresa?

—Eso me lo tienes que decir tú. ¿Qué preparación tienes?

—Mis conocimientos tienen que ver con la asistencia social; supongo que tal vez podría encargarme de los intereses de los empleados y actuar como mediadora entre ellos y tú.

—Podría ser, de ese modo nadie sospecharía al verte hablar con uno y con otro. Hoy se lo diré a Petronila como para ponerla al tanto, pero antes llamaré a tu esposo para decirle la importancia que tiene para mí contar con una persona de confianza como tú en mi empresa.

—A él le encantará saber que voy a estar ocupada y más aún que te he causado una buena impresión.

CAPÍTULO 31

Bar Harbor, 8 de octubre de 2012

Las personas me siguen con la mirada al ver la velocidad que llevo. Se estarán preguntando qué es lo que ha sucedido en su pueblo para que la detective Lowell lleve tanta prisa. Cuando algo así sucede, son varias las llamadas de ciudadanos preocupados que recibe la comisaría. Es lo que tiene vivir en

pequeños pueblos en donde todos se conocen e interesan hasta por demás qué es lo que acontece en la vida de los otros. No es mi caso, para mí sería fantástico que nadie se entrometiera en mis asuntos, me ayudaría muchísimo, no tendría el temor que tengo cada día de enfrentar al resto de los mortales.

Los frenos chirrían, se hacen escuchar sobre el pavimento. Cierro tras de mí la puerta del coche y corro hacia la comisaría. Al entrar mis compañeros me miran sorprendidos. Más tarde Alison Gibbs me recrimina que pasé por su lado y la ignoré, sabiendo que estaban interrogando a su padre.

De paso por el pasillo siento el aroma del café proveniente de la cocina; al mezclarse con la humedad del añejo edificio me causa una sensación desagradable. Subo a toda prisa por las escaleras. Estoy decidida a abrir la puerta de la sala de interrogatorios cuando uno de mis compañeros me detiene. Me dice que Hans ha dado la orden de que no entre. Estoy furiosa, sabe que venía en camino y que es mi derecho estar presente en esta declaración, es mi caso.

Sé que mi enfado no cambiará nada, la última palabra la tiene él, mis compañeros solo cumplen órdenes. Me detengo por una taza de café. No encuentro la canela, lo tomo como algo personal, supongo que Hans la habrá escondido.

Al llegar a la planta baja veo a Alison. La saludo y me siento avergonzada por no poder hacer nada. Ella no responde a mi saludo, va directo al grano y me pregunta por qué yo no estoy en el interrogatorio. Intento explicarle que recién me he enterado de que su padre era el interrogado, pero me interrumpe, me hace una pregunta tras otra. Es desesperante no poder darle ningún tipo de explicación. ¿Por qué demonios es tan difícil escuchar a los demás?

El mismo policía que minutos atrás me impidió el paso a la sala de interrogatorios se acerca, me dice que tiene que hablar conmigo. Me disculpo con la hija de Rob y lo acompaño a una sala contigua.

—Philippa, Hans me ha dicho que no debemos darle ningún tipo de explicación a la hija del interrogado. —Está serio, me sonrío, lo descoloco, de cierto modo me río en su cara de correveidile—. ¿Qué es lo gracioso, si es que se puede saber?

—Nunca dejas de sorprenderme. ¿Te hace sentir bien estar todo el tiempo

viendo en qué puedes perjudicarme a mí o al resto de tus compañeros para ganar puntos con el jefe?

—No sé de lo que me hablas, Philippa, te estás pasando. Yo cumplo órdenes como también debes hacerlo tú.

—Sí, claro, pero si tienes la mínima oportunidad de irle con cuentos a Hans no pierdes la ocasión. No creas que no te entiendo, solo que me sorprende cada día con tus malas actitudes ya que somos tus compañeros quienes debemos soportar las consecuencias para que tú asciendas.

—Nada de lo que me has dicho tiene sentido. Podrías ya mirarme un segundo y dejar de leer ese expediente que no te corresponde hacerlo, ¿o es que continúas probando hasta dónde soy capaz de llegar?

—Te imploro que me dejes terminar de ver esto. Al menos demuéstrame que todo lo que te he dicho no es más que un error.

Al parecer mis palabras surtieron efecto; por un par de segundos me miró sin decir nada y antes de irse me dijo: —Nunca te vi aquí.

Lo que veo no corresponde al caso donde está incriminado Rob, ni al de Stewart. Es una carta que ha enviado mi psicólogo a Hans, donde solicita un nuevo intervalo de mis funciones. Explica que he tenido nuevos episodios como los anteriores y que no estoy en facultades mentales como para cumplir con responsabilidad mis tareas en esta comisaría. En letras negritas y subrayadas indica que incluso podría ser un riesgo para el resto de los ciudadanos mi permanencia en esta delegación. Unas líneas después sugiere que me retiren el arma oficial de inmediato.

Ahora entiendo por qué me ha dejado a un lado y no me permitió entrar en la sala de interrogatorios. Es cuestión de minutos para que me suspendan y que incluso intenten internarme. Toda esta historia que estoy desmantelando les molesta, incluso temo que Hans se sienta desestabilizado al ver que mis sospechas son certeras.

Sin perder ni un segundo salgo de la oficina con la carta en la mano. Siento que alguien me llama, miro de reojo intentando seguir lo más aprisa que puedo. Es Alison, quiere reanudar la conversación. Al ver que la saludo con la mano y sigo con paso firme y acelerado, viene tras de mí. Me pide que la

espere, le digo que llevo prisa. Insiste. Me dice que hay algo que quiere decirme, la invito a subir a mi coche, estoy desesperada. Mi corazón ha comenzado a palpar y me falta el aire. Se sube a mi lado y antes de que cierre la puerta pongo el pie en el acelerador haciendo chirriar el coche y dejando tras las huellas un humo delator de mi estado de ánimo.

— ¿Qué es lo que te pasa? Cuando llegaste a la oficina pasaste a mi lado y me ignoraste. Ahora te comportas como una desquiciada, sabes muy bien que mi padre te necesita ahí dentro y huyes.

Nos hemos alejado un par de cuadras y me meto en una calle desolada. Freno y le explico los motivos de mi comportamiento, por qué debí salir de ese modo temiendo por lo que hicieran conmigo. Necesito a alguien de mi confianza que no permita que me encierren por segunda vez en un loquero. De Hans temo lo peor. La orden de un psicólogo era lo único que necesitaba para quitarme del medio.

—Lo que me cuentas es horrible, ¿qué es lo que harás ahora?

—No tengo ni idea, pero veré la forma de ayudar a tu padre. ¿Me dijiste que tenías algo que decirme?

—Sí, es sobre la nota que han encontrado. Piensan que la escribió papá, pero no es verdad. Ese mensaje lo escribió tu abuelo, Philippa.

— ¡Pero cómo puedes pensar eso! ¿Por qué motivo mi abuelo mataría a la niñera de los Dunne? —Alison enciende un cigarrillo y a pesar del frío, abro mi ventana.

—Me llamó papá hace un par de horas, estaba muy angustiado, insistí en que me dijera qué le sucedía. Me dijo con voz temblorosa que tu abuelo le había confesado que fueron él y Petronila quienes acabaron con la vida de la niñera.

— ¡No puede ser! ¿Por qué no le contó esto antes a Rob? Era quien investigaba el caso y debía saberlo.

—Tal vez mi padre también lo sabía y han decidido ahora comenzar a hablar. No lo sé. Lo que me contó, a partir de lo que habló con Milo, fue que Petronila estaba desesperada por la desaparición de sus hijos. Habían pasado más de cinco meses y no veía ningún avance en la investigación. Comenzó a notar

actitudes que no le gustaban en uno de los nuevos empleados del astillero. Se lo comunicó a Terrence y éste, una vez más, creyó que su esposa veía secuestradores por todas partes.

— ¿Cómo se llamaba?

—No lo recuerdo, pregúntaselo a tu abuelo. El sabe mucho más de lo que crees.

— ¿Tú piensas que esconde algo?

— ¿Te refieres a la desaparición de los niños o al paradero de Petronila?

—A ambas cosas.

—Me parece, Philippa, que Milo ha sabido la verdad todos estos años y no ha querido decir nada. Yo creo que sacrificó su amor por esa mujer y el derecho que tenían de estar juntos, para que ella pudiera estar con sus hijos. Aunque esto, claro, no lo doy por sentado. De algún modo él siempre la protegería desde la distancia.

— ¿De quiénes?

—De Terrence, de Edda, y de los alemanes que querían terminar con Terrence y su entorno. Tal vez están todos muertos... o no.

—No lo sé, Alison. Conozco demasiado a mi abuelo, él sería incapaz de matar a alguien. Sé que fueron momentos muy difíciles, pero de todos modos me cuesta creerlo.

— ¿Entiendes que mi padre me lo ha dicho? Él lo confesó.

—También conozco a Rob, él no inventaría tal cosa, pero todo esto es muy confuso. Buscaré a mi abuelo, necesito que me diga la verdad, además debo alejarlo de todo este barullo. Deberías hacer lo mismo con tu padre, no olvides la edad que tienen, tanta angustia y estar rememorando el pasado puede salirles demasiado caro.

—Tienes razón, Philippa. ¿Qué harás entonces? ¿A dónde lo llevarás?

—No lo sé, lo pensaré en el camino. ¿Vuelves a la comisaría?

—Sí, entretendré a tu jefe mientras te alejas cuanto antes de aquí.

CAPÍTULO 32

Bar Harbor, 20 de enero de 1942

El ruido de las máquinas en el taller era ensordecedor. Edda caminaba entre ellas y se detenía a hablar con cada uno de los empleados, se presentaba y ofrecía su oído en caso de que así lo necesitaran. Los empleados no entendían la función de aquella joven, pero se deleitaban al verla pasar. Hacía ya un mes que había comenzado a trabajar para Terrence y la relación entre ambos era solo laboral. Ella lo seducía de forma continua pero no era correspondida; de todos modos entendía el momento crítico que enfrentaba él en su empresa. Eran muchas las responsabilidades que tenía.

Esa mañana se detuvo a hablar con el nuevo empleado; buscaba alguna información para tener la excusa de reunirse con Terrence.

Milo se encontró con Petronila en su casa; desde hacía algún tiempo, era la única persona en quien ella podía confiar. Pasaban juntos varias horas por semana sin que ambos se dieran cuenta de que el lazo invisible que los unía se fortalecía cada vez más. Ella lo llamaba por distintos motivos; cuando no era el gato que se había trepado muy alto en el maple frente a la casa, era cualquier otra nimiedad. Aquella tarde el motivo fue la necesidad de que entretuviera a Frederick, con una de sus fantásticas historias, para que poder terminar de retratarlo. No paraban de reír cuando en el cuadro —sin ella ser consciente de lo que hacía, según sus palabras—, apareció dibujado el rostro de quien se había convertido en su gran confidente.

Petronila se había acostumbrado a la ausencia de su esposo, y Terrence a una vida dedicada a su obsesión por los barcos y al deseo de crear el mejor buque de todos los tiempos. Cuando estaban juntos Terrence no hablaba, su mente estaba en otra parte y ella sabía en dónde. Se cansó de hablarle y de que él no le respondiera. De implorarle que pasara más tiempo con ellos. Le repetía que su

hijo tendría una única infancia y que él no estaba siendo testigo de ella. Terrence se justificaba diciéndole que la empresa lo necesitaba más que su hijo en aquel momento decisivo.

Los meses pasaron, llegó el frío invierno en Maine. Esa noche Petronila estaba muy preocupada, Terrence ya debería haber llegado a su casa. Desde hacía un tiempo había recibido amenazas de los alemanes, que conocían su participación en la construcción del barco. Lo habían intimidado primero a él y luego se comunicaron con su esposa por teléfono. Tres días atrás, le habían enviado un sobre por correo que contenía fotos de ella y de su hijo tomadas en la calle e incluso en el frente de la casa.

Petronila intentó calmarse, pensó que el retraso de Terrence se debía a un inconveniente en el ferrocarril en el que viajaba desde Nueva York. Había ido a reunirse durante un par de días con algunos ingenieros navales, acompañado por Blankeil y por Edda Gibbs. Edda se había unido a ellos a último momento; le dijo a Terrence que temía que el nuevo ingeniero mecánico no fuera una persona confiable y que aquel viaje le permitiría salir de dudas.

Petronila no estaba al tanto de esto, su esposo le dijo tan solo que su secretaria personal no lo podía acompañar. Rob Gibbs imploró a su esposa que no se fuera, que no necesitaba aquel trabajo, que él la ayudaría a conseguir uno mejor. Edda se le rió en la cara y le dejó en claro con tres palabras que ese era el trabajo con el que ella siempre había soñado. Rob no logró comprenderla ya que las tareas que le encomendaban poco tenían que ver con la asistencia social.

La relación con quienes habían contratado los servicios del astillero estaba enrevesada. Terrence se sentía desprotegido, le exigiría a su gobierno —según le comentó a Petronila antes de partir— que le ofreciera mayor protección a su familia y a él a cambio de continuar con la construcción del buque. Connor Treemon le había prometido aquel día en su casa, y lo repitió luego en Nueva York, que nada les sucedería. Más tarde debió tragarse sus palabras el día que los niños Dunne desaparecieron para no regresar jamás.

Eran las tres de la madrugada y su esposo debería haber llegado unas cinco horas atrás. Estaba en la cocina esperándolo. Se levantó y puso otro leño en la estufa, tenía frío y miedo. Con manos temblorosas, colocó agua en la caldera, bebería una tercera taza de té de tila. Mordisqueó su labio inferior hasta que

sintió el sabor inconfundible de la sangre en su boca, y se obligó a detenerse.

A tan solo un par de kilómetros de ella, en un hotel, Terrence se rendía ante Edda Gibbs luego de varios días de seducción. El tren había llegado a la hora indicada y Edda había cumplido con su cometido: hacer que Terrence se olvidara de todo. Le demostró lo que era capaz de hacer una mujer en la cama. Ninguno de los dos quería volver a su hogar. Desde aquel día el deseo de Terrence por su esposa se fue desintegrando, tal cual lo hacían los pueblos enteros con la potencia de los cañones de los buques que él construía. Ambos amantes se encontraron cada día en distintos lugares, incluso en su oficina.

Edda lo había planeado todo con tiempo. Antes de tomar el tren que los llevaría a los tres de regreso a Maine, se había puesto su mejor lencería y un vestido de encaje negro que ceñía su cintura dejando ver las delicadas formas de su silueta. Estaba dispuesta a todo y sabía que había llegado el momento esperado. El plan se desarrollaba con éxito, hasta que se dio cuenta de que un par de ojos inteligentes la seguían con cautela. Al principio pensó que tal vez Blankeil también se sentía atraído por ella como Terrence, pero luego cayó en la cuenta de que desde hacía algunos días, incluso antes del viaje a Nueva York, él se comportaba de aquella forma. La tarde antes de subir al tren lo siguió sin que se percatara. Blankeil entró en un telégrafo y envió un mensaje. Edda esperó que se retirara del lugar y se acercó a la empleada, le ofreció un dinero que la joven aceptó sin dudar y se aseguró una copia del mensaje. La noche que llegaron a Maine lo traía con ella. Era la carnada que tenía para capturar de forma definitiva la atención y confianza de Terrence.

Carl Blankeil se despidió de ambos al llegar y se tomó un taxi. Edda y Terrence esperaron a que Carl se alejara para tomar un taxi. Terrence le pidió al taxista que los llevara a un hotel cercano. Edda lo miró sorprendida. Él se acercó y en secreto le dijo que era el único lugar donde nadie los molestaría y ella podría enseñarle el mensaje. Ambos sabían que aquel mensaje era tan solo una excusa para estar juntos.

Llegaron a un hotel del pueblo en donde ambos eran conocidos. Preferían que sospecharan al verlos juntos y no que ella era parte de su equipo de investigación. La habitación era amplia, en el centro había una cama de matrimonio con dos mesas de luz y ningún otro mobiliario. Edda abrió su cartera y le entregó la nota. Carl Blankeil los había seguido y confirmó su sospecha de que eran amantes. Por su parte, Terrence y Edda confirmaron que

el plan para disuadir al espía les había dado resultado.

Terrence tomó la nota con cautela, sin dejar de mirarla. Ella sonrió y este simple gesto lo alentó a dar el siguiente paso. Deslizó su mano por la mejilla y ella la besó. Terrence se sintió superado por la intensidad del beso, sentía el calor que irradiaba su cuerpo. Era consciente del efecto que esta mujer causaba en él y deseaba que a ella le sucediera lo mismo. Poco a poco se dejaron cautivar y se perdieron entre caricias y besos apasionados, aceptando ambos la complicidad de lo que hacían y el riesgo que tomaban. Minutos más tarde, ella le aclaró que no era el tipo de mujer que engaña a su esposo, y le contó sobre la primera vez que lo vio. Le dijo que el sentimiento que experimentó había sido una mezcla de fascinación con miedo. Él se sorprendió, desconocía causar ese tipo de reacción en los demás.

—Miedo a tirar todo por la borda —le aclaró Edda, besando su cuello—. Cuando fui a cenar a tu casa aquella noche supe que si lo que me estaba sucediendo también te sucedía a ti, seguiría adelante.

Terrence se sentó en la cama, ambos estaban tapados, era una noche gélida. La miró serio y le dijo: — ¿O sea que todo lo que has hecho hasta ahora no es más que un juego para intentar conquistarme?

— ¿De veras me crees tan tonta? Mira nada más la nota que te di cuando llegamos.

Terrence buscó el mensaje que debía de haber leído al entrar a la habitación. Se rio al encontrarlo, había olvidado el motivo por el que estaban en el hotel.

—No pienses que no me hubiera acercado a ti si no fuera por ayudarte, me gustas mucho Terrence. Con o sin motivos hubiera buscado la manera de que te fijaras en mí.

—Y yo lo hubiera hecho de todos modos... tu cara, tu mirada, tus ojos, mírame, mírame Edda.

Ella así lo hizo, con sucesivas caídas de ojos, entre divertidas y seductoras. Se besaron otra vez y cuando parecía que Terrence tomaba la nota para leerla, volvieron a hacer el amor. Luego ella le dijo, fingiendo enfado, que era hora de tomarse las cosas en serio. Terrence, actuando como ella, le dio la razón, leyó la nota y le dijo que estaban en serios problemas. Blankeil estaba pasando

a los alemanes información detallada sobre los movimientos en el astillero.

—Pero si es así, ¿por qué estás tan feliz?

—Porque aunque cueste creerlo, me alegra saber que los alemanes temen lo que pueda suceder con mi invento.

—No lo sé, Terrence, tienes que tener cuidado. Esa gente es capaz de cualquier cosa. ¿Has pensado que podrían incluso hacerle daño a tu entorno?

—Claro que sí. Nada les sucederá. Veré qué hago para protegerlos.

CAPÍTULO 33

Bar Harbor, 8 de octubre de 2012

El apartamento en donde vive Brendan ahora queda cerca de mi casa, por Main Street, sobre una antigua heladería. El viento, alentado por el mar, crea en mi cabello una red que luce como una telaraña negra y hace que me vea aún más descuidada. Es en ese momento, cuando intento arreglarme antes de tocar la puerta, que caigo en la cuenta y recapacito sobre lo que estoy a punto de hacer. Ya oscureció, Bruno está en una fiesta que realiza la empresa de intercambios cada mes y luego se quedará a dormir en la casa de la responsable de estos jóvenes en el estado de Maine. Tal vez sea porque no se me ocurre ningún otro sitio a dónde acudir y porque una vez más es con Brendan con quien encuentro protección.

Miro hacia arriba y veo que el único apartamento ocupado y con las luces encendidas es el suyo. Los otros dos tienen carteles de alquiler. Para Thomas ha de ser una gran alegría vivir sobre una de las heladerías más antiguas de la ciudad, sus helados son sin duda los más sabrosos. Era uno de nuestros sitios preferidos en el pueblo.

Sin pensarlo demasiado —como acostumbro— llamo de una buena vez a la puerta. Siento sus pasos al bajar las escaleras. Saco de mi cartera la libreta roja y leo por última vez las frases a las que debo recurrir antes de un ataque de

pánico. Intento relajarme, respiro con tranquilidad, siento que el aire entra a mis pulmones, una, dos veces, entrecierro los ojos, y veo a Thomas al abrir la puerta. Nos quedamos mirándonos, su primera expresión me tranquiliza, me sonrío y se alegra de verme. Luego me abraza por un momento, haciendo que me olvide de todos mis miedos. Me invita a pasar. Yo le pregunto por su padre, le explico que necesito hablar con él pero no sin antes comentarle lo grande que está. Levanta sus ojos como diciendo: «¡otra vez, no!». Imagino que son muchas las personas que le mencionan cada día lo alto que está. Lo entiendo, a todos nos sucedió, pero basta con que seamos adultos para hacerlo nosotros también.

Una energía especial recorre todo mi cuerpo, pero me tranquiliza saber que no es la misma que siento un par de segundos antes de un ataque. Ingreso al hall y lo único que tengo ante mí es una larga escalera estrecha y oscura. Subo cada escalón sin crearme lo que estoy haciendo, estoy muy nerviosa, pero me digo una y otra vez que hace tiempo que tendría que haber venido. Siento el calor que viene desde arriba, mi rostro seguro se reseca, tengo la nariz helada.

La primera imagen con la que me encuentro en el escenario que ocupan las personas que más amo en el mundo, es a Brendan de *boxers* y camiseta en el sofá mirando una película. Sin mirar hacia donde yo estoy, le comenta a Thomas lo rápido que llegó el pedido de la comida china.

— ¡No era la comida, papá! —lo dice radiante, me siento halagada.

Brendan me mira al tiempo que se cubre con una manta. No puedo evitar reírme al verlo sonrojado.

— ¡Philippa, qué sorpresa!

—Discúlpame que no te avisé y vine así de improvisado, pero necesito hablar contigo.

— ¿Es sobre lo que hablamos en el estacionamiento del colegio?

—Sí, sobre eso y algo más. —Muevo los ojos hacia Thomas para hacerle saber que necesito hablar con él en privado. El apartamento es bastante pequeño, los únicos lugares que le quedan para encontrar privacidad son su dormitorio y la cocina. Elijo la segunda opción, me parece que allí podré comportarme mejor, solo porque está Thomas y quiero mantener la cordura.

Me dice que me esperó en su consultorio y que temió lo peor cuando no aparecí. Me río, nunca ha sido bueno disimulando y una vez más va directo al grano. Admiro su extrema sinceridad, me simplifica muchas situaciones engorrosas que se me hacen difíciles. No sé si atosigarlo de entrada con todos mis dramas personales o ir poco a poco. Opto por no decirle que estuve dando vueltas por horas, sin saber a donde ir. Para ese entonces él se ha acercado a mí y me pregunta sin rodeos cuál es el problema que tengo.

— ¿Cómo lo sabes?

—Te conozco, Philippa, estás aterrada. Anda, dímelo.

Levanta mi mentón como si jamás nos hubiéramos separado. Lo miro y tan solo me entrego a un beso añorado, conocido y reconfortante. Siento su sabor, el olor de su piel, sus caricias en mis mejillas y sus dedos en mi nuca enredados en mi pelo. No sé cuánto tiempo nos besamos, pero sin poder evitar mi timidez, no lo miro y me acurruco entre sus brazos. Quedo pequeñita a su lado, incluso ahora que he ganado bastante peso y que por lo que siento al tocarlo, él también.

—Me has hecho tanta falta, Brendan —le digo sonriente sin que vea mi rostro, quiero que sepa que lo he extrañado más de lo que podría imaginar.

Le explico, aún hundida en su regazo, que no tenía el coraje de aparecerme. Me cuenta que se mudó hace algún tiempo, que había tenido que irse de su otra casa porque todo le recordaba a mí y creía que iba a enloquecer.

—Sí, me enteré —le digo mirándolo—. No querías recordarme y menos conviviendo con tu prometida.

Se sorprende con mi comentario.

—Rompimos hace algunos días, nunca debí permitirle entrar en mi vida. Lo hice por Thomas, ninguno de los dos podíamos vivir sin ti y busqué a alguien que nos ayudara a hacerlo.

Cierro mi puño y le doy varios golpes suaves en su pecho. En ese instante me pregunto, sin transmitírselo, por qué el orgullo nos hace tan tontos.

— ¿Me vas a contar qué es lo que te sucede?

No le contesto, me quedo mirando un punto fijo, pensando. Me gustaría no tener que estropear este reencuentro con mis problemas, pero no tengo otra opción, dejé a mi abuelo esperando en el auto con la calefacción encendida. Estaba un poco confundido cuando fui a buscarlo y lo saqué de apuro en contra de los reglamentos que rigen en el geriátrico. Puedo llevármelo a determinados horarios, no cuando yo quiera. Le expliqué a la administrativa, quien estaba furiosa, que tenía en mi casa a una prima de mi abuelo que quería verlo y nos esperaba para cenar, y de ese modo lo pude traer conmigo.

Me siento a la mesa y Brendan me mira con atención, expectante. Le cuento todo desde el comienzo: el artículo del *News Now*, cómo junto a Piper Cook hemos investigado en base al barco que encontraron sumergido y poco a poco fuimos encontrando pistas, con la ayuda de la información de Rob Gibbs, de mi abuelo y luego de Bruno. Le explico cómo fuimos atando cabos hasta llegar a creer que juntas podríamos descubrir, luego de tantos años, qué fue lo que sucedió aquel fatídico día en que dos pequeños desaparecieron y dejaron una familia, e incluso un pueblo, destrozados.

Estoy llegando al final del relato, se pone nervioso cuando le digo que Hans está tras de mí. Para ese entonces no puede quedarse quieto; se levanta, prepara la cafetera, coloca primero el café, luego le agrega una rama de canela. Cuando le digo que tengo a mi abuelo en el coche, se le cae el pote con la canela y me dice que es una locura. Hace más de media hora que estoy aquí, el tiempo se nos ha ido volando entre besos y lágrimas. Baja las escaleras ante la atenta mirada de Thomas que no entiende qué es lo que le sucede a su padre que ha salido corriendo luego del ruido que ha escuchado en la cocina. Me mira y me pregunta preocupado si se ha lastimado. Yo no le contesto, estoy asustada. Al contarle todo lo que ha ocurrido durante los últimos días he revivido tantas emociones en tan poco tiempo que me siento sobrepasada. El miedo se apodera de mí, estoy temblando. ¿Y si Hans y mi psicólogo me encuentran aquí y me internan otra vez? Es una etapa de mi pasado que siempre he querido olvidar, pero siento que estoy más cerca de repetirla que de dejarla atrás.

Pasan algunos minutos y veo que Brendan trae a mi abuelo tomado del brazo, suben despacio cada uno de los escalones. Está agitado, descansan a mitad de la escalera. Brendan levanta la vista y me guiña un ojo, se arregla los lentes cuando vuelve a bajar la mirada hacia los escalones. Thomas me pregunta con asombro quién ha llegado. Ahora sí le contesto y le digo que es mi abuelo. Se

relaja y se alegra con la noticia.

— ¡Genial! Hoy es mi día de suerte, dos de mis personas preferidas vienen a visitarme.

Su espontaneidad y dulzura me fortalecen, me brindan la seguridad que se desvanece con asiduidad en cada momento estresante, y no tanto, de mi vida.

CAPÍTULO 34

Bar Harbor, 12 de Septiembre de 1942

Hazel es una preciosa niña regordeta de dos meses. Tiene los ojos de su mamá y la sonrisa de Terrence. Desde su nacimiento han sido pocas las oportunidades que su padre la ha podido cargar en brazos. Petronila pasa sus horas al cuidado de sus pequeños, acude a clases de pintura y algunas veces va junto a Edda a clases de violín con de Jenny Weston. En esta mañana cálida y de comienzos de primavera estuvo pintando su última tela. Intentó una y otra vez recrear los rostros de sus pequeños.

A la noche esperan visitas a cenar; Petronila ha decidido por salud mental no sentirse afectada por este tipo de reuniones. Ha planeado dar un breve paseo en barco junto a Milo, sin los niños. Prefirió dejarlos al cuidado de Allie y de la nodriza Diane, quienes al verlos partir sacaron sus propias conjeturas. Allie esperaba ser testigo de algo entre ambos para poder contárselo a su jefe. Les preparó, a disgusto, un práctico almuerzo en una canasta de mimbre. Petronila le agregó un vino francés que tomó de la bodega y unos chocolates que Milo le había obsequiado hacía algunos días. Sabía que se estaba dejando llevar por la pasión que sentían el uno por el otro, pero desde hacía algún tiempo era en ese hombre en donde veía el reflejo de su felicidad. Desde que quedó embarazada de Hazel, lo que coincidió con el auge de la empresa, Terrence se olvidó de ella y de sus hijos. Petronila estaba muy enamorada de su esposo, pero la ventajera soledad, fortalecida por la falta de cariño, la llevó a desear estar en los brazos de otro hombre por quien se sentía atraída.

A Milo le sucedía algo similar con su esposa Constance, una niña mimada

convertida en una mujer frívola. Se había enamorado de Petronila, sentía por primera vez el absurdo en que nos envuelve el amor. Su esposa Constance lo ignoraba en todos los aspectos. La dulzura y el interés que Petronila le demostraba le hacía difícil disimular la atracción que sentía por ella. Su sencillez, sabiduría y belleza lo cautivaron desde que la conoció.

En un primer momento se veían cuando ambos matrimonios se reunían, ya que Milo y Terrence eran compañeros de golf. Para Petronila fue imposible encajar con Constance. Dialogar con ella le significaba un gran esfuerzo. Se preguntaba cómo era posible que aquel hombre tan sensible e inteligente hubiera podido fijarse en ella. Tiempo después, cuando la confianza creció entre ellos, lo comprendió.

Milo le contó que sus madres eran amigas y les habían marcado su destino. Ella no quería saber de nada con tener niños y Milo lo deseaba cada día.

Se vistió pensando en él, se miró una y otra vez frente al espejo de su alcoba, sus pechos ya habían vuelto al tamaño normal e incluso mantenían las formas que tiempo atrás tanto enloquecían a Terrence. Ya no se fijaba en ella, pero Milo sí lo hacía. Pasó sus manos por ellos, luego por la cintura que también había vuelto al tamaño habitual, por último se retocó el *rouge* y se perfumó con sensual delicadeza, pensando en él. Al pasar junto a Allie, con la canasta en sus manos, se sintió juzgada. Pese a la ausencia de palabras el silencio le arrebató su autoestima con mayor intensidad. De todos modos no permitió que aquel gesto cambiara la ilusión de buscar su felicidad. Milo la esperaba afuera en el hall de entrada, se quedó sin palabras al verla. Lo que más deseaba en el mundo era estar con él a solas y poder concretar cada una de las fantasías que había imaginado. Aún no estaba segura si él estaba dispuesto a traspasar la línea que quebrantaría lo apropiado.

Entre varios barcos a su disposición en el pequeño puerto privado de la mansión Dunne, optaron por un velero que Terrence había obsequiado a Petronila para su último cumpleaños, esperando que de ese modo se sintiera motivada a pilotarlo y así acompañarlo en aventuras por el mar —lo que solo fue producto de una vana ilusión—. No existía ese espacio en los valiosos minutos de la existencia de Terrence, al menos no para ella. Petronila, de todos modos, había salido a navegar algún par de veces con la ayuda de empleados del astillero que le enseñaron su funcionamiento.

Como una cruel paradoja, en su vida existía ese valioso tiempo de disfrute y no pensaba malbaratarlo. Estaba dispuesta a dejar atrás el otoño en el que se había convertido su vida, y rendirse ante la brisa del mar que acariciaba su rostro. Subió al barco con la ayuda de Milo, inhaló profundo y comenzó a ejecutar todo lo aprendido. Gracias a su valentía y perseverancia salieron al mar. Se alejaron desbordantes de anhelo por nuevas aventuras, entre risas cómplices, sabiendo que no tenían mucho tiempo para estar solos; tenía que regresar antes que llegaran los invitados y su esposo. Constance estaba con amigas de compras en Nueva York.

Pero Terrence no estaba todo el tiempo creando barcos; aquel día ni siquiera había pisado las oficinas. Salió de su casa a la misma hora de siempre, luego pasó a buscar a Edda y tomaron la ruta principal. Fueron a Portland, bajaron en un orfanato, permanecieron un largo rato allí y luego volvieron de regreso a Bar Harbor.

Carl no entendía en qué andaban Terrence y Edda. Los seguía vigilando pero esta vez estaba confundido. El joven espía no estaba al tanto de que el orfanato era el único hogar que esta mujer había conocido. Lo primero que pensó fue que tal vez estaban por adoptar un pequeño, o que ella estuviera embarazada y lo querían dar en adopción. Más tarde se enteraría de que Jenny, amiga y profesora de violín de Edda, le había puesto como única condición para no delatar su amorío con Terrence ante Petronila y Rob, que le consiguiera un bebé recién nacido. Sabía de los contactos de Edda en el orfanato La casa de los niños de Maine. Jenny había intentado quedar embarazada y no lo lograba, quería un hijo para ella, solo para ella. No tenía pareja estable y las ansias por ser madre la estaban enloqueciendo. Ray, su hermano, le decía que adoptara algún niño de los tantos que había en cualquier orfanato, pero ella quería un bebé tan regordete como Hazel, de quien se había quedado prendada hasta obsesionarse. Petronila no había notado esta situación, solo veía que Jenny estaba encantada con la niña y por supuesto no lo tomaba a mal, incluso la llevaba con ella cuando iba a clases. Jenny no solo les enseñaba violín sino que mientras Edda y Petronila practicaban, ella cuidaba de la pequeña.

En la última noche de hotel junto a Edda, Terrence le obsequió un violín. Le hizo estampar una dedicatoria antes de entregárselo y sus iniciales. Aquel delicado detalle le pareció muy romántico, pero no le permitía llevar su nuevo instrumento musical a clases ni usarlo frente a su esposo. Cuando Petronila sí les enseñó su nuevo violín, Edda se puso furiosa. Era igual al de ella y tenía la

misma dedicatoria.

Carl estaba cumpliendo cada uno de los mandatos establecidos desde Alemania. Seguía los pasos de Terrence a sol y sombra. Se había enterado de que el excéntrico pescador Grayling Baumbeach era un ex espía alemán que estaba prófugo y que se reunía en privado con Terrence. Éste lo había contactado unos meses atrás para que le brindara información que le ayudara a mejorar la calidad de su nuevo buque. Pero en tan solo un par de días Baumbeach lo puso en alerta sobre Carl Blankeil.

Se encontraron en una isla cercana a Bar Harbor en donde Grayling acostumbraba a ir a pescar junto a su inseparable gato. En el pueblo todos creían que el robusto pescador rubio con acento raro había venido de California, y que su acento se debía a que pertenecía a una colonia alemana, según se rumoreaba. Algo poco creíble, pero que no le incumbía a nadie del tranquilo pueblo. Grayling, como de costumbre, no habló demasiado en la pequeña reunión que mantuvo con Terrence; tan solo le dijo que si él estaba dispuesto a proteger su identidad, le daría a cambio una valiosa información. Terrence accedió y Grayling le confirmó que Carl era un espía de los alemanes; le sugirió que protegiera a su familia, ya que quienes corrían más peligro en ese momento eran sus hijos y su esposa. Terrence sintió pánico por primera vez y comenzó a hacerle una pregunta tras otra. Intentó calmarse pensando que como él se mostraba todo el tiempo con Edda, a quien harían daño sería a ella y no a su familia. Tampoco podía despedir a Blankeil sin más, tenía que ver cómo proceder con cautela.

Tiempo después cayó en la cuenta de que se había equivocado: sus dos pequeños habían desaparecido y él sabía el motivo y quiénes eran los responsables.

CAPÍTULO 35

Bar Harbor, 8 de octubre de 2012

Al igual que un tiempo atrás estamos todos reunidos en los mismos sillones pero en una casa diferente: Brendan, Thomas, mi abuelo y yo. Brendan ha

guardado mi coche en su garaje, no puedo esconderme por mucho tiempo más, en cualquier momento Hans vendrá a buscarme. Pero Brendan ya me ha dicho que no permitirá que se salgan con la suya. Piensa que todo esto es un disparate y que no hay motivos para internarme porque a ellos así se les ocurra. Yo no he hecho nada para que se ejecute la orden de mi psicólogo, pero lo que sí pueden hacer es separarme de mi cargo. De todos modos sería una injusticia también.

Hace un momento encendí mi celular ya que Bruno está por el momento bajo mi cuidado y no puedo olvidarme de él. Tengo diez llamadas de Hans, dos de mi psicólogo, tres del colegio de Bruno, dos de la agencia de intercambios y también tres de Piper.

Me aparto por un momento; Brendan me ofrece su dormitorio para hablar con mayor tranquilidad, y así lo hago.

La primer llamada que hago es al colegio, me dicen que han venido a buscar a Bruno de la empresa de intercambio, al parecer le han conseguido otra familia de hospedaje. Me alegra la noticia. Lo tuvieron que sacar del colegio y llevarlo ellos mismos a Boston. Apenas corto llamo a la agencia de intercambios y me atiende quien está a cargo del caso de Bruno. La amable joven con quien ya hemos estado hablando durante los últimos días me dice que Bruno está junto a ella. Me sorprende cuando me dice que están viajando, me pide que le envíe su ropa a la dirección que veré en mi e-mail ya que no lograron localizarme para poder ir a buscarla en persona. Me alegra saber que al menos algo bueno a sucedido hoy. La joven le cede el móvil a Bruno y no puedo evitar romper en un llanto casi inmaduro cuando me despido de este jovencito uruguayo que se ha ganado un lugar en mi corazón. Me pide que no me olvide de él y me invita a conocer su país algún día. Pienso hacerlo, entre mis planes a futuro deseo viajar, no solo a Uruguay sino a muchos lugares más, me encantaría poder hacerlo con Brendan y Thomas. Me pierdo en mis pensamientos cuando caigo en la cuenta de que otra vez me permito soñar con un futuro que antes creí imposible.

Mi celular no para de sonar, me avisa que tengo otra llamada, es Hans. Me imagino que se alegrará al ver que lo he encendido. Si atiendo su llamada, en un par de minutos estará aquí, le encanta usar el localizador de personas de la oficina.

No le contesto y marco el número de Piper, imagino lo furioso que estará en este momento, debo confesar que me divierto con solo imaginar su estado de ánimo. Percibo la ansiedad de Piper al escucharla; sin mucho preámbulo me pide que le pregunte a mi abuelo de quién podría ser el violín que vimos en la foto del barco, cree que no era de Petronila, teme que quien haya huido en el barco fuera Edda Gibbs. Me dice que se ha encontrado con una persona mayor que conocía muy bien a Petronila, un tal Ray Weston.

Recuerdo que alguien mencionó que era el pintor que daba clases a Petronila.

— ¿Pero, cómo? ¡Ese hombre hace años que no vive más aquí! Creo que ha estado viajando por el mundo durante años. Es más, lo creía muerto.

—Está muy bien, tienes razón, no vive acá. Nos comunicamos por Skype; lo ha ayudado una joven que lo asiste, me dijo que vive en un barco en Indonesia. ¡Es afortunado! Con la edad que tiene sigue manteniendo el mismo estilo de vida.

Me sorprende la capacidad de esta joven periodista; mientras intento entender cómo ha logrado encontrarlo, ella aclara mis dudas. No para de hablar, al parecer tiene mucho que contarme. Le pregunto si está cerca. Le explico que no puedo mantener mi celular encendido; no entiende el motivo, la invito a venir aquí. Se alegra al saber que mi abuelo está conmigo y que él más que nadie podrá ayudarnos. Anota la dirección en donde estoy, su hotel está cerca, viene para acá.

Respiro profundo y me desplomo por un momento en la cama de Brendan. Me abrazo a su almohada, siento su exquisito aroma y cuando más lo necesito, él golpea a la puerta. Entiendo mejor que nunca la expresión «cable a tierra»; él es el mío. Mi seguridad, la calma, es amor puro y real.

Cuando entra y me ve acostada en su cama, sonrío y se acuesta a mi lado. Se acerca a mi rostro, nos miramos como solíamos hacerlo antes, por un largo rato, en silencio. Luego me pierdo entre sus brazos, me siento protegida y amada, quisiera permanecer en aquel lugar por siempre. Me dice que no quiere que me vaya más de su lado, que me mude ya con él. Me muero de ganas de hacerlo, le respondo que me encantaría. Thomas golpea la puerta, hay alguien esperando por mí. Brendan se sobresalta y me dice que tal vez sea su abogado.

— ¿Lo has llamado para impedir mi internación?

—Sí, me ha dicho que bajo ningún motivo te pueden internar. Lo que sí pueden hacer es quitarte el arma, incluso suspenderte; pero jamás internarte tan solo porque tu psicólogo ha sido testigo de una recaída.

Una vez más me había dejado sobrepasar por la angustia y exageré las consecuencias. Tal vez la intención que tenían era internarme, así lo leí yo en la oficina, en el papel que tomé del escritorio. Pero ahora sé que no volveré a padecer la angustia de estar internada otra vez, sé que Brendan y mi abuelo jamás lo permitirían. La vez anterior fue todo muy distinto; mi abuelo temía que terminara como mi padre, quien sufrió toda la vida trastornos graves de personalidad que le impidieron llevar una vida normal. Por ese motivo fui criada por mi abuelo, a quien considero mi única familia.

— ¿Qué te sucede, mi amor? ¿No te alegras con lo que te he contado? Cálmate, todo saldrá bien.

—No es eso, añoraba sentirme protegida.

Thomas regresa y otra vez tras la puerta me dice que ha llegado una joven muy bonita que pregunta por mí. Nos levantamos de la cama, abro la puerta y le explico a ambos que es Piper. Mirando a Brendan, le digo: —Es la periodista que conociste aquel día en el café, cuando me desvanecí.

—Cómo no recordarlo... —su mirada pensativa se desvía de la mía, no fue un lindo momento.

—Juntas investigamos el caso que te comenté.

Brendan me acompaña a la puerta. Quiere asegurarse de que no sea Hans quien ha venido, me ha dicho que de ninguna manera podrán internarme. Está dispuesto a impedir que me lleven, ya me lo ha dicho en el cuarto hace un momento.

Yo solía ser una mujer segura de mí misma, pero la vida me ha demostrado que todos necesitamos de los demás. Tal vez nos pueda parecer que no es así, y eso puede ser bueno, nos da confianza y nos permite crecer. Sin embargo, y sin importar la edad que tengamos, el miedo siempre estará presente, y esa fortaleza que creíamos tener se puede desvanecer como lo hace en invierno la niebla matinal.

Piper viste alegre como de costumbre. Al verla parece que sobresale frente a los demás, es una persona con luz propia, encantadora. La acompaña un joven muy apuesto, su novio irlandés. Brendan invita a su abogado y a Oliver a la cocina por unas cervezas y ambos aceptan encantados. Nosotras nos quedamos en el living con mi abuelo y Thomas, quien en tan solo cinco minutos y al ver que no le interesaban en absoluto los temas que tratábamos, se marchó a su habitación.

Le explico a mi abuelo quién es ella. Le digo que me está ayudando a investigar lo que le sucedió a los niños Dunne, al igual que a Terrence y Petronila.

Con la dulzura que lo caracteriza, le sonrío y la invito a tomar asiento a su lado.

Le comento la sospecha de Piper de que el violín encontrado en el barco fuera de Edda Gibbs. Sin rodeos le pregunto si creía posible que Edda hubiera estado en el barco el día del naufragio. Su respuesta nos deja mudas a las dos, sin titubear nos dice algo que no esperábamos. Nunca antes lo había mencionado, he leído varias veces el expediente de Rob Gibbs y no decía nada tampoco al respecto.

—Sí, el violín era de ella. Se lo había regalado Terrence. Era igual al que le regaló a su mujer y tenía la misma dedicatoria.

— ¿Entonces ella podría haber estado en el barco que encontraron?

—En ese barco iba Petronila, de eso estoy seguro. ¡Pero si es así, por qué no me lo dijo antes! —No digo nada, solo lo escucho—. En 1947 hubo un gran incendio en Bar Harbor.

Sus frases no tenían concordancia una con la otra. Mirando a Piper de reojo me pregunté si mi abuelo había tomado la decisión de hablar luego de tantos años.

—Sí, claro, hemos escuchado muchas veces sobre aquella catástrofe —le dijo Piper, alzando su voz para que mi abuelo la oyera como yo se lo había pedido al llegar.

—Primero tienen que saber que Petronila, luego de la pérdida de sus hijitos

tuvo dos pequeños más.

— ¿Más niños desaparecidos? —le pregunto, en un tono de voz perturbador para cualquier anciano, olvidando que tenía que mantener la calma.

—Bueno, no exactamente desaparecidos, la más pequeña fue secuestrada. Si no lo viste en el expediente es porque Edda Gibbs se encargó de que toda esa parte de la historia se evaporara. —Tomó un poco de agua para calmarse.

Yo solo atiné a decirle que no tenía ni idea de esos otros hijos del matrimonio Dunne. Me sentía molesta con la justicia y con Rob Gibbs.

»Cuando los niños desaparecieron Petronila estaba embarazada, pero aún no lo sabía. En aquella ocasión el bebé que esperaba no era de Terrence Dunne sino mío.

Sus ojos desbordaban de lágrimas. Me había tomado las manos y las acariciaba mientras me confesaba que había tenido un hijo con la mujer que tanto amó. Lo abracé, permanecimos así un momento, yo sin caer aún en la cuenta de que ese hijo del que hablaba era mi padre. Piper estaba atenta escuchando y tomaba notas cada tanto.

»El niño fue un varoncito, se llamó Garrick.

— ¡Mi padre! —le digo, cuando reaccioné segundos más tarde.

—Así es, nunca pude contarte este secreto. Hoy me doy cuenta de que ha llegado la hora que sepas toda la verdad.

—Pero abuelo, ¿por qué nunca me dijiste nada?

—Nadie lo sabía. Petronila me pidió que jamás lo contara. Su esposo no podría enterarse de que esperaba un hijo de otro hombre. Y yo, además de querer respetar la promesa que le hice, también quise cuidar su imagen. Para ella era una vergüenza haber engendrado un hijo ilegítimo.

— ¿Así que a papá lo crió Petronila, no la abuela Constance?

—Luego de la desaparición de sus hijos Petronila quedó, como imaginarán, devastada; no hallaba la manera de seguir con su vida. Nosotros comenzamos

nuestra relación amorosa antes de la tragedia. Yo estaba muy enamorado de ella y ella encontraba en mí a un amigo que le regalaba pequeños momentos de felicidad. Su esposo estaba siempre viajando o trabajando, los ratos que pasaban juntos era cuando mi Petronila estaba con su verdadero amor. Siempre supe que no me quería como a él, pero de todos modos me contentaba con hacerla sentir acompañada y protegida. No podía decirle a su esposo que esperaba un hijo de otro hombre. Siempre valoré su sinceridad conmigo. Durante algunos años viví con el dolor de no poder criar a mi único hijo; Constance nunca se enteró. Petronila y yo dejamos de vernos, temía que su esposo la descubriera.

»Recuerdo que una vez, en una cena entre amigos, se acercó y muy angustiada me dijo que tenía mucho miedo, que recibía amenazas continuamente. Terrence no era un hombre querido. Al poco tiempo desaparecieron los niños, ella estaba destruida, para ese entonces llevaba mi hijo en su vientre. No nos pudimos ver más, ella así lo quiso. Cuando nació Garrick yo me escondía para verla.

—Abuelo ¿ya desde niño fue difícil, mi padre?

— ¡Oh, claro! Pobre Petronila, Garrick no la dejaba tranquila ni un momento. Era un diablillo, algo normal en cualquier pequeño pero con él todo se potenciaba. Si subía a un árbol, optaba por tirarse del punto más alto; si jugaba con un perro no paraba hasta que lo mordía o él lo lastimaba. Todo el tiempo haciendo travesuras. Más adelante Petronila se enteraría de que Garrick padecía una enfermedad mental. Una nueva tragedia en su vida. Luego tuvo otra niña, Rosamund, que nació al año siguiente. Era una pequeñita hermosa.

»La fatalidad hizo que le arrebataran dos hijos y que creyera su vida terminada, pero la naturaleza la sorprendió con dos niños que necesitaban de su cariño. Nunca volvió a ser la misma mujer, pero sobrevivía para ellos. Eso fue lo que me dijo una de las últimas veces que nos vimos.

Nos quedamos todos callados, solo se escuchaba el murmullo de las voces divertidas de Oliver, Brendan y de su abogado, procedentes de la cocina. No podía dejar de pensar que Petronila era mi abuela. Pobrecita, todo lo que había sufrido...

—En ese barco iba Petronila. Sucedió algo la noche fatal del incendio que la

hizo entender un montón de cosas. El violín que encontraron en el barco, el que me preguntaron hace un momento, no era de ella sino de Edda. La dedicatoria tan conocida por Petronila, «Con amor, T.D», que estaba en cada uno de los obsequios que había recibido de su esposo, esta vez no iba dirigida a ella sino a Edda.

La puerta de la cocina se abrió de repente, Brendan me dijo que había llegado Hans, lo vio por la ventana. Ante la sorpresa evidente que la noticia me causó no solo a mí sino al resto de los presentes, me pidió que mantuviese la calma. Me dijo que Tolley, mi psicólogo, también estaba con algunos policías. Me levanté, mi corazón latía rápido, sentía que me faltaba el aire, eran muchas emociones juntas y una vez más me sentía pequeña, muy pequeña... sentía el peligro cerca y que me estaban por hacer daño, luego vi algo, nadie más lo vio; fue lo último que recuerdo. El pánico que sentí me nubló por completo y una vez más mi mejor defensa fue abandonarme, sentí la falta de aire, me sentí morir. Sin más me desvanecí.

CAPÍTULO 36

Bar Harbor, 23 de septiembre de 1942

Carl Blankeil había cometido varios errores desde su llegada a Maine y Terrence se encargó de descubrirlo por intermedio de contactos que tenía en Alemania. Si bien le habían recomendado tener mucho cuidado con él, no podía alejarlo sin más de su astillero y demostrarle que lo había desenmascarado.

Actuando de un modo irresponsable, le pidió a Duncan, su chofer, que cuidara de su familia y se fue a negociar con los ingleses algunas decisiones que habían tomado sobre los últimos detalles del navío, con las que él no estaba de acuerdo.

Se encontraba en Inglaterra desde hacía más de un mes. Petronila le pidió que regresara, tenía miedo. Sospechaba que la seguían y había recibido algunas amenazas.

*

Edda camina rápido en la atarazana entre los barcos. Ya confirmó que Blankeil no formaba parte de los opositores al sistema nazi, como dijo en un primer momento, sino que era parte de él. Tenía en sus manos la prueba de que era él quien amenazaba a Petronila. Estaba desesperada. Si al regresar, Terrence lo confirmaba, se llevaría a su familia muy lejos, como le dijo alguna vez. Ella no podía perderlo.

Esa mañana buscó alguna evidencia en la oficina del ingeniero, mientras éste mantenía una reunión con el resto del equipo de trabajo. Su plan estaba saliendo a la perfección; se había propuesto encontrar algo que pudiera inculparlo y haría lo único que estaba a su alcance para retener a Terrence a su lado y alejarlo de su mujer. Jenny podría ayudarla, se lo confirmó algunos días antes cuando le propuso el plan que tenía entre manos.

Se escabulló sigilosa entre los barcos y se marchó de la empresa, había llegado la hora de actuar, Terrence estaba por llegar. Carl no la seguiría. Manejando el coche que su amante le había prestado, fue a la biblioteca donde trabajaba Jenny. En el camino pensó los últimos detalles de su plan.

Petronila había llegado hacía una media hora a su clase de pintura. Le había pedido a Duncan que no la esperara aquella mañana, le dijo que necesitaba tiempo a solas. Él insistió que debía cumplir las órdenes de su jefe y debía acompañarla para que nada le sucediera, pero al fin terminó cediendo.

Aprovechando su día libre, no regresó a la mansión de los Dunne.

Ray le preguntó si no le molestaba que Duncan la siguiera a sol y sombra, y ella le explicó que no tenía otra alternativa.

—Terrence cree que es lo mejor para mi seguridad—le comentó, concentrada en su trabajo.

No le dijo que esperaba que no notara las horas que compartía con su amigo Milo y lo contara. Con el tiempo volvería una y otra vez a lamentar que Duncan no hubiera estado en la casa esa mañana; tal vez todo hubiera resultado de otra manera.

Cuando algunos días atrás Edda le planteó a Jenny lo que tenía en mente, la joven se sorprendió y le dijo que era muy arriesgado. Edda le había explicado que en el orfanato no había bebés para adoptar, como ella quería, sino solo niños ya mayores. La convenció de que estos ya tenían sus costumbres y que no lograría generar el nexo con el «hijo», que ella tanto deseaba. Por último le dijo que una niña como Hazel era imposible de conseguir. Jenny no lo pensó demasiado, le mencionó que solo lo haría por la niña, pero que a Frederick no se lo quedaría.

Decidieron entonces raptar a Hazel; Jenny la escondería un tiempo en el sótano secreto de la biblioteca donde trabajaba y en cuanto pudieran se escaparían hacia Canadá. Una bebida sería fácil de esconder, Frederick ya no.

En los planes de Edda estaba que desaparecieran los dos niños, no solamente Hazel. Sabía que Petronila intentaría buscar a sus hijos y que no aceptaría irse a ninguna parte hasta encontrarlos, por más que Terrence le dijera que estaban en peligro. De esta forma, ella no lo perdería. Igualmente le dijo a Jenny que aceptaba sus condiciones, pero la convenció de que en un principio se llevara a los dos hermanos y que ella luego se encargaría de Frederik.

Acordaron hacerlo en cuanto tuvieran a alguien a quien la policía pudiera inculpar, y ese día había llegado. Edda le conseguiría una casita en Canadá, donde pudieran instalarse. Nadie se enteraría jamás de que Jenny tenía a los niños. Jenny aceptó y el macabro plan tomó forma aquel día. Edda conocía muy bien la casa de los Dunne, y Jenny le había proporcionado un dato fundamental: cuáles eran los días que Petronila iba a casa de su hermano Ray.

Diane había llegado a amamantar a Hazel; hacía dos horas que la madre de la pequeña se había ido. Se sentó en la mecedora de la habitación de la niña y luego de hacerle unos mimos se puso a alimentarla como de costumbre. La pequeña no tenía problema en tomar del pecho de Diane, a diferencia de Frederick que jamás quiso mamar de otra persona que no fuera su madre. Unos minutos más tarde apareció en la habitación la niñera; le dijo que debía ir a hacer algunas compras y que no tardaría. Diane no tuvo inconveniente — menos aún al saber que Frederick dormía— a pesar de que su tarea era solo alimentar a Hazel e irse, y volver tres horas más tarde en caso de que Petronila aún no hubiera regresado. Luego de alimentar a la pequeña, la acostó en su camita para que siguiera durmiendo. No pensó que sería necesario ir a ver a Frederick a su habitación.

Diane se preguntó durante mucho tiempo después si el niño habría estado en su habitación o si Allie, a quien creyó siempre culpable, ya se lo habría llevado.

Bajó a la cocina y se preparó leche con avena, tenía dos niños más que amamantar aquel día y necesitaba estar fuerte.

Jenny y Edda estaban a la espera del ritual matinal de Allie y vieron cuando salió de la casa sola. Los días que Petronila estaba en su hogar, los niños quedaban con ella, y si iba a clases de pintura algunas veces Frederick la acompañaba. Jenny se fijó que Diane estaba en la cocina y Edda fue en busca de los niños entrando por la puerta principal; había obtenido una copia de la llave de Terrence. Tenían poco tiempo y actuaron con rapidez. Con un pañuelo mojado en una preparación de cloroformo que tenía pronta, durmió a los niños. De ese modo se aseguró que no lloraran. En tan solo diez minutos salían por la puerta principal sin ningún tipo de remordimientos. Al subir al auto Jenny todavía bromeó sobre el apetito que tenía la pobre nodriza, quien luego de aquel día intentó durante mucho tiempo limpiar su nombre ante la mirada acusadora del pueblo que la juzgaba. Para peor, en un intento desesperado por defenderse, mintió diciendo que quien había salido a hacer las compras había sido ella, luego de amamantar a la pequeña.

Tiempo después, cuando Allie desapareció, le atribuyeron —aunque no con total seguridad— la culpabilidad del terrible suceso, y Diane pudo tener un poco de tranquilidad en su vida.

CAPÍTULO 37

Bar Harbor, 8 de octubre de 2012

Abro los ojos, no recuerdo nada. Estoy acostada en la habitación de Brendan, él está a mi lado. Me toma de la mano y me pregunta cómo me siento. Le digo que bien, pero en verdad estoy aturdida. Me da de beber un poco de Ginger Ale. Escucho voces que vienen desde la sala, me aconseja que mantenga la calma, que todo estará bien. Cierro los ojos y comienzo a recordarlo.

— ¿Me desvanecí cuando llegaron ellos? —pregunto desconcertada. ¡Ahora lo recuerdo! Sí, claro, golpeaban a la puerta y me desplomé. ¡Maldición!

—No te sucederá nada. Hans solo quiere hablar contigo, ¿quieres que lo deje pasar o le digo que se vaya?

—Hazlo pasar.

Hans tiene cara de susto, se siente incómodo, no suelo verme débil delante de él, no sabe si quedarse parado o sentarse, se pasea delante de la cama mientras habla.

—Brendan me ha dicho que has visto el informe del doctor Mark Tolley. — Asiento y bajo la mirada, brotan lágrimas de mis ojos. Sé lo que está por decirme y me derrumbo, una vez más me sacará de mi cargo y luego de lo que han visto me internarán para que me recupere—. Sabes que debo quitarte el arma y que no puedes seguir trabajando hasta que te recuperes. No tengo opción.

Me asombra su actitud, lo siento compungido. Tomo el arma que está sobre la mesa de luz de Brendan, quien supongo la ha dejado allí cuando me desvanecí. Estiro el brazo, se la entrego junto a mi placa. Su prominente panza hace que el chaleco le quede apretado y le impide guardarla con facilidad, con disimulo desprende su chaleco. Me he quedado sin habla; Brendan está parado en una esquina de la habitación, mi ángel guardián está cerca para cuidar de mí. Debe haber notado mi tristeza, se acerca y se sienta a mi lado. Me toma la mano, luego sonrío brindándome seguridad. Supero algunos segundos de angustia y Hans vuelve a hablar.

—He interrogado a Rob Gibbs... No permití que entraras a la sala porque delante de ti tal vez no hablase tanto. Philippa, has hecho un gran trabajo, nos abriste la puerta para descubrir un misterio que creíamos imposible de aclarar en este pueblo.

Mi cuerpo suele responder a las decisiones que enfrento, con temor, pero esta vez lo hizo con un corazón palpitante de emoción. Lo miro a Brendan y apoyo mi cabeza sobre su hombro, él acaricia mi espalda.

— ¿Qué te ha dicho?

—Siempre supo más de lo que dijo.

De la sala se escuchan gritos, los tres vamos hacia allí lo más rápido que podemos. Mi abuelo está furioso, los policías lo sostienen inmovilizándolo, intentaba pegarle a Rob. Hans lo había traído, luego de interrogarlo, para que él mismo hablara con Piper. El doctor Tolley trata de calmarlos. Ha venido por mí y termina hablándoles a dos ancianos que están fuera de sí. Thomas está en una esquina con los ojos grandes como platos.

Me acerco a mi abuelo, me mira con los ojos rojos de rabia y dolor.

— ¡Puedes creer que todos estos años supo que Edda estaba con Terrence! — deja de hablarme y entre gritos y lágrimas se dirige a Rob— ¡Incluso sabrás en dónde se esconden!

— ¿Eso es cierto? —le pregunto a Rob; a su lado Hans asiente. De esto era de lo que me quería hablar mi jefe hace un momento. ¡Oh, por Dios!

—Si yo hablaba, mi ex esposa me quitaba a mi hija. Edda quedó embarazada, sabía que ese hijo era mío. Segura de que sus palabras me destruirían me dijo que había intentado quedar embarazada de Terrence y no lo había logrado. Tuvimos a Julia. Cuando se marchó me la dejó a cambio de que nunca dijera que se habían marchado juntos. Más tarde me enteré de que adoptaron a Rosamund.

—Rosamund, entonces, no está con Petronila... ¿Por qué no dijiste dónde estaban cuando falleció tu hija Julia? Ya no tenías nada que perder...

—Fui a buscarla al orfanato, Milo. Pensé que Anne, su amiga, sabría dónde encontrarla. Anne y Edda se habían criado juntas, como hermanas, en el orfanato de Portland. Eso nadie lo sabía, Edda me tenía prohibido hablar sobre su pasado. Pero Terrence sí lo sabía, me enteré más tarde.

— ¿Qué orfanato? —preguntó Piper.

—El orfanato La casa de los niños de Maine —le dijo Rob—, el lugar en donde Edda creció. Allí Anne me dijo que la última vez que supo de ella fue cuando apareció con Terrence a buscar a una niña que le habían dejado para que la cuidara, prohibiéndole que la diera en adopción. Le ordené que me mostrara los papeles de la niña, y así lo hizo. Era Rosamund.

—Rosamund, la hija de Petronila... pero entonces Petronila nunca la fue a buscar...

— ¿De qué hablas, abuelo?

Yo no dejaba de sorprenderme; de forma repentina las personas que nos podían informar de lo que había sucedido años atrás comenzaban a hablar y ellos mismos ataban cabos. Solo pensé que si este par de amigos hubieran hablado antes, tal vez todo podría haber sido diferente.

—Luego de la desaparición de sus dos hijos, Petronila tuvo dos hijos más, como ya les conté. Garrick, mi hijo, tuvo problemas de salud y necesitó de mi sangre, fue allí cuando Terrence se enteró de que no era hijo suyo. Petronila ya había dado a luz a Rosamund.

»Las cosas se habían complicado para Terrence. A Carl Blankeil lo habían investigado como posible culpable de la desaparición de los niños pero aunque se aseguraron de que no tenía nada que ver, Terrence hizo que lo deportaran a Inglaterra acusado de ser un ex espía nazi. Antes de marcharse le prometió a Terrence que lo mataría y lo había intentado, pero tan solo logró herirlo en el brazo. Para ese entonces Edda ya había creado su próximo plan: huirían con Terrence, con la condición de que Rosamund fuera con ellos. La noche del feroz incendio en Bar Harbor, Petronila se enteró de que Edda había secuestrado a sus hijos.

Mi abuelo miró a Rob y señalándolo con el dedo de modo acusador, le dijo: — ¡Fue tu ex mujer quien se lo confesó!

Thomas, que al escuchar los gritos había regresado a la sala, me preguntó en secreto: — ¿Habla del incendio de octubre de 1947? —Asiento con la cabeza, no puedo dejar de mirar a mi abuelo. Me dan ganas de decirle: ¡Por favor, cállate! pero no puedo—. Lo hemos estudiado en el cole, se quemaron más de 17.000 hectáreas.

Aquel terrible incendio formó parte de la historia de la mayoría de las personas que nos encontrábamos en la sala, a excepción de Piper y de Oliver. Los policías, el psicólogo, Brendan, el abogado, Thomas, el ex comisario y el actual, todos escuchábamos atentos cada palabra que decían los dos ancianos.

—Sí, Thomas, déjame escuchar por favor —le dije, acercándome esta vez yo a

su oído.

Atenta y sorprendida anotaba en mi libreta roja toda la información que nos estaban dando. Piper hacía lo mismo.

—Ya lo sé, Milo, pero ¿qué querías que hiciera? No podía perder a mi hija. — Rob, como nunca antes lo había visto, se quebró y comenzó a llorar.

— ¿Abuelo, tú sabes en dónde está Petronila?

—Así es... bueno, no exactamente, pero si se los digo estoy rompiendo la promesa que le hice antes de partir.

No dejo que su último comentario impida que siga hablando y le hago la siguiente pregunta.

— ¿Así que encontró a sus hijos?

Mi abuelo baja su mirada, luego la levanta y me mira.

—Supongo que debió encontrar a Frederick y a Hazel, nunca más nos vimos. Siempre he pensado que vive y que temió regresar. No pude encontrarla en todos estos años. Por lo que dice Rob, a Rosamund se la llevaron Terrence y Edda.

—Milo, no te enojas conmigo, sé tanto como tú. Tampoco los pude encontrar, incluso los busqué también en Canadá —Rob estaba destrozado...

Más tarde, cuando meditaba sobre todo lo que había escuchado, me preguntaba cuál había sido el detonante para que secretos tan bien guardados decidieran ver la luz en busca de la verdad, intentando dejar atrás al menos un poco del dolor que ocasionó su silencio.

CAPÍTULO 38

Bar Harbor, jueves 23 de octubre de 1947

La guerra había terminado. Terrence pasaba más tiempo en casa y atravesaba la etapa más difícil de su vida; no podía superar la pérdida de Hazel y Frederick. No lo demostraba, pero estaba devastado; su trabajo era su refugio. Edda se daba cuenta de que lo estaba perdiendo. Bar Harbor sufría las consecuencias de la posguerra y de la gran depresión del país. Eso, sumado al frío otoño que atravesaba aquel año Maine, con bajas temperaturas y días en los que no se podía siquiera salir de casa, hacía que Edda se desesperara cada vez más. En 1945, dos años antes, había tenido una hija con Rob, quedó embarazada en uno de los viajes al exterior de Terrence. Su embarazo había hecho que su mayor temor sucediera: Terrence se alejó durante aquellos largos meses de ella. Aquella niña, para Edda, era la culpable de que pudiera perderlo de forma definitiva y al nacer fue aún peor. Julia necesitaba muchos cuidados, tenía problemas cardíacos y era Rob quien se hacía cargo de ella. Edda tenía puesta su energía en recuperar a Terrence. Durante el último invierno, desde enero a abril, fueron pocas las veces que pudo verlo. Sabía que él tenía una angustia profunda que lo había llevado a la depresión y, aunque pensó que nunca le sucedería, se sentía culpable. Fue ella quien le pidió a Jenny que se marchara con Hazel y Frederick. La joven los había escondido en la biblioteca durante algunos días hasta que cesó la búsqueda y luego los sacó del país. Para que no desconfiaran de su sorpresiva partida habló con su hermano y le dijo que se marchaba con una amiga que había conocido en Europa. Ray nunca más volvió a saber de su hermana, ni sospechó que podría tener algo que ver en el secuestro de los niños.

Jenny se marchó con los dos niños a Canadá. Gracias a sus contactos, Edda logró cambiarles la identidad y nadie sospechó jamás que Jenny no fuera su verdadera madre. A Frederick lo llamaron Brian y a Hazel le pusieron el nombre que sugirió Jenny, con el que siempre soñó para su hija: Martha. Pasaron a ser la familia Cravit. Vivieron un tiempo en Fermeuse y luego en Ontario, pues Edda así se lo pidió. De ese modo sería más difícil que los encontrarán. Frederick, desde aquel día Brian, lloró pidiendo por su madre durante un largo tiempo hasta que finalmente la olvidó. Hazel, desde entonces Martha, era demasiado pequeña para recordar siquiera la mirada amorosa de su madre y su singular aroma.

Allie, la antigua niñera, continuó chantajeando a Edda incluso luego de que Jenny se marchara con los niños; sabía la verdad y sacaba rédito de ello. A Edda no le quedó más que terminar con quien se había convertido en la peor amenaza tanto para ella como para su cómplice, Jenny Weston. Sin contar con

demasiadas opciones con respecto a qué hacer con el cadáver, decidió enterrarla de noche cuando nadie pudiera verla. Sin imaginarlo todo estaba a su favor; con su desaparición, la víctima pasó a ser la principal sospechosa en el caso de los niños Dunne. Sin que nadie supiera que estaba muerta, se dio por cerrada la investigación.

Carl Blankeil también fue víctima del plan de Edda, quien convenció a Terrence de que el ingeniero mecánico en el que tanto confiaba estaba involucrado en la desaparición de sus hijos. Le mostró algunas anotaciones que había encontrado en la oficina del mecánico. El detective Baumbeach también le había advertido sobre Blankeil y su vinculación con los nazis, por lo que Terrence se comunicó con sus contactos en el Gobierno, para expulsarlo del país. Al sentirse amenazado y bajo las órdenes alemanas, el ingeniero intentó matar a Terrence. No lo logró, tan solo lo hirió.

Blankeil jamás pensó que Edda Gibbs le significaría un riesgo, su descuido hizo que pasara un tiempo tras las rejas luego del enfrentamiento con Dunne. Más tarde lo deportaron a Inglaterra donde aún hoy pasa sus últimos días.

Terrence prometió vengarse sin saber que con Edda Gibbs a su lado sería imposible. El detective le aconsejó que se alejara de aquel pueblo, eran demasiadas las personas que querían vengarse de él. Jamás se enteraría de que su amante había sido la principal culpable del secuestro de sus hijos.

Los años pasaron, los días intensos que vivía Terrence se terminaron. Del hombre del que Petronila se había enamorado no quedaban ni rastros; se había convertido en un ser callado y sin ambiciones, pero ella igual lo seguía amando. Sabía que lograría rescatarlo del oscuro pozo en el que se encontraba.

Para Terrence, la convivencia con Petronila iba de mal en peor; desde que se había enterado de que Garrick no era su hijo, casi no le dirigía la palabra. La trataba mal durante todo el tiempo que estaban juntos, cuando él lo deseaba — muy pocas veces— mantenía relaciones sexuales a su antojo. De esos violentos encuentros nació Rosamund.

Ese año el clima también había cambiado. El invierno se había presentado con temperaturas más bajas de lo normal. Cuando al fin parecía que llegaban los días agradables de la primavera, había llovido sin parar. Sin embargo, en el verano y parte del otoño, las lluvias habían sido muy escasas, lo que alarmaba

a las autoridades por la gran sequía que se estaba instalando.

Terrence se embarcaba algunas veces con Edda y otras, de mala gana, con su mujer, quien finalmente había aprendido a pilotar el barco que algún tiempo atrás él le había regalado. También había obsequiado un pequeño velero al matrimonio Gibbs, en el que Rob guardó una carta por si algún día le sucedía algo. En ella escribió lo que sabía desde un principio: que su esposa había matado a la niñera de los Dunne. La escribió simulando ser el asesino para proteger la reputación de Edda, a pesar de todo. Cuando muchos años más tarde el inspector Hans lo entrevistó, por orgullo no quiso confesar la verdad e increpó a Milo y Petronila como lo autores de la carta y, lo que es peor, del crimen de Allie Watters.

Como otras veces, Terrence había invitado a Edda a dar un paseo en barco y ella estaba feliz; Rob tenía que trabajar y le había dicho que durante algunos días no estaría en casa.

La medida drástica que Edda había tomado para terminar con el matrimonio y la familia de su amante no había funcionado, pero ella no se daba por vencida. Ahora se le abría una nueva puerta, otra vez entreveía una nueva posibilidad.

La tarde anterior su esposo había llegado muy preocupado comentando que los bomberos les habían notificado de una alerta preocupante. Una señora de apellido Gilbert, quien vivía cerca del vertedero de Dolliver en Crooked Road al oeste de Hulls Cove, había llamado para informar sobre el humo que se levantaba de una plantación de arándanos entre su casa y el vertedero. No se sabía la causa del fuego, podrían haber sido los recolectores de arándanos que fumaban y tiraban las cerillas sobre el césped seco, o cualquier trozo de material inflamable. Según Rob, si todo salía bien y el viento no cambiaba, tal vez no fuera tan peligroso.

Pero aquella ilusión que tenían se desvaneció días más tarde cuando la naturaleza demostró su poder y el viento cambió su rumbo. Personal del Cuerpo Aéreo del Ejército, Marina, Guardacostas, incluso quienes integraban el Programa de Silvicultura de la Universidad de Maine y del Seminario Teológico de Bangor se unieron a los equipos de bomberos locales. Los empleados del Servicio de Parques Nacionales volaron desde los parques de todo el este y expertos adicionales en el oeste fueron puestos en espera. El

fuego cruzó la Ruta 233 y continuó a lo largo de la orilla occidental del Lago Eagle. En la mañana del 23 de octubre la dirección del aire cambió y empujó las llamaradas hacia Hulls Cove. Los bomberos cambiaron sus esfuerzos en un intento de silenciar la amenaza a esa comunidad. Pero por la tarde el viento repentinamente volvió a girar y aumentó a proporciones de vendaval mientras un frente frío y seco se movía, enviando el infierno directamente hacia Bar Harbor. El incendio arrasó por la calle Millionaires Row, en donde se ubicaban una impresionante variedad de majestuosas casas de verano en la costa de Frenchman Bay. Sesenta y siete de estas fincas estacionales fueron destruidas, a excepción de la mansión Dunne que se situaba en esa área en la calle Eden Street. El incendio bordeó la zona comercial del pueblo y arrasó con 170 casas y cinco hoteles. Los residentes de Bar Harbor que no participaban activamente en la lucha contra el fuego trataron de encontrar seguridad huyendo primero hacia el campo de atletismo y después hacia el muelle. En un punto todos los caminos de la ciudad fueron bloqueados por las llamas, por lo que los pescadores de Winter Harbor, Gouldsboro y Lamoine ayudaban con sus barcos creando un éxodo de al menos 400 personas. Finalmente, a las 9 de la mañana, las excavadoras abrieron un camino a través de los escombros en la Ruta 3 y una caravana de 700 coches con 2.000 personas comenzó el lento viaje a la seguridad en Ellsworth. El escenario era terrorífico, alrededor de los autos se podían ver llamaradas y humo. Llantos desgarradores de familias enteras tratando de sobrevivir. Luego de horas terribles en las que debieron despojarse de sus bienes materiales, de recuerdos insustituibles y de sus hogares, habían logrado un traslado exitoso.

Petronila no corría con la misma suerte; cuando ya no quedaba nadie en la zona de Bar Harbor ella luchaba una vez más por encontrar a sus hijos. Edda, al ver que el pueblo entero hervía, decidió que había llegado el momento de actuar: su oportunidad de terminar con la vida de Petronila había llegado.

CAPÍTULO 39

Bar Harbor, 9 de octubre de 2012

Abro mis ojos y me encuentro con su rostro. El suave resplandor matinal se filtra por la ventana y me permite contemplarlo con claridad. Con cautela me

acercó aún más para poder sentir su aroma. No quiero que se despierte pero tengo muchas ganas de besarlo, lo pienso una vez más y no puedo evitarlo. Siento la humedad de sus labios, finalmente lo despierto, entreabre sus ojos, me sonrío. Me mira un par de segundos y luego comienza una sensual catarata de caricias y besos anhelados. Hacemos el amor con ternura y nos dejamos llevar por la pasión, nuestros cuerpos se acoplan, el sabor de su piel en mis labios, mis manos hacen una expedición de caricias y suaves rasguños por su espalda. Nos trasladamos por todos los sectores de su cama, nos miramos a los ojos y en algunos momentos los cerramos permitiéndonos el disfrute del encuentro volcánico. Luego nos quedamos abrazados, relajados.

Cerca del mediodía nos levantamos, la mañana se nos ha ido. Brendan llamó al consultorio y canceló todas sus consultas, una actitud sin precedentes en su vida. Yo no tengo que ir a mi trabajo hasta nuevo aviso, pero de todos modos lo haré. Le he dicho a Brendan que hablaré con Hans para que me permita continuar con la investigación, es mi derecho, me pertenece este caso. No necesito ni la placa ni mi arma, solo su autorización para llegar al final del enigma. Llamaré a Piper para pedirle que me ayude, ella también lo necesita, se lo prometí.

Hacemos un *brunch*, estamos famélicos.

— ¡No es para menos! —me dice Brendan fingiendo cara de extenuado. Su humor me vuelve loca.

Le digo que lo que menos deseo es tener que irme pero la adrenalina que siento esta mañana es nueva para mí. A pesar de estar suspendida y de haber sufrido un desmayo el día anterior, veo el futuro de un modo diferente, sé que si lo intento todo volverá a estar bien. Me doy un baño, me visto en pocos segundos, me despido con rapidez, bajo las escaleras a toda velocidad y escucho que me grita algo desde arriba.

— ¡Estoy feliz de tenerte otra vez conmigo!

Eso hace que casi desde la puerta le grite yo también: —Jamás nos volveremos a separar, ¡te amo!

Él se acerca al final de la escalera y me dice lo único que necesitaba escuchar.
—¡Y yo a ti!

Subo las escaleras otra vez muy rápido, quedándome sin aire, y nos besamos.

Saco el auto de su garaje, mientras tanto digito los números de Piper en mi móvil, le digo que tenemos muchas cosas que hacer. Ella quiere que la pase a buscar sin demora. Lo primero que hacemos es ir a la comisaría. Me propone esperarme afuera y me parece que es una buena opción. Entro sin detenerme ante mis compañeros que me miran atónitos; por supuesto ya llegó a sus oídos que estoy suspendida, no tengo nada que hacer allí, algunos de ellos, incluso, estuvieron en casa de Brendan ayer. Golpeo la puerta de la oficina de Hans, quien luego de sorprenderse por mi presencia allí, me abre la puerta en persona, como pocas veces lo ha hecho.

— ¡Philippa!... ¿Pero tú qué haces aquí?

Paso frente a él sin tener en cuenta su comentario. Me siento en el sillón y lo invito sonriente a que él haga lo mismo. Recorre la oficina sin quitarme la vista. Se sienta y se queda en silencio esperando que hable.

—Tengo una propuesta que hacerte.

—Philippa, nada de propuestas. Sabes que me ha costado mucho hacer valer el reglamento, pero no he tenido otra opción.

—Yo solo seguiré investigando este caso, sabes que me pertenece, no te pido que me regreses ni el arma ni la placa. Lo haría por fuera, digamos que como una ciudadana chismosa y preguntona más.

—Haz lo que quieras, pero yo jamás me he enterado de nada, ¿entendido?

Me sorprende su reacción, creí que sería más difícil convencerle.

— ¡Gracias!... pero necesito también de tu ayuda. Iremos con Piper a Portland y hablaremos con la amiga íntima de Edda Gibbs; ambas suponemos que esa mujer tiene que saber más de lo que ha dicho alguna vez.

—Me parece bien, no menciones que has trabajado aquí.

—No diré nada más que lo necesario, ten calma Hans, todo saldrá bien.

—Solo quiero que tengas cuidado; si se enteran mis superiores de esta

conversación estaremos los dos fuera. —Una leve sonrisa de complicidad se dibuja en su rostro—. ¿Qué quieres que haga yo?

Ahora la que se sonríe soy yo, jamás me ha hecho una pregunta así, siempre soy yo quien las hace. Me detengo a mirarlo, no me lo creo. Hans, mi jefe gruñón y desconfiado, preguntándome qué es lo que tiene que hacer estando yo suspendida.

— ¿Qué es lo que he dicho? ¿A qué se debe tu sonrisa?

—Nada, solo estoy emocionada por lo que se viene. Tú podrías hablar con Jamie Duchman, ella llamó a los científicos que investigaban el barco hundido. De camino aquí hablé con uno de ellos, me ha suplicado que no revelemos esta información.

CAPÍTULO 40

Bar Harbor, 9 de octubre de 2012

Creo que tanto Rob como mi abuelo merecen ser parte de esta investigación. En otro momento no me hubiera atrevido a llevarlos conmigo, pero como todo ha sucedido de forma muy distinta a lo esperado, con Piper decidimos ir por ellos. Se sentirán muy bien si nos ayudan a cerrar este largo y triste capítulo de sus vidas.

En un primer momento no los quisieron dejar salir porque era un día de festejos en el hogar de ancianos, pero logré convencer a la administrativa diciéndole que los invitaba a cenar y a pasar la noche en mi casa. Un detalle que pese a su simplicidad es muy valorado en ese tipo de lugares. Son pocos los familiares que llevan a pasear a sus ancianos. Me parece bien que su hogar sea ahora un geriátrico, no está solo mientras yo trabajo y está acompañado por personas con las que se divierte. Pero jamás podría dejar de ir a visitarlo y de compartir mi vida con él. Me duele saber que los familiares y amigos del resto de los ancianos no vayan a verlos y se olviden sin más de ellos. Me pregunto si no se dan cuenta del dolor que sienten sus padres, abuelos, vecinos, al verse olvidados por todos. ¿Hasta dónde llega la crueldad de las personas? Cuando visito a mi abuelo, los observo: su debilidad, su tristeza, muchos no hablan siquiera entre ellos, están deprimidos y supongo que asustados. Me duele verlos, muchas veces me los imagino como padres, todo lo que habrán hecho por sus hijos, y ahora están allí sentados, frágiles y abandonados.

Perdida en mis pensamientos, pese al barullo de enfermeras y administrativos que organizan la reunión, vuelvo a la realidad cuando los veo acercarse, felices. Están con sus bolsos en mano, me dicen que han preparado una muda extra de ropa.

Cuando les comenté el motivo real de aquel paseo quedaron radiantes y apuraron el paso exigiéndoles a sus piernas mucho más de lo que podían dar. En menos de media hora estábamos de camino a Portland, Maine.

Piper llamó a un par de colegas de Canadá para intentar localizar a Petronila;

les prometió que serían los primeros en tener las novedades del caso.

Mientras viajábamos, Milo nos dijo que él la había buscado en el pueblo donde vivieron Ray y Jenny de pequeños, y por sus alrededores. No había tenido suerte. El anciano se había sentido toda la vida frustrado. Nunca la olvidó y en el fondo creía que Petronila había muerto. El descubrimiento del barco no hizo más que reafirmar sus sospechas.

Piper manejaba muy rápido y tanto Rob como Milo se lo hicieron saber varias veces. Cuando llegamos al orfanato La casa de los niños de Maine, bajamos del coche solo Piper y yo. Luego de atravesar una verja que cubría todo el frente del antiguo edificio, caminamos cincuenta metros hasta llegar a la puerta principal. Al abrirla, Piper sintió el peso del antiguo roble. No se escuchaban voces ni pasos de niños como habíamos imaginado. Una simpática joven nos recibió. Le preguntamos por Anne. Nos quedó mirando pensativa y nos dijo que desde que ella estaba allí no había conocido a ninguna Anne. Nos pidió que esperásemos un momento y fue en busca de alguien que tal vez nos podría ayudar. Esperamos impacientes temiendo no obtener ayuda. Minutos más tarde regresó y nos invitó a pasar a una oficina contigua a la sala en donde nos encontrábamos. La oscuridad y la arquitectura del lugar nos remontaban a otra época. Había olor a humedad. Nos recibió una anciana con notoria sorpresa. Supusimos que era la directora. Nos dijo que Anne, la amiga de Edda Gibbs, era como una hermana para ella. Nos sentimos aliviadas, si era así la encontraríamos rápido. Uno sabe en dónde vive un hermano, pensé, conteniendo un suspiro de satisfacción.

—Anne vivió aquí desde que tenía dos años, yo llegué siendo más grande cuando falleció mi madre. Ninguna de las dos fuimos adoptadas. Ella era aún joven cuando se fue a vivir a una pensión, pero de todos modos venía cada día y trabajaba aquí. Años más tarde, cuando rompió con su novio regresó, vivió un tiempo aquí, y luego se marchó. Las dos tomamos una decisión: retribuirle a este orfanato algo de lo que nos había brindado.

Habíamos acordado con Piper no preguntar por Edda; si lo hacíamos, corríamos el riesgo de que se cerraran a darnos información. Imaginábamos que habían sido muchas las personas que vinieron antes aquí en busca de Edda, para poder llegar a Terrence Dunne.

—Qué buen gesto que tuvieron —le dijo Piper con su encanto natural. La

anciana sonrió y continuó hablando, su comentario la halagaba.

—Comenzó la carrera cuando ya tenía unos veinticuatro años. Eran épocas difíciles y le costó mucho tener que dejar de cuidar a los niños para cumplir su sueño de convertirse en asistente social, como su amiga Edda.

—Así que estudió y luego volvió aquí como había prometido —le dije sin tener en cuenta sus últimas palabras.

—Era una mujer de palabra. Volvió y ayudó no solo a este orfanato, sino que su solidaridad y empatía llegó a muchos niños necesitados. Me pregunto... ¿por qué la buscan? Hace un tiempo que no he sabido de ella.

Sabíamos que nos harían esa pregunta y que sería Piper la encargada de responderla. Con el poder que tenía su imaginación, más algunos «condimentos» agregados en base a lo que nos había dicho la directora sobre Anne, sin dudarlo contestó:

— ¡Claro, no se lo hemos dicho! Trabajamos para el History Channel. Estamos planificando la creación de un documental sobre los niños olvidados de la segunda guerra mundial. Nos enteramos de su obra aquí en este orfanato pero no sabíamos que eran dos las personas que hicieron tantísimas buenas obras con los niños. Nos encantaría incluirla a usted también en el documental.

— ¡Pero qué alegría le dará! Claro, a mí también me gustaría estar.

Piper me dejó sin palabras. La anciana tomó una agenda y nos dio la dirección. Al parecer Anne vivía en Canadá, en un pequeño pueblo llamado Fermeuse. Luego de obtener la dirección que tanto necesitábamos salimos de la oficina, no sin antes prometerle que volveríamos en caso de que el proyecto del documental fuera aceptado por nuestros superiores.

Cuando llegamos al auto mi abuelo y Rob bebían té, como de costumbre; habían sido precavidos y antes de salir lo prepararon en un termo.

—Y bien... ¿encontraron a Anne? —preguntó Rob.

—No vive aquí, vive en Fermeuse, Canadá.

— ¡En Canadá! ¿Alguna vez cuando viniste en busca de Edda alguien te dijo

que Anne vivía en Canadá? —preguntó mi abuelo desconcertado. Ya nos había dicho que había buscado a Petronila en aquel país y que no la había podido localizar; tampoco a Edda ni a su cómplice Jenny Weston.

—Milo, sabes que después que Edda se marchó no pude encontrarla jamás. Cuando falleció Julia... mi Julia, la busqué. Ya no tenía nada que perder y quería que pagara por todo el daño que había causado, pero jamás la encontré. En cada uno de los lugares donde tú buscaste a Petronila, yo había estado antes buscando a Edda. Me obsesionaba saber el motivo que tuvieron para hacer tanto daño a tantas personas. Incluso recurrí a un experto, a alguien que suponía me podría ayudar, un tal Grayling Baumbach.

—Pero él jamás te ayudaría, era informante de Terrence. Petronila me dijo que le pidió ayuda y que luego supo que lo único que aquel hombre quería era el dinero de su esposo. Jamás obtuvo ningún tipo de colaboración del alemán.

—Bueno, yo eso no lo sabía. Solo noté que era una persona de pocas palabras, que sabía más de lo que decía y que no estaba dispuesto a hablar.

Rob tosió y bebió té, se volcó la bebida caliente sobre su camisa. Parecía que nosotras no estuviéramos aún en el coche, estaban compenetrados en su conversación. Una vez más dejamos que el mecanismo de su memoria, que creíamos oxidado, se activara para no parar.

De pronto se me ocurre algo: le pregunto a Piper si tiene posibilidad de conseguir un avión para volar a Canadá lo antes posible.

—Ya llamo a mi jefe, no creo que tengamos inconveniente. Él más que nadie quiere la primicia de este caso.

En una hora y media subíamos a un pequeño avión privado enviado por el *News Now* para que viajáramos a Canadá, a un pueblo de tan solo 284 habitantes. No hubo forma de convencer a nuestros acompañantes de que se quedaran, con la promesa de que traeríamos novedades. De camino al aeropuerto me llamó Brendan, con quien no había hablado en el correr del día. Me esperaba a cenar en su casa. Le tuve que explicar que estaba por subir a un avión y que sería imposible que pudiera llegar a cenar, pero que lo intentaría. El rencuentro no estaba resultando como lo podría haber imaginado, pero la vida nos sorprende a cada momento y no me sentí mal como debía de esperarse. Él tampoco lo hizo cuando lo puse al tanto de lo que estábamos por

hacer.

Mi abuelo nos contó que había recorrido una gran cantidad de pueblos, pero que no recordaba haber ido a Fermeuse. Buscamos en Google Maps, ante la mirada atónita de los ancianos. No podían creer que existiera algo semejante. Pensaron, discutieron, y sí, llegaron a la conclusión de que habían estado cerca pero no en el momento indicado. El pueblo en el que habían supuesto que encontrarían a Petronila y a los niños era Cape Race. A tan solo 66 km de Fermeuse, en la provincia de Terranova y Labrador.

CAPÍTULO 41

Bar Harbor, 23 de octubre de 1947

Con los años habían dejado de hablarse y no dormían en la misma habitación. Frente a la sociedad se mantenían unidos, aún acudían juntos a los compromisos sociales, pero el matrimonio había acabado años atrás. La última mañana que Terrence estuvo con su esposa mantuvieron una conversación que él siempre recordaría. Ambos estaban preocupados escuchando la radio en la sala. Advertían que el viento había cambiado y recomendaban abandonar la isla. Petronila le dijo que había guardado en cajas sus pinturas, junto a las cartas que alguna vez él le había enviado, diarios íntimos y prendas de sus hijos desaparecidos, Hazel y Frederick. Le preguntó en qué sitio seguro podría resguardarlas en caso de que el fuego no llegara. Terrence le respondió que él las guardaría; las joyas de valor ya las había puesto en el barco que consideraba más fuerte, el que estaba abarloado junto al de ella, en caso de que les urgiera huir. Un frenético llamado a la puerta los interrumpió y él fue con prisa a atender, pero no hizo pasar a quien golpeaba, sino que salió y cerró la puerta. Era Edda. Le había traído una terrible noticia.

Minutos más tarde volvió a entrar, pensó que Edda se había ido. Sin embargo, sin que el matrimonio Dunne lo notara, entreabrió la puerta y escuchó lo que Terrence le decía a su esposa.

— ¿Qué ha sucedido? —Petronila se sorprendió. Era la primera vez que lo veía llorar, ni cuando perdieron a sus hijos derramó ni una sola lágrima.

—Hace un momento vino Edda, me ha dicho que el fuego llegó al astillero. Lo hemos perdido todo.

— ¡Oh, por Dios! Trata de tranquilizarte.

No sabía qué decirle, era consciente de lo que su esposo había luchado para llevar adelante aquella empresa. Intentó calmarlo hablándole de la posibilidad que le darían los seguros, que los aliados con quienes tan bien se había portado durante la guerra lo ayudarían. Pero Terrence tenía claro que de ahí en más nada sería lo mismo. No se equivocaba. Comenzó a llorar como un niño, le decía que lo perdonara, que él no le había sido leal a ella tampoco, le habló del *affaire* que mantuvo durante años con Edda y de que sabía que ella lo había engañado porque él la había dejado sola.

Edda no pudo soportarlo más, entró a la sala diciendo que habían dado un ultimátum a los habitantes de Bar Harbor, no había más tiempo. Petronila le exigió que se fuera de su casa, pero ella la ignoró y le dijo a Terrence que fuera en busca de todos los documentos importantes que pudieran servirle para defender sus bienes y algunos otros negocios fraudulentos. Como un autómatas fue hasta su escritorio a buscarlos mientras escuchaba que ambas mujeres discutían.

Cuando Edda vio que Terrence estaba lo suficientemente lejos decidió que tenía que actuar, tal vez fuera su última oportunidad.

— ¡Petronila, tus hijos están vivos, los tiene encerrados Jenny Weston en la biblioteca!

Las palabras de Edda se le clavaron como puñales.

— ¡Qué estás diciendo! —le gritó incrédula, pero al mismo tiempo ilusionada y dudosa. Al pensar que sus hijos estaban cautivos y entre llamaradas se desesperó y actuó por instinto.

—Desde que desaparecieron están allí, Jenny deseaba con locura ser madre y fue ella quien se los llevó con la ayuda de Allie.

—No te creo, ¿por qué no me lo dijiste antes?

—Porque quería que sufrieras de por vida.

Petronila tomó en brazos a Rosamund, fue corriendo hasta el escritorio y se la entregó a Terrence.

—Quédate con ella, váyanse cuanto antes.

La niña comenzó a llorar.

— ¡Qué haces Petronila! ¿De qué hablas?

Ella se dio media vuelta y salió corriendo, sin darle siquiera una explicación; tal vez de haberlo hecho todo había resultado diferente, ya que fue la última vez que vio a su hija y a su esposo. Creyó en ese momento que si algo le sucedía, su hija crecería con su esposo. Terrence corrió tras ella, vio cuando tomó a Garrick del brazo, pasó enajenada frente a Edda y se marchó sin saber que todo era parte del plan de Edda.

— ¿Sabes por qué se ha ido así, adónde fue?

—En busca de Milo, se ha llevado al hijo de ambos.

Era así, pero no porque había elegido a Milo, como Edda le hizo creer a Terrence, sino porque quería entregarle a Garrick para ir en busca de sus hijos a la biblioteca.

Cuando llegó a la casa de Milo, él se estaba marchando. Le contó lo que Edda le había dicho, y pese a que ninguno de los dos le creía, tenían que corroborar que no fuera cierto. Decidió acompañarla. Fueron al lugar de trabajo de Diane y tuvieron suerte de encontrarla; le dejaron a Garrick y Diane les dijo que se marcharía con el niño a su casa en Ellsworth. Antes de separarse de su hijo, lo besó, ambos lloraron. De camino a la biblioteca los detuvieron; por orden del *sheriff* George C. Abbott no podían ir a Mount Desert Island y menos aún al sector que pretendían. El fuego estaba a metros de la biblioteca. Por supuesto no acataron las órdenes y siguieron por el mismo camino.

Edda fue a la biblioteca tras Petronila, para terminar su macabro plan. Le dijo a Terrence que iría en busca de algunos otros documentos hasta su casa y que volvería en un momento.

Milo y Petronila entraron al sector principal de la biblioteca y se separaron. Petronila movía muebles en busca de algún escondite secreto, llamaba a sus

hijos con gritos desgarradores, hasta que Milo encontró el sitio que buscaban. Tras presionar con fuerza una estantería, se encontraron con un lugar arcano. Había ropa de sus hijos pero sucedió lo que temían: los niños no estaban allí.

En ese instante Edda los sorprendió y, sin que pudieran hacer nada, los encerró, al tiempo que gritaba una frase que para una madre desesperada lo fue todo: —¡Puedes morir en paz, tus hijos viven en Canadá!

Aquel gesto demostraba la saña de Edda y la cúspide del mal. Fue la última vez que Petronila y Milo vieron a Edda Gibbs. Los informes posteriores al incendio dieron por muertas a ambas mujeres, como así también a Terrence y a Rosamund Dunne.

— ¿Has escuchado, Milo? ¡Mis hijos viven!

El fuego había tomado la habitación en donde se encontraban, las posibilidades de sobrevivir eran ínfimas. Petronila se desvaneció por la falta de oxígeno. El calor insoportable hacía que ojos y piel ardiesen. Con una fuerza feroz las llamas salían desde el techo hacia afuera. Milo la tomó en sus brazos, cubrió sus cuerpos con una manta y atravesó el fuego. La ventana trasera había caído y las trancas que Edda les había colocado desaparecieron. Corrió, corrió con el cuerpo de la mujer que amaba durante dos quilómetros. Al llegar al velero de Petronila, ella volvió en sí. El barco que Terrence le había obsequiado estaba inutilizable; le dijo a Milo que no había tiempo que perder y le propuso subirse al barco de su esposo. Con una fortaleza que Petronila desconocía tener, quitaron la brea y ella puso el barco en marcha. Se alejaron del infierno.

Cuando se sintieron seguros, mojaron sus cuerpos, necesitaban enfriarse; Petronila tenía su espalda lacerada por el fuego, pero la desesperación la fortalecía; Milo solo tenía sus brazos lastimados. Colocaron toallas mojadas en las heridas para soportar el dolor. En medio de su desesperación, dirigieron el barco para ir en busca de Ray. Petronila recordó algo que su profesor de pintura le había comentado una vez.

—Ray me dijo que de niños vivieron en un pequeño pueblo de Canadá, allí es donde Jenny debe tener a mis hijos. Un lugar en donde viven muy pocas personas, que no tendrían que saber sobre el paradero de mis niñitos. Debemos ir al barco de Ray, seguro está refugiado allí, necesitamos que nos diga dónde puede estar Jenny... Milo, escúchame bien... —Petronila aún estaba afectada

por el humo y tosía mientras hablaba—. Luego de ir por Ray, nos acercaremos a Elworth, tú buscarás a Diane y cuidarás de Garrick. Él te necesita, yo buscaré a mis hijos y volveré por vosotros. Seremos felices, te lo prometo.

Milo se negó, quería acompañarla, pero luego de la insistencia de ella terminó cediendo, tenía mucha razón cuando le decía que el niño lo necesitaba. De no haber actuado así, hubiera quedado huérfano. Nunca más volvió a verla, la buscó durante mucho tiempo en Canadá pero no supo más de ella, ni de sus hijos. Tampoco pudo descubrir si Jenny vivía.

Petronila se lamentó en vano de haber tomado la decisión de navegar sola, presa de la desesperación por encontrar a sus hijos. El viento, que al cambiar su rumbo hizo que el fuego tomara el pueblo de Bar Harbor, se encargó de hacerla sufrir hasta último momento durante varios días. Luchó, luchó con todas sus fuerzas, su cuerpo se debilitó por las infecciones en las quemaduras de la espalda. Pensar en sus hijos la mantenía viva, y pese al dolor y el cansancio solo dormitaba para no perder el rumbo. Sabía cómo llegar, estaba cerca, estudiaba una y otra vez la ruta marítima que debía navegar. Según sus cálculos estaba cerca del faro de Cape Race, pero la naturaleza le demostró que no podía luchar contra ella. Intentó en vano mantenerse alerta y no dormirse, pero cayó vencida de cansancio sobre el panel de mando. Al despertar, el navío estaba fuera de control y ella entró en pánico, la tormenta amenazaba con hundirlo. El poderoso barco estaba descontrolado y se agitaba frenéticamente en el océano. Terrence le había enseñado el modo de utilizar el *blinker* tiempo atrás, con destellos luminosos y la clave Morse, pero cuando se dispuso a hacerlo ya era tarde, se caía una y otra vez, se golpeó la cabeza y se desmayó. El feroz vaivén del barco la expulsó al exterior y luego al mar; el barco no soportó la gran cantidad de agua que tenía dentro y se hundió.

Años más tarde un grupo de exploradores lo encontraría. Petronila murió luchando por encontrar a sus pequeños. Sus cuatro hijos crecieron sin estar en el regazo de la persona que les dio la vida.

CAPÍTULO 42

Bar Harbor, 23 de octubre de 1947... y algunos años más tarde en Vermont y pueblos de Canadá.

El fuego no cesaba, Terrence decidió esperar unos minutos más por Petronila y si no llegaba debería huir con Rosamund antes de que las llamas se lo impidieran. El detective Gibbs había ido a darle el último aviso, debía dejar la casa de una vez por todas, ya no había tiempo de sacar nada.

Petronila se había llevado a Garrick; cuidar un hijo que no era suyo no estaba entre sus planes y Petronila lo sabía, por eso no se lo había dejado. De todos modos Terrence no creyó que su esposa había querido fugarse con el hombre que amaba, como Edda le había dicho; algo más debió de sucederle para marcharse de ese modo.

Ya había guardado todo en lugares seguros, si su mansión no se incendiaba las pertenencias importantes estarían a salvo. No supo qué hacer con los cuadros de Petronila, no cabían en ninguna caja fuerte. Decidió guardarlos en el escape secreto que se comunicaba desde su habitación al exterior de la casa por la parte trasera. Al no haber allí ninguna ventilación el fuego tardaría en llegar. Aquel lugar lo había usado para escapar el día que Carl Blankeil quiso terminar con él.

Salió de su dormitorio, corrió por los pasillos secretos y escapó al exterior de la casa hacia el muelle donde, como aquella noche, tenía amarrados sus barcos. Cargaba a la pequeña Rosamund en brazos y había decidido que no podía esperar más. Estaba asustado. Petronila, antes de marcharse, le había entregado a Rosamund diciéndole que si le sucedía algo cuidara de ella. Aquella incógnita lo acompañó durante toda su vida. ¿Adónde había ido? Lamentó no habérselo impedido.

Edda vino a buscarlo y le dio una noticia devastadora: había escuchado que Petronila era una de las víctimas del fuego aquella noche. Tuvo que tragarse la rabia al ver al hombre que amaba, y por el que había llegado a hacer cosas inimaginables, quebrarse en lágrimas mientras abrazaba a su pequeña, a 2 km de allí Milo intentaba escapar del fuego con Petronila en sus brazos.

—Terrence, escúchame, todos estamos en riesgo de morir, debemos irnos. Este es el momento de comenzar una nueva vida para los dos, no tienes nada que te ate a este lugar. Jamás podrás estar tranquilo, son muchas las personas

que te odian. Si escapamos por el mar ahora, nos darán por muertos.

—Pero... ¿qué dices, Edda?... ¿Adónde iremos?

—Hay un sitio, un lugar en donde a nadie le interesará quiénes somos ni de dónde venimos. ¿Recuerdas el dinero que me diste para que lo escondiera? Así lo hice. Está en el subsuelo de una granja en Vermont.

— ¿Vermont? ¡Una granja! —Terrence sabía que Edda tenía razón. Había fracasado. Cerró los ojos, recordó a sus pequeños Frederick y Hazel. Con seguridad estaban muertos. Pensó en su esposa, la única mujer que había amado, la mujer que se había transformado luego de perder a los niños y a la que un día comenzó a despreciar por haber engendrado un hijo que no era suyo. Ya todo había acabado.

—Terrence, ésta es tal vez la única oportunidad que tenemos para comenzar una nueva vida. Con el dinero que tengo guardado en la granja podremos vivir muy bien. Olvida esta casa, solo te traerá malos recuerdos, si es que no se quema igual que el astillero. Tu empresa te ha hecho demasiado daño. Si sigues allí, seguro que te mandarán matar. Pero si se enteran de que eres parte de los desaparecidos en el incendio y de que todos tus bienes siguen allí, se convencerán de que estás muerto.

Una vez más, Edda tenía razón. Además no quedaban demasiadas opciones. Buscaron algunas prendas de Rosamund, otras suyas, y escaparon por el mar hacia el lago Champlain. Necesitaban un barco que no fuera de su empresa, y el único que estaba en su embarcadero era el de Jamie Duchman, sin dudarlo huyeron en él.

Sus vidas cambiaron por completo, al igual que sus identidades. Luego de algunas llamadas a cambio de antiguos favores, Terrence Dunne pasó a llamarse Randie Moore. Edda Gibbs no solo cambió su nombre sino que desde que consiguió lo que siempre había deseado —tener al hombre que amaba a su lado— cambió la forma de manejarse en la vida. Ahora se hacía llamar June, era un ser encantador, su mayor pasión eran las plantas y la vida sin excesos. Algo que incluso a «Randie» le llevó tiempo asimilar.

En Marlboro, la familia Moore era muy querida; la pequeña Adeline se ganó el cariño de los habitantes del pueblo en cuanto llegó.

En un comienzo Edda había pensado que lo mejor sería que Rosamund quedara al cuidado de su amiga Anne, en el orfanato. Necesitaban establecerse en el lugar y ver si no había riesgo de que los encontraran. Cuando un tiempo después decidieron quedarse a vivir en la granja para siempre, con sus nuevas identidades adoptaron a la pequeña Rosamund, ahora Adeline. Anne le había tomado cariño a Adeline y sufrió mucho cuando su amiga la adoptó como hija del matrimonio Moore.

Jenny vivía en Canadá; su nuevo nombre era Helena Cravit. En trece años nunca había molestado. Cuidaba a Frederick y a Hazel —quienes sin recordar nada de su pasado creían que era su madre— hasta que enfermó. Le habían dicho que le quedaban pocos meses. Creía que la vida la castigaba por haberse apropiado de aquellos niños. Como no había podido localizar a Edda, fue al orfanato a buscar la ayuda de Anne. Los adolescentes —quienes ahora se llamaban Martha y Brian Cravit, y tenían nacionalidad canadiense— quedaron a su cuidado. Estaban furiosos y angustiados, pero Jenny deseaba morir en paz, sabiendo que estarían en buenas manos.

CAPÍTULO 43

Bar Harbor, 9 de octubre de 2012

Rob me llamó hace un momento, no se había podido comunicar con Jamie Duchman porque estaba muerta. Habló con su hijo, le dijo que su madre había fallecido hacía algunos años y que era imposible que hubiera llamado a la base en donde encontraron el barco hundido, como le dijo uno de los científicos a Piper. El hijo de Jamie tenía buena disposición y muchas ganas de hablar; creía que quien había hecho esa llamada era alguien que deseaba que se supiera con certeza que ese barco había sido de Petronila Dunne.

Le he pedido a Piper que volviera a llamar a su informante. Así lo hizo y supo que había sido un malentendido: la llamada había sido hecha en nombre de Jamie Duchman.

Estábamos esperando la llegada del avión que nos llevaría a Canadá. El viento

nos hacía pensar que no era seguro viajar, pero teníamos muchas ganas de llegar a la verdad. Al escucharme hablar por el móvil con Hans, mi abuelo me dijo:

—He sido yo quien hizo esa llamada, díselo a tu jefe. Solo quería que Petronila, si es que vive, no pensara que la había defraudado contando nuestro secreto.

Con la mano que tengo libre lo abrazo, le transmito a mi jefe lo que mi abuelo acaba de decirme. Hans me agrega que el hijo de Jamie le confirmó que su madre había buscado también mucho tiempo a Petronila y que se había enterado, por intermedio de amigos de Frederick y Hazel, que Jenny Weston había muerto y que éstos tenían nuevas identidades. Pero pese a su frenética búsqueda no logró hallarlos.

— ¿Me estás diciendo que Frederick y Hazel tienen nuevas identidades, que fueron adoptados en el orfanato donde estuvimos hace un momento y que sabes sus nombres? —le digo a Hans, eufórica.

Mi abuelo se cae de rodillas, Piper lo sostiene y lo ayuda a levantarse. Rob se tapa la boca y llora sin poder contener las lágrimas. El piloto del avión que ya ha llegado, me ayuda a levantar a mi abuelo y corre en busca de una silla de ruedas.

Todos escucharon lo que Hans me acaba de decir. Le cuelgo y le digo que lo llamaré más tarde, hemos cambiado de planes.

— ¡Vámonos al orfanato! —digo con entusiasmo.

Por suerte no nos habíamos ido de Portland. Miro al piloto quien no entiende cómo puedo estar tan alegre si hace un momento un pobre anciano, quien está tan contento como yo, estaba en el suelo.

En el orfanato esta vez pasamos por delante de la administrativa, no tenemos la paciencia necesaria para observar su parsimonia. Nos dirigimos directo a la oficina de la directora. Abrimos la puerta sin golpear, se sorprende.

—Señora, necesito ahora mismo la información que tenga sobre Martha y Brian Cravit.

Se sonrió. No parecía tener ganas de ir en busca de los registros de estos huérfanos. Sabía que si decidía hablar, rompería un pacto de silencio. Anne le había pedido que nunca revelara dónde vivía, June Moore no se lo perdonaría. Pero también sabía que si ocultaba la verdad, iría presa.

»Necesito saber si fueron adoptados y, si es así, quiénes se hicieron cargo de estos niños. —Le recordé que represento al Gobierno y le leí sus derechos.

Piper completó la intimidación diciéndole que trabajaba para el *News Now*, y que si no hablaba, al día siguiente el orfanato La casa de los niños de Maine aparecería en primera plana por su evidente corrupción.

Temí haber cometido un error: si ella hablaba teníamos las pruebas de la deshonestidad del orfanato, pero si ella no lo hacía, no teníamos nada. De repente se quebró y comenzó a hablar.

—Martha y Brian fueron adoptados por mi amiga Anne, viven en Marlboro, Vermont. Martha, a quien considero sobrina, es escritora de libros infantiles.

Tomamos el trozo de papel en donde nos anotó su dirección. sabiendo que llamaría le dijimos que debía acompañarnos. La dejamos detenida en la comisaría por orden de Hans, ya que yo no podía hacer nada al respecto.

Regresamos al aeropuerto, donde nos esperaban mi abuelo y Rob. Esta vez nos subimos al avión pero nuestro destino era Marlboro, Vermont. Con premura, Piper y yo íbamos logrando discernir un misterio para el que estábamos preparadas, no así mi abuelo que durante el viaje se desvaneció y temí por su salud. Los dejamos a él y a Rob en la comisaría, y por orden de Hans nos acompañaron dos oficiales de la policía, Oliver y Brendan, quienes no querían perderse este momento tan esperado, y viajaron desde Bar Harbor a Marlboro en otro vuelo.

Al llegar a la granja de Anne, nos atendió su hija adoptiva, la escritora Martha Cravit. Le explicamos quiénes éramos y le dijimos que necesitábamos hablar con ella. Notamos que se sorprendió pero nunca perdió la sonrisa en su rostro. Nos invitó a pasar y nos ofreció una taza de té. Los policías decidieron esperar junto a la puerta de la amplia sala en la que nos encontrábamos. Había muchas plantas de interior, cuadros con dibujos que lucían portadas de sus libros infantiles y otras con imágenes del interior. Minutos más tarde regresó con la bandeja con el té y galletas.

— ¿En qué puedo ayudarlas?

— ¿Usted vivió en Canadá, no es así?

—Sí, claro, tuve una niñez maravillosa en Fermeuse. Vivimos nuestra infancia allí con mi hermano y mi madre.

Se me hizo un nudo en la garganta, Piper lo notó. Ella se sentía apenada igual que yo. Me pregunté cómo tomaría la noticia esta señora, mi tía, que según mis cálculos tendría unos setenta años. Era evidente que no tenía ni idea de su verdadera historia. Me tomé un momento para pensar como decírselo. Piper bebió también de su té, el sabor del cítrico del Earl Grey suavizó mi garganta. Tomé fuerza, agradecí no quebrarme en aquel momento y comencé a relatarle paso a paso su historia, comenzando primero por la de sus padres Terrence y Petronila Dunne. Nos dijo una y otra vez que no podía ser, que todo era un error. Su madre no se llamaba Jenny Weston, sino Helena Cravit. No pudimos convencerla, pero estábamos seguras de que el tiempo la ayudaría a entenderlo.

Cuando le preguntamos por su hermano, aquel dulce niño que corría en el jardín de la mansión Dunne y del que nunca más se supo nada, con profunda tristeza nos confirmó que había fallecido a los treinta años, y que Jenny, quien para ella era Helena, su madre adoptiva, también había fallecido muchos años atrás, cuando ellos eran adolescentes. Luego habían quedado al cuidado de Anne en el orfanato, hasta que resolvió adoptarlos y mudarse todos a esa granja de Marlboro, Vermont. Anne también había fallecido; hacía años que Martha vivía sola.

Luego de escucharla, le dijimos que necesitábamos llegar a Edda y a Terrence, o June y Randie, según sus nuevos nombres. Asustada nos pidió que no lo hiciéramos, eran las personas más queridas en su vida, era imposible que le hubieran hecho mal a alguien. Pero insistimos y no le quedó más remedio que darnos la dirección.

Los policías que nos acompañaban no nos permitieron entrar a la granja de los Moore, que quedaba a pocos kilómetros de la de Martha Cravit. Como yo no tenía mi placa y los ancianos podían ser detenidos, la única opción que había era que los representantes de la ley lo hicieran.

Habíamos ido en dos autos de la jefatura, sabíamos que Terrence y Edda serían

detenidos. No podíamos ver la entrada de la casa con claridad, había mucha vegetación en todo el lugar. Flores de todos colores, trinos de pájaros, imaginé la vida hermosa que habrían tenido y que le arrebataron a Petronila. Al verlos venir caminando con dificultad y esposados, no sentí lastima. Habían hecho demasiado daño. La hija salió tras ellos, lloraba, les gritaba que estuvieran tranquilos que todo se trataba de un terrible malentendido.

En cuanto el otro coche policial se fue, ingresamos con Piper en la granja. Yo había llevado una carpeta con fotos de la verdadera familia de Adeline, de la casa que le pertenecía, del incendio. Lo mismo habíamos hecho con su hermana, una hora antes. Fue al ver fotos de los cuadros de su madre cuando Rosamund, quien se había convertido en una gran dibujante, comenzó a dudar. Le costaba entrar en razón, nos decía que ella se llamaba Adeline, que lo que estábamos haciendo mataría a sus padres. Solo en un momento pudo controlar su llanto: cuando se detuvo frente a la imagen de un maple florecido en tonos rubí, difícil de olvidar, en el jardín de la mansión. Lo recordó, nos dijo que desde pequeña le habían gustado los árboles y las flores. Quedó mirando las fotos en silencio.

Minutos más tarde golpearon a la puerta; era Martha, estaba conmovida. Entró y se abrazaron. «Somos hermanas», decían. Lloraban como dos niñas indefensas. Las únicas hijas con vida que le quedaban a Petronila y a Terrence. Garrick, mi padre, había fallecido joven, y mi tío Frederick también. Esperé que se tranquilizaran y comenzaron a hacerme preguntas. Les dije que yo era hija de Garrick, pero que él era el único hijo fuera del matrimonio de Petronila.

— ¿Pero cuál fue la razón del secreto de mi madre? —preguntó Adeline.

—June, tu madre adoptiva, se llama Edda Gibbs. Todo lo que hizo fue por amor. La obsesión que sintió por tu padre, Terrence, la llevó a destruir su familia, intentar matar a su esposa Petronila y a arrebatarle a sus hijos. La desaparición de sus dos primeros niños —hablo de ti y de tu hermano— acabó con el matrimonio como deseaba Edda. Desde entonces tu padre fue abandonando a tu madre cada vez más, y se aferró a Edda impulsando a Petronila a los brazos de mi abuelo Milo... aunque su gran amor siempre fue Terrence, tu padre. Mi abuelo vive, está esperando en la comisaría junto a Rob Gibbs, el verdadero esposo de Edda.

Piper me mira y me dice:

— ¿No crees que sería mejor ir por ellos? Si llegan a liberarlos no sería nada bueno que se encontraran todos en la comisaría.

Martha y Adeline quisieron acompañarnos. Fueron juntas a prepararse, mientras nosotras las esperábamos en aquel acogedor lugar. No solo Adeline lucía una vestimenta de otra época con faldas hasta los tobillos, delantal y pelo canoso con rodete, sino que el hogar nos transportaba a un par de siglos atrás. El aroma a mermelada nos abrió el apetito. Cuando regresaron, Adeline traía en sus manos un frasco de mermelada para cada una. Un gesto que nos llegó al alma.

Pensé en Petronila, y la vi entre nosotros. Sonriente, junto a sus hijas, también recibía agradecida una parte de ellas en esa mermelada. Juro que la vi, sí, estaba allí. Mi abuela me sonrió, y desde ese momento mis fantasmas desaparecieron.

EPÍLOGO

Bar Harbor, Maine 2012

(Muchos años más tarde, descubriendo la verdad)

Martha y Adeline habían optado por entrar solas a la casa. Al enterarse de que nadie lo había hecho desde el día en que sus padres desaparecieron, querían sentir y ver el lugar. De alguna manera era la intimidad que merecían tener.

Piper les entregó una llave, les dijo que se la había dado un científico que analizaba las pertenencias del barco hundido. Supuso, y no se equivocaba, que aquel objeto que abriría la puerta del hogar que alguna vez perdieron, tendría gran valor para ellas. Martha colocó la llave en la cerradura, dio dos vueltas completas con cierta dificultad, miró a su hermana sonriente y, tras empujar la puerta y escuchar la madera añeja crujir, ingresaron.

Recorrieron cada habitación. Era una de las pocas mansiones que no se habían incendiado aquel terrible día y había permanecido cerrada durante sesenta y cinco años. Abrieron las ventanas, el olor a humedad y encierro era abrumador.

Caminaron como fantasmas por la casa imaginando la infancia que les arrebataron, tocando la ropa de sus padres, los muebles que habían formado parte de su hogar...

Si Milo le hubiera confesado a Garrick quién era su verdadera madre, tal vez la hubieran habitado, pero no lo hizo; guardaba la ilusión de que algún día apareciera Petronila con sus hijos Frederick, Hazel y Rosamund. Sabía que los cuadros estaban guardados en cajas y jamás se animó a tocarlos. Creía que ella no se lo hubiera perdonado.

Horas más tarde llegaron, como habían acordado, Philippa con su novio y su abuelo. La Justicia había liberado, por pedido especial de las hermanas Dunne, no solo a Terrence sino también a Edda, a pesar de reconocerla como la verdadera culpable. La peor condena que pagarían sería ser testigos de que la verdad saliera a la luz en los últimos años que les quedaban de vida.

La enorme conmoción de descubrir la verdad hizo que Terrence sufriera un infarto al corazón que casi acaba con su vida. Fue devastador enterarse de que Martha era su hija desaparecida, Hazel, y aquel adolescente que alguna vez conoció como Brian Cravit había sido Frederick. A pesar de su debilidad, tomó coraje y le dijo a Edda que jamás la perdonaría, que no quería volver a verla nunca más. Ella intentó desesperada explicarle la razón de su secreto, pero el daño que había ocasionado tanto a él como a su familia era imperdonable.

Las hermanas habían decidido que utilizarían la casa como lugar de veraneo. Milo les pidió que le dejaran ver los cuadros que Petronila había pintado.

—No hemos encontrado los cuadros —le dijo Adeline preocupada. Estaban desconcertadas.

— ¡Pero eso es imposible! La última noche que nos vimos, Petronila me dijo que había guardado todas sus pinturas en una caja. ¿Le han preguntado a Terrence?

—No lo hemos hecho, no queremos verlo. Ni a él ni a Edda.

A Milo le llamó la atención la actitud de las hermanas Dunne. Les dijo que su nieta estaba abajo acompañada de Terrence, a la espera de la decisión que ellas quisieran tomar. Él ansiaba verlas. Le habían dado el alta y solo pedía por ellas, pese a que por momentos se sentía confundido.

Cerraron la habitación en la que se encontraban, era el lugar donde de pequeña dormía Rosamund. En la pared colgaban cuatro maderitas con los nombres de los cuatro hermanos... Con una mirada se pusieron de acuerdo. Bajaron a ver a Terrence.

—Entiendo que no quieran verme. Solo quiero pedirles perdón. No piensen que no me creo responsable de todo lo que sucedió, pero les aseguro que jamás supe que Brian... Frederick y tú, Hazel... Martha, eran mis hijos. Yo también he sido parte del macabro plan de Edda...

Era muy pronto para perdonar. No pudieron hacerlo, no creyeron en su inocencia. Él bajó la cabeza y se retiró abatido.

Philippa le preguntó por los cuadros. Se detuvo un momento y entre susurros ahogados les dijo que estaban guardados en el pasadizo secreto de su habitación.

Extasiadas ante las pinturas y el estilo *naïf* de su madre, escucharon a Milo identificar a los niños que aparecían en las telas. En cada uno de ellos se veía reflejada la inspiración que causaban sus hijos en Petronila. En algunos de ellos, incluso, aparecía Milo, quien había compartido infinidad de tardes junto a su amada.

Estoy acostada en mi nuevo hogar, Brendan me alcanza el desayuno a la cama como cada mañana. Hoy ha llegado a su fin mi suspensión laboral. Hans me tiene preocupada: desde el descubrimiento del enigma de los niños Dunne, mis tíos, no deja de llamarme al móvil para consultarme por antiguos casos abiertos y cerrados que tenemos no solo en la oficina, sino de otros colegas que desean saber mi opinión.

Mi abuelo se ha mudado con nosotros y se lleva de maravillas con Thomas, a quien considera su nieto; algunas veces creemos que no tenemos un

adolescente en la casa, sino dos.

Abro el *News Now* y me sorprendo con la primicia escrita por Piper Cook. Una vez más me atrapa su investigación. Temo llamarla. Sé que si lo hago, no desistiremos hasta descubrir la verdad.

Agradecimientos

Esta novela no podría haberse escrito sin la ayuda de una gran cantidad de personas que me acompañan día a día. Mis lectores quienes hacen posible que mis historias vean la luz y sus personajes tomen vida; mi madre quien ha tenido la gentileza de leerme una y otra vez, compartiendo sus conocimientos. Lucía Manta con quien he tenido el privilegio de trabajar en el proceso de corrección del manuscrito.

Tengo una deuda de gratitud con Richard Sweeney y con Judith Cook quienes me permitieron conocer el hermoso estado de Maine, en Estados Unidos, los llevaré siempre en mi corazón.

Sobre todo me gustaría agradecer a mi esposo Diego, por su alegría, amor e inteligencia; también les agradezco a mis hijos Gustavo, María Sara y Emma su confianza, son ellos quienes hacen que logre ser una mujer feliz. Mi más sincero agradecimiento a mi hijo Gustavo quien ha creado la caratula del libro con dedicación y cariño.